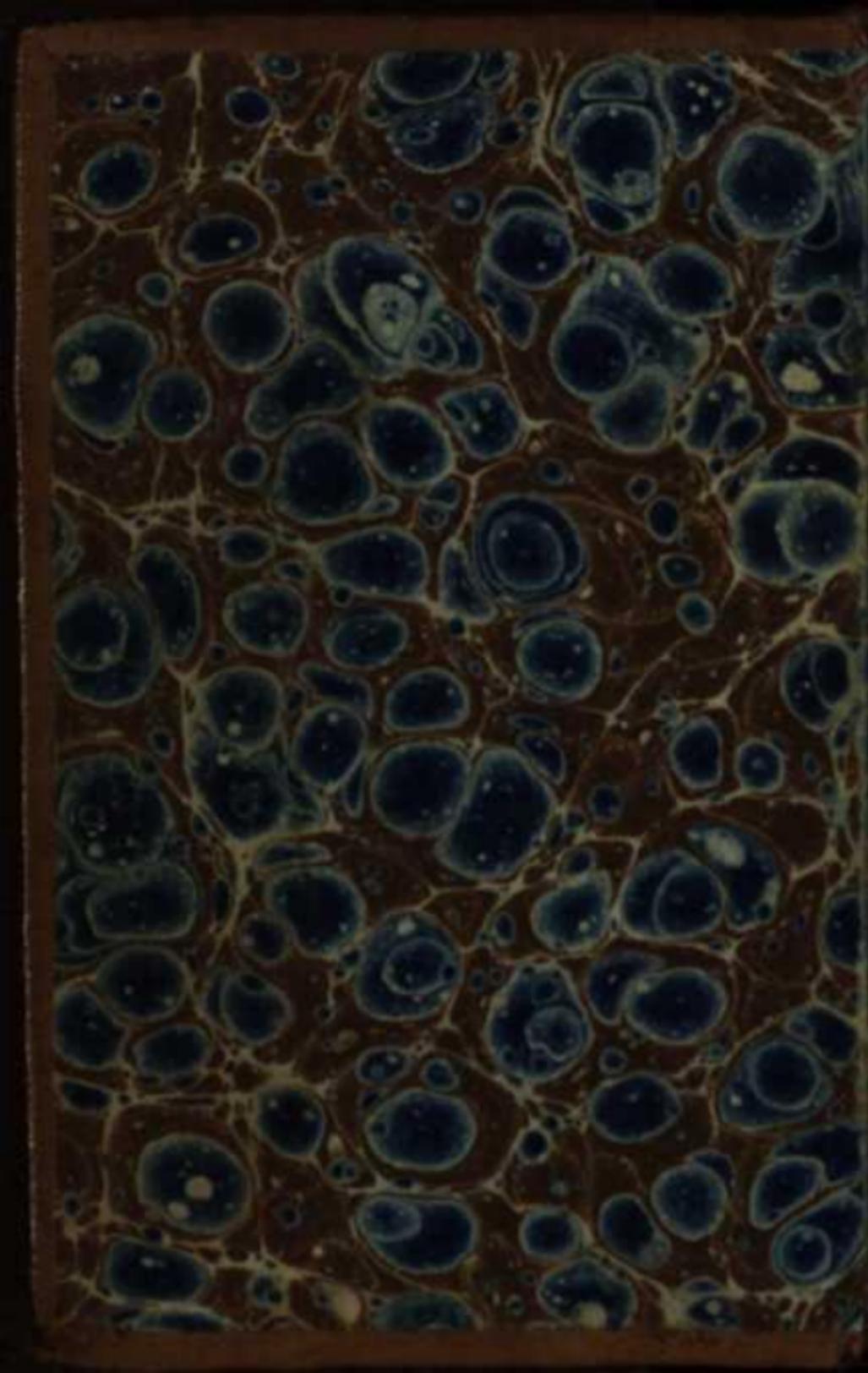
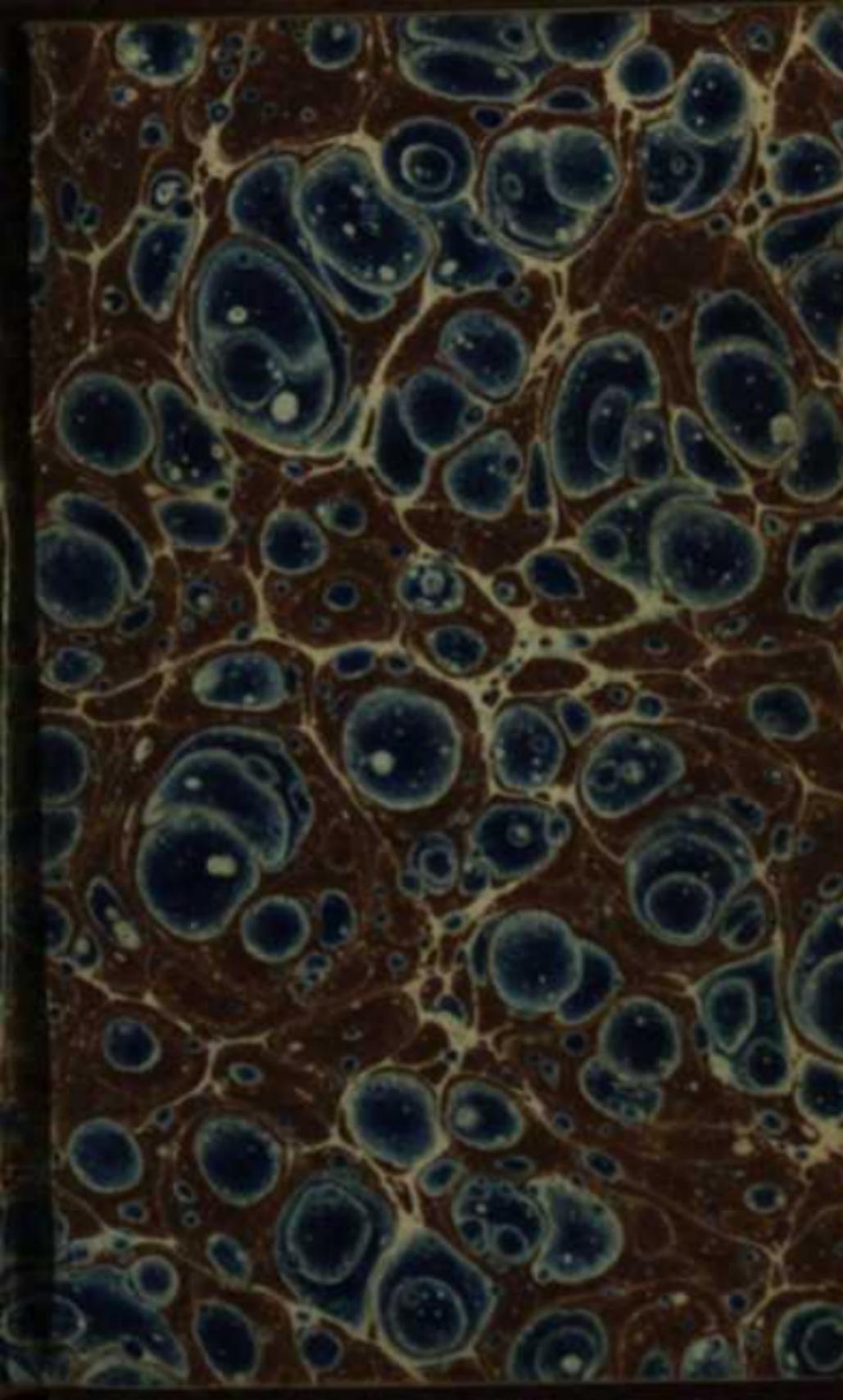


612-2







AVENTURAS
de
SATURNINO FICHET.

III.

ALBERTUS

STANFORD LIBRARY

11





*y permanecia sentada al pie de la es-
calera, con el hacha ensangrentada....*

AVENTURAS
DE
SATURNINO FICHET,
Ó LA
CONSPIRACION DE LA ROUARIE.

POR
FEDERICO SOULIÉ.

TOMO III.



MALAGA.

IMPRESA DE MARTINEZ DE AGUILAR,
Calle del Marques.
N.º 10 y 12.

h. 21. 414

**Es propiedad de la
casa de Martinez de
Aguilar.**

AVENTURAS

de Saturnino Fichet.

CAPITULO XIII.

Maturino Fichet y Morillon quedaron solos, y el último le dirigió la palabra, echándose en un sofá de espadaña que habia en la pieza.

—Sois amigo íntimo del comandante Poiré, según parece.

—Nos... nos conocemos, contestó Maturino tartamudeando; pues temia que la amistad de Poiré no fuese una gran recomendación.

— ¿Sereis patriota fogoso como el?

— Sí, sí, muy fogoso, muy fogoso.

— Como os llamis? preguntó Morillon, que al parecer hablaba, mas por darse importancia que por enterarse de lo que preguntaba.

— Ma?... Ma?... Maturino Fichet, dijo este al fin, examinando el efecto que producía su nombre en el terrible enviado de la junta de seguridad pública.

No en vano temía el usurero, pues apenas hubo dicho como se llamaba, se levantó Morillon de su asiento, y dándose un puñetezo en la frente exclamó: «Solo á mí me pasan estas cosas.»

Empezó á recorrer el cuarto á pasos agigantados, restregándose las manos, y tarareando con voz de estentor una cantinela de una ópera cómica, que comenzaba con estos versos:

La fortuna me sonríe,

Oye mis votos el cielo.

En seguida se sentó enfrente de Fichet, y tan próximo á él, que tenía preso con sus rodillas al trémulo viejo.

¿ Con que sois ? le dijo en tono alegre, Maturino Fichet, hermano de Pedro Fichet, el mayordomo del marqués de Perbruck?

— Sí, sí, contestó Maturino temblando, pero yo no tengo la culpa...

— Y por consiguiente, tío de Saturnino, que está preso en este castillo, prosiguió Morillon sin escucharle.

— Siendo hermano del... padre... dijo Maturino, castañeteándole los dientes de tanto como temblaba, por fuerza... tengo que ser tío de... de .. de su hijo; pero yo no tengo la culpa de...

—Decidme, continuó Morillon, que con el exceso de su alegría no advertia la turbacion de Maturino; ¿es verdad que se parece tanto al conde de Perbruck, que pueden pasar uno por otro?

Algo tranquilizado Fichet con el aire amigable de Morillon, le respondió mas sereno. Lo único que puedo deciros, es que le han arrestado, creyéndole el conde de Perbruck.

—¿Estais seguro de que no es el conde?

—Hace cinco ó seis años que no he visto al conde, y podria suceder... pero es imposible! A que habia de venir el conde á mi casa? Estoy seguro de que es mi sobrino.

—Yo me aseguraré por ciertas señales, dijo Morillon para sí; ¿y dígame amigo, vuestro sobrino que es?

—Es... es mi sobrino.

—No os pregunto eso. Es valiente?

—No me lo ha dicho nunca.

—Eso indica que lo es. Tiene talento?

—Hum! Ha vivido entre gentes muy empinadas, y eso hace que aparente mas. Como que si pudiera, la echaria de caballero.

—Eso me conviene, eso me conviene, dijo Morillon cada vez mas contento. Y tiene deseos de hacer fortuna?

—Yo no sé si los tendrá, pero lo que si sé, es que buena falta le hace. Está tan pobre, que no tiene nada, nada absolutamente, como que le tengo á mis costillas, y le doy seis cuartos diarios para aumentar la racion de cárcel, y que no se muera de hambre.

—Y tiene buen apetito? preguntó Morillon riéndose.

—Devora! devora!

—Bravo! bravo, bien! y es al-

go realista?

Esta pregunta le asustó á Fichet, pues á pesar de su egoismo, no queria enviar al patibulo á su sobrino.

—No sé, no es nada verdaderamente, y será lo que se quiera.

—Malo, yo creí que era partidario acérrimo de los nobles; pero en fin, eso tambien me encargo yo de descubrirlo. Me permitireis que os haga otra pregunta. No está en esta cárcel tambien, un tal Gerónimo Robertin á quien el conde de Perbruck sacó de la cárcel de Bouffay en otro tiempo?

—Sí señor, y tambien está su cuñado Silvestre Landais.

—Se puede contar con Gerónimo?

—El comandante Poiré os enterará sobre el particular; dijo Fichet al ver entrar á Guillermo, pues conoce á esa familia mucho mejor que yo.

—Ah! ya tenemos la cena. Os habéis acordado de mi compañero comandante?

—Está en la cocina, contestó Guillermo con un tono que anunciaba que el criado debía haber sido tan exigente como el amo.

—Mandad que le digan que esté pronto para lo que sabe, y ahora quedémonos solos, que nosotros nos serviremos.

Pusieronse á cenar, y Morillon decía á sus compañeros:

Dadme ese cuchillo, venga ese plato, echadme vino.

De modo que el «nos serviremos» pudo traducirse por me servireis.

Luego que se acabó la cena, Morillon mandó llamar á su criado. Llamábase Barthe, y era hombre de cuarenta años, bajo, rechoncho, calvo, vizco y de ojos mortecinos. Plantóse delante de Morillon, con aire de mal humor, y relamién-

dose todavia.

—Te acuerdas, le dijo su amo, de lo que te he encargado?

—Si, ciudadano.

—Eres inteligente?

—Si, ciudadano.

—Te van á traer á los dos mozos. Yo no puedo hacer la inspeccion, porque es preciso que no me conozcan, pero desde una pieza inmediata vigilaré la operacion.

—Descuida, ciudadano, contestó Barthe, que si hay la mas leve huella, yo la descubriré. Bastantes han pasado por mis manos, cuando estaba en.....

—Bien está. Y anda listo no me obligues á volverte á enviar de donde has salido.

—Barthe bajó la cabeza como un perro gruñon, que recibe un latigazo de su amo, y se fue á un rincon.

—Ahora, comandante, que vengan Saturnino Fichet y Gerónimo

Robertin, dijo Morillon.

A pesar de las órdenes que este le habia presentado, Guillermo titubeó.

—No me has oído? exclamó Morillon encolerizado. He perdido ya una hora con tu mala cena, y aun me quedan muchas cosas que hacer. Vamos! Vamos! que traigan inmediatamente á los presos. ¿Adonde dá esta puerta? añadió abriéndola al mismo tiempo.

—A mi cuarto, respondió Guillermo.

—Bueno, contestó Morillon, desde aqui podré ver sin ser visto. Que traigan á los presos.

Guillermo transmitió la orden de Morillon, y este dijo á su acólito, mientras se ejecutaba:

—Te han dado café?

—No.

—Y rom?

—Tampoco.

—Trueno del cielo! Comandante

Poiré no sois muy diestro. No sabéis con quien vais á tener que habéros las dentro de poco. Toma muchacho, añadió llenando un vaso de café con rom, bebe eso. Vais á ver un comisario de la Convencion, y á pesar de lo estúpide que parece, ya vereis que bien representa el papel.

En esto se oyeron los pasos del carcelero y de los presos, y Morillon se metió en la pieza inmediata, despues de haber recomendado á Barthe en voz baje, que tuviera mucho cuidado.

—Ya verás, contestó este sentándose en la silla que dejó su amo; y vos comandante, estad con mas cortesía delante de mi. Quitaos el sombrero.

En esto llegaron Saturnino y Gerónimo. El hambre y el pesar, habian hundido las mejillas de Saturnino, de modo que era tanta su semejanza con el conde, que quien

le hubiera visto á este con la cara flaca y macilenta, y con los vestidos hechos pedazos, no los habria distinguido.

Asi que entraron, Barthe dijo á Guillermo, como si continuara una conversacion interrumpida.

—Si, ciudadano comandante, sabemos de positivo, que han proporcionado á los presos medios de evadirse, y entre los que tienen limas y demas utensilios necesarios para cortar las cadenas y las rejas, se cuentan los dos presos aqui presentes.

Puedo asegurar á que... dijo Poiré.

—Si no han burlado nuestra vigilancia, repuso Barthe interrumpiéndole vamos á verlo al momento. Que se desnuden esos miserables para registrarlos perfectamente.

—Puede registrarme cuando quieran, dijo Saturnino, que no me encontraré mas que dos cuartos, resi-

duos de la módica pensión que me pasa mi tío.

—A mí también pueden registrarme, dijo Gerónimo, porque maldita la gana que tengo de irme. Ya que no se persigue á los realistas, lo mismo me da estar preso que libre para hallarme de brazos cruzados.

—Los carceleros ejecutaron las órdenes de Barthe, y después de haberles quitado las chaquetas les quitaron las camisas.

—Y bien; ¿qué más se hace? preguntó Barthe. Párdiez, comandante vuestros dependientes no están muy luchos en el oficio. Si yo hubiera tenido el pelo largo como esos mozos, hubiera escondido más resortes de reloj que los que se necesitan para cortar todos los grillos del presidio de Brest.

Una tosecita seca que se oyó en la pieza inmediata, le advirtió que hacia revelaciones poco convenientes.

— Bien está, bien está, dijo Barthe, yo mismo los examinaré.

Se acercó á los presos y aparentó registrar los caballos pasándoles varias veces la mano, mirando mientras tanto con la mayor atención sus espaldas desnudas.

— Hola, hola! ¿parece, dijo dando un golpe á Gerónimo en el sitio donde tenia la cicatriz, que hemos hecho conocimiento con el compadre Mateo?

— A mucha honra, contestó Gerónimo bruscamente.

Barthe pasó luego á Saturnino, examinándole con mucha mas atención.

— Nos hemos equivocado, comandante Poiré, dijo en seguida; que se vistan los presos y esperen en la pieza inmediata.

Luego que se llevaron á Saturnino y á Gerónimo, salió Morillon de su escondite.

— ¿Qué hay? preguntó á Barthe

llamándole á un lado.

—Ni la mas mínima señal; tiene la piel tan blanca é intacta como la de un niño.

—¿Con que no es el conde de Perbruck? ¿Estás seguro?

—Estoy seguro de que á ese no le han tostado el pellejo.

—Entonces es Saturnino Fichet; pero no importa, este nos servirá para encontrar al otro, y el otro para pillar al marqués de la Rouarie.

Y hablando así, Morillon mudó repentinamente de tono y de expresión; se quedó pensativo y serio, pero animado al mismo tiempo, y llamando á Poiré, le dijo recalcando las palabras:

—Comandante, prestadme atención es preciso que en el plazo de dos horas, esos hombres se hayan escapado del castillo.

—Pero ciudadano, contestó Poiré admirado de este encargo, no sé...

—Es preciso, lo quiero así.

—Es imposible. Está tan bien organizada la vigilancia, gracias á mi esmero, que yo mismo no puedo favorecer su fuga.

—Hacedlo como podais; pero os repito que es preciso que parezca, que esos hombres se han escapado auxiliados por los realistas. Si os parece oportuno podeis consultar al señor Maturino Fichet, que es un buen tío, y deseará la libertad de su sobrino. Arreglaos con él; pero tened presente una cosa y es que si dentro de dos horas no les encuentro en un punto que haré que les designen, mañana no sereis comandante del castillo: tal vez os arrepintais cuando os veais preso, haber organizado tan bien una vigilancia, que no deje ningun medio de evadirse. Vamos Barthe, á caballo, dejémos á estos señeros en libertad de obrar.

Los dos agentes de la junta ge-

neral de seguridad pública salieron del castillo, y una hora despues Gerónimo y Saturnino estaban en libertad, y recibian á la puerta por donde se escapaban, una esquila que les entregó un hombre, alejándose luego con rapidez.

Saturnino leyó á la claridad de un reverbero de la calle baja el papel que estaba concebido en estos términos:

« Si Saturnino Fichet quiere que tengan término las tribulaciones de que es víctima hace algun tiempo, acuda mañana á la noche á la alqueria de un tal Lefort, cerca de Blain. Gerónimo Robertin le puede servir de guia. A los dos les vá la vida, si no siguen esta indicacion.»

—Y quereis venir? le preguntó Saturnino.

—No por cierto, tengo que hacer otra cosa; he sabido que el tiente Delbenne está en Nantes,

voy á entrar á su servicio ; pero no os saltará guia.

Al mismo tiempo que acababa de decir estas palabras, salió un hombre por la misma puerta que ellos.

—Silvestre ! dijo Gerónimo.

—Me he aprovechado de tu aviso y te he seguido ; pero ahora no sé donde esconderme , dijo Silvestre.

El ciudadano Fichet necesita ir mañana á la noche á la alquería de Lefort, de Blain. ¿Quieres ir con él?

—Por qué no?

—Os conviene ? preguntó Gerónimo.

—Corriente , contestó Saturnino.

CAPITULO XIV.

La noche siguiente pasaba en el bosque próximo al pueblecillo de Blain, una escena muy diferente de la que acabamos de referir.

Eran las dos, y una lluvia continua y helada, caía sobre la alfombra de hojas que cubria el suelo. Un fuerte viento de Oeste hacia estremecer las ramas secas de los árboles, y no se veía una estrella en

el firmamento, ni el mas leve ruido turbaba el silencio de aquella triste soledad.

En la espesura del bosque, una gran encina que sobrepujaba á los demas árboles que la rodeaban, habia resistido los ataques del invierno; y ostentaba sus largas ramas cubiertas de hojas. Al pie de esta encina crecian grandes zarzales, que circundaban su grueso tronco. En la noche del 28 de Enero de 1795; un hombre y una muger estaban al abrigo de los zarzales y al pie de la encina, sumergidos en tristes reflexiones al parecer, pues ambos á dos guardaban el mas profundo silencio.

Sin embargo, si el viento levantaba algunas hojas, ó algun ruido extraño se mezclaba al del huracan, alzaban la cabeza, escuchaban y miraban como si trataran de precaverse contra algun peligro.

El viento arreciaba cada vez mas, y parecía querer derribar la gigantesca encina, y una manada de cuervos pasó, buscando tambien refugio contra la tempestad.

—Oído, Jorge, dijo Teresa de Moellien, pues ella era la que descansaba allí, van á aguardarnos.

—Animo Teresa, contestó Fontevieux, á quien ella habia dado el nombre mas familiar y cariñoso de Jorge. Padeceis mucho?

—No, dijo ella con voz triste, no padezco, pero pierdo toda esperanza. Hace cinco dias que se fue la Rouarie dejándonos en el bosque de Blain; debia volver al dia siguiente, y no ha vuelto. Tuffin se fue ayer á buscar á su tio, y no vuelve. Tinteniac marchó esta mañana y tampoco parece. Idos tambien, Fontevieux, y dejadme morir sola al pie de este árbol, ya que no tengo fuerzas para andar.

— Poned los pies sobre mis rodillas, señora, y el frío y la humedad, no penetrarán tanto en vuestra herida.

— Gracias Fontevieux, le contestó con doloroso acento; el frío me ha aprovechado, ya no me duelen los pies, los tengo como muertos, y lo mismo quisiera tener la cabeza, que me arde, y el corazón que me aboga.

Fontevieux la cojió una mano y la pulsó.

— Teneis calentura, le dijo.

— Sí, respondió ella con tono breve, tengo sed.

Fontevieux se levantó, miró á su alrededor con desconsuelo, y viendo á pocos pasos un poco de agua de la que llovía, en un hoyo que formaba la tierra, dió un paso para ir á cogerla.

— Ah! Os vais tambien? Bien está.

— No, no! exclamó Jorge, pero

me habiais dicho que teniais sed, si
é iba á buscar agua. val

—No es necesario, dijo Teresa Ro
con voz reconcentrada; y cogiendo
una punta de la capa en que esta- Ter
ba envuelta, se la llevó á los lá- rev
bios, y chupó el agua en que es- ve
taba empapada.

—Estaos aqui, á mi lado, dijo
Fontevieux, cerca, muy cerca. no

Jorge se sentó junto á Teresa, qu
que dominada por una debilidad re-
pentina, se arrojó en sus brazos le
esclamando entre sollozos: mi

—Ah! Dios mio! Dios mio! Ju- la:
radme, Jorge, que si muero, no da
mo dejareis espuesta á la voracidad ur
de las fieras y de las aves de ra- as
piña.

—Callad! callad! Teresa! Y al
mismo tiempo Fontevieux la envol- ra
vió en su capa, y haciéndola que gu
apoyara la cabeza en su pecho, no
la dijo: No morireis ya vendrán m
nuestros amigos á socorrernos, y

ed, si Tuffin y Tintenisac no tuviesen
valor para soportar tantos trabajos,
es Rouarie no faltaria.

ide —No, Jorge, no vendrá, contestó
ta Teresa con voz triste, pero que
lá-revelaba una dicha inefable, no
es-vendrá, porque ya no me quiere.

—Eso es imposible.

o a —¿Lo creéis, Jorge? ¿Creéis que
sa, no puede olvidarse jamás, un amor
re- que ha vivido en el corazón?

zoz Al decir estas palabras, Teresa
las levantó un poco la cabeza, y sus
miradas se encontraron tan cerca de
las de Jorge, que ambos se que-
daron un rato mudos y gozando de
un éxtasis profundo.

ra —Ah! Quisiera morir aqui! morir
asi, ahora!

al —No! dijo Fontevieux, cuyo co-
ol-razón palpitaba de alegría, bajo el
que-grato peso que oprimia su pecho;
no, no! yo quiero vivir y si os viese
ráa morir....

—¿Qué? preguntó Teresa con voz

anegada.

—Moricia yo tambien.

—Ah! Jorge! Jorge! Ya estoy buena!

Y tomando la mano de Fontevieux, se la puso sobre el corazon, la apretó con las suyas, y cerró los ojos como si estuviese dormida.

Fontevieux la miraba, y sus ojos acostumbrados á la oscuridad, veian á pesar de esta, vagar en los labios de Teresa una sonrisa de felicidad. Poco despues dijo con una voz tan dulce que le pareció á Fontevieux que la oia de lejos, y eso que sentia en su frente el grato aliento que exhalaba aquella voz:

—¿Qué edad teneis, Jorge?

—El dia de vuestro santo cumpliré veinte y siete años, dijo Fontevieux con dulzura, y respetando el delirio que producía la calentura en Teresa.

—Y yo, Jorge, aunque no tengo aun veinte años, soy ya muy

vieja, y he padecido mucho. He sido muy hermosa, y si me hubierais conocido cuando me llevaba mi madre á misa á Santa Gudula, no hubierais creído al verme con mi vestido blanco con cintas azules, tan bella y tan tímida, que llegara un dia en que anduviera corriendo por los campos como una pobre muger sin vergüenza.

—Como una heroína, como una heroína! exclamó Fontevieux.

—El nombre es indiferente, prosiguió Teresa, dominada siempre por el delirio de la calentura. ¿Qué importa el nombre? Ya no soy la jóven pura, á quien un caballero leal pide á la madre por esposa. Mirad, Jorge, mirad que hermoso es, añadió estendiendo la mano como para señalarlos, ver á esa jóven y á ese hombre ir juntos á la iglesia, á ella con su corona blanco, y á él radiante de alegría. Todo el mundo los saluda, y hace vo-

tos para que sean felices. ¿No es verdad, Jorge que encanta el verlos? ¿No es verdad que si me hubierais conocido antes de haber muerto para todos, Jorge mio, habria gozado yo de esa dicha? ¡Muerta si! dijo Teresa sacudiendo de pronto aquella ilusion, que habia calmado un momento los dolores de su alma y de su cuerpo.

—No os moveis, Teresa! dijo Fontevieux, atrayéndola hácia sí. ¿No estabais bien?

Teresa no contestó, pero al cabo de un gran rato, repuso en voz tan baja, que apenas la oia Jorge:

—Nos queremos, Jorge, ¿no es cierto?

—Sí, si! contestó Fontevieux con vehemencia, te amo, Teresa, te amo!

—Ya lo sé, hace mucho tiempo que lo sé.

—Y nunca, presiguió Fontevieux,

me has dicho una palabra que consolara á mi amor.

Teresa cogió con efusion la cabeza de Jorge, y le dijo suspirando:

—Ay! Jorge, Jorge, si estuviese segura de morirme esta noche!...

Sus lábios se tocaron, pero Teresa retrocedió violentamente y le dijo con severidad y amargura:

—Caballero, existe un hombre que hace dos años que no ha pasado una noche bajo techado, ni un dia sin arrostrar la muerte; un hombre que no se ha abatido con los trabajos, que ha soportado la traicion y la ingratitud con fortaleza; que ha sacrificado su cuerpo, su alma y su vida por la causa de Dios y del Rey, que es la nuestra tambien; y ese hombre, en este momento tal vez, se muere de hambre en alguna cueva, ó preso por sus enaemigos perese en un cadalso.

Y nosotros que nos hemos entregado á él , para participar de su gloria le hacemos traicion , cuando él que jamas ha llorado , llora quizás á estas horas porque no puede salvarnos. Cometemos una infamia , señor de Fontevieux!

— ¡ Teresa ! replicó Fontevieux, en quien el amor hablaba con mas energia en aquel momento , que la voz de la amistad ; ¿ qué peligro ha corrido de que no hayais participado ? ¿ Quién ha sustentado su constancia y fortaleza ? ¿ A qué gloria puede aspirar , que no os pertenezca en su mayor parte ? Y si él sufre , y llora , y espira tal vez en este instante ¿ no sufris y no os moris tambien ? Y si no lloras tú , Teresa , es porque eres mas fuerte y mas animosa que él.

— Esa es mi falta , Jorge , yo no lloro , porque estoy con voz , y él llora porque está solo. Yo quiero morir porque soy dichosa , y él te-

me la muerte, porque sabe que yo
padezco. ¡Qué diferencia, Jorge!
¡Ah! debia haberme muerto hace
un momento.

—¡No, no! Teresa! no mori-
reis, y yo os amaré, pero nadie en
el mundo lo sabrá mas que vos.

—¿Sí? ¿y no me hablareis ja-
mas de vuestro amor?

—¡Jamás!

—Pero, alguna vez una mirada
me lo recordará, ó un movimiento
me asegurará que ese amor vive to-
davia en vuestro corazon, ¿no es
verdad, Jorge?

—Y vos tambien Teresa, no me
abandonareis á mi amor, alguna
vez vendrá el vuestro á consolar-
me.....

—Toma, Jorge, esta cruz que era
de mi madre, y cuando me veas
triste...

—Pondré mi mano sobre el co-
razon, donde la llevaré siempre, y
comprenderás que deseo llorar con-

tigo...

—¿Y yo no tendré nada? dijo Teresa.

—Si, toma este anillo de plata, que fueron las arras de mi madre en su desposorio con mi padre.

—Y siempre que vea que pades, le besaré, Jorge, y eso te consolará.

Luego que trocaron sus prendas de amor, quedaron sepultados en un éxtasis profundo, y no oyeron el graznido de los cuervos, que huian de los árboles, al oír el rápido trote de muchos caballos.

Fontevieux, fue el primero que oyó á los ginetes, y sacando las pistolas del cinto se levantó diciendo en voz baja á Teresa:

—Silencio, querida, que alguien se acerca.

Teresa quiso levantarse, pero sus pies doloridos por una herida terrible, y adormeciidos con el frío no pudieron sostenerla y cayó a

suelo; pero poniéndose inmediatamente de rodillas, sacó sus pistolas y dijo á Fontevieux:

—Aguardad mis órdenes.

La heroína volvia á ocupar el puesto que la correspondia.

Los caballos se aproximaban, y no se percibia ni un grito ni una señal que advirtiera que fuesen amigos. Al fin llegaron casi enfrente del árbol donde estaban Teresa y Fontevieux, y habiéndose parado el que iba á la cabeza del destacamento, los demas siguieron su ejemplo. El gefe de esta tropa era el famoso Delbenne, perseguidor encarnizado de la Rouarie.

—Ciudadano Morillon, dijo el teniente de gendarmes, hace cinco dias que estuvo ahí la Rouarie.

—Y puede ser que esté todavia, dijo Barthe, arrimando el caballo á los zarzales que rodeaban la encina, pero herido el animal en las

narices por las espinas, se levantó de manos, y faltó poco para que el ginete fuera al suelo.

—Os digo que le ví anoche en Nantes, replicó Gerónimo, que iba con la partida, y que citó á sus cómplices en el castillo de la Rouaric. Ha visto al marqués de Perbruck, al baron de Paradeze, y la Chataigneraie en casa de mi padre. Mi hermano Pablo los llevó, y se volvieron á marchar con él y Santiago Pelerin, que hace un mes que no se separa de Mr. de Perbruck, que está enfermo.

—Y su hijo, dónde diablos está? preguntó Morillon.

—No se ha vuelto á hablar de él, respondió Gerónimo.

—Por fortuna, tenemos la segunda edicion, dijo Morillon. Vamos que he citado al ciudadano Saturnino en la alqueria de Lefort, y de su hermana Mari-Juana. ¿Dí, Gerónimo, vendrá?

—Silvestre le acompañará, contestó Gerónimo. ¡Ah! Ahora pertenece á los nobles en cuerpo y alma, y perderá el pellejo por servirles.

—Si consigo mi fin de este modo, repuso Morillon, será una historia prodigiosa.

En seguida se alejaron los caballos, perdiéndose muy pronto el ruido de sus pasos entre el rumor de la tempestad que continuaba.

—Vamos Fontevieux, vamos, es preciso llegar á la montaña de Hedeá antes que esas gentes; la Rouarie debe pasar por allí y le avisaremos.

—Pero vos no podeis andar, Teresa.

—No se trata de mí, sino de vos; marchad, marchad al instante.

—Y os he de dejar sola aquí?

—Me dejareis sola, porque lo quiero y lo mando, porque la vida

de la Rouarie está en peligro, y porque así conviene al buen éxito de nuestra causa, que es mas interesante que su vida y la mia.

Fontevieux no contestó, pero poniéndose las pistolas en el cinto, y envolviéndose en su ancha capa, alargó la mano á Teresa.

—Adios Teresa, la dijo, antes de que amanezca estaré en la montaña de Hedeá, y la Rouarie recibirá al mismo tiempo el aviso que debe salvarle, y la noticia de la muerte de la señorita de Moellien. Pero antes de que anochezca habré vuelto yo, á morir tambien al pie de este árbol.

—Bien, Jorge, bien, idos que yo os espero.

Ya se separaban los dos amantes, cuando oyeron un sonido dulce y lejano, como el grito de un hada nocturna.

—¡La Rouarie! exclamó Fontevieux.

—El es, repitió Teresa.

Y prestaron mayor atención.

Poco despues se oyó mas cerca la misma señal, y Fontevieux se aventuró á responder, imitando el mahullido de un gato montés.

—¡Cuántos son, y como vienen.

Fontevieux aplicó el oido á la tierra y escuchó.

—Lo menos vienen ocho ó diez caballos, algunos montados por aldeanos, porque van al paso de andadura, y los otros son fuertes y vigorosos, porque hacen temblar la tierra. Pero caminan despacio y con precaucion.

—No os han oido? dijo Teresa, y dió un grito prolongado que dominó el ruido de la tempestad.

—Ya han oido, dijo Fontevieux, porque apresuran el paso. Han salido al galope, y la Rouarie viene delante de todos. Le conozco por el galope de su caballo. Aqui está,

aquí está, dijo levantándose.

—Teresa recobró su valor y su fuerza con la presencia de su amante, y poniéndose al lado de Fontevieux, saludaron al héroe que admiraban, arrojando al aire los sombreros y gritando:

—¡Viva el Rey!

—El Rey ha muerto, respondió la Rouarie con voz sorda.

En esto llegaron el marqués de Perbruck, el baron de Paradeze, La Chataigneraie, Tinteniac, Tulfín, Pablo Robertin y Santiago Pelerin, y parándose detras de la Rouarie, todos se descubrieron.

La Rouarie se apeó del caballo, y los demas caballeros hicieron lo mismo.

—¡Ha muerto el Rey! exclamó Teresa.

—Sí, sus súbditos le han juzgado.

—¡Asesinado! clamaron á una voz Perbruck y Paradeze.

—¡ Ha muerto en un patíbulo!
gritó la Chaigneraie con un furor indecible.

—¡ Ha muerto ! dijo Teresa , y no veo mas que seis caballeros errantes ! ¿ Donde está el ejército que nos habian prometido ? ¿ Donde los soldados que debian brotar de la tierra , con solo el temor de que se cometiera un crimen semejante ? ¿ Dónde están vuestros soldados , caballeros , y á falta de estos las heridas que habeis recibido en defensa de vuestro Rey ?

—Ya lo ois , la Rouarie , dijo la Chaigneraie , es preciso obrar ó quedar deshonrados para siempre , y ya lo estamos por haber tardado.

—Silencio , aun no es tiempo , contesto la Rouarie con gravedad.

—¿ Y cuando pensais que lo sea , dijo Teresa de Moellien . ¿ Qué mas pueden hacer los verdugos de la

Convencion? ¿ Pueden decapitar otra que nos haga conmoverse las entrañas de Francia con mas fuerza? ¿ Esperan á que no queden á la guillotina mas que los últimos individuos de pueblo?

— ¡ Ah! ¡ Dejad que toquen á ese pueblo, que le toquen solo con un dedo, no tendrán que derramar sangre para que se levante con nosotros!

— Entonces será demasiado tarde dijo Mr. de Perbruck. ¿ Qué queréis que tengan los campesinos en nosotros, viéndonos tolerar tales atentados?

— Nuestras esperanzas estriban en el interés de nuestros vasallos, y en su confianza, replicó la Roussie con severidad. ¿ Qué sucedió á los mulatinos, á Lezardiere, Allain Nedelse, á Sainllant por haberse precipitado? No han encontrado apoyo en los aldeanos, por

que todavia no han sufrido, y si nos habian de abandonar.

—¿No contamos con su adhesion y su obediencia?

—No; los que han tenido amos buenos y benéficos, conservarán todavia algun cariño, pero la obediencia era una carga demasiado pesada para ellos; y hace mucho tiempo que la soltaron.

—Entonces de qué sirve, dijo Mr. de Paradeze, esa vasta asociacion que da á cada distrito una junta, y á cada parroquia un gefe, si no se puede contar con los hombres, y nos han de faltar soldados?

—Ya vendrán, ya vendrán, y no tardarán. Sí; la crueldad de la convencion los horroriza, el proceso del Rey los ha exasperado, y su asesinato acabará de enfurecerlos. Pero les detiene todavia el amor al pais en que han nacido, á sus mugeres y á sus hijos; mas el dia en que un decreto los arranque de

sus hogares, y ese decreto se dará, saldrán, pero será para engruesar nuestras filas. Creedme, señores, añadió la Rouarie dándose un golpe en la frente, está escrito, y yo lo he leído en el porvenir.

Teresa á quien su exaltacion prestó fuerzas para sostenerse delante de la Rouarie, sintió que la flaqueaban las piernas, y antes de que pudiese apoyarse en Fontevieux, que estaba á su lado cayó al suelo de rodillas.

—¡Dios mio! exclamó la Rouarie, corriendo á levantarla, me he olvidado de tus padecimientos, Teresa; y el dolor ha sido mas fuerte que tú.

—No, marqués, respondió Teresa con voz firme, no queriendo mostrarse débil delante de su amante: me he arrodillado para orar por el alma de nuestro Rey, á quien no hemos podido defender, y á quien no podremos vengar ja-

mas.

Y en seguida entonó el *De profundis clariavi*, confundiendo su plegaria con el estruendo de la tempestad.

Todos los que estaban presentes se arrodillaron, y unieron sus voces á la de Teresa. El viento redobló, como si hubiera querido llevar hasta el cielo esta oracion fúnebre, y sus mugidos se confundieron con el canto de los que oraban: al concluirse el salmo, sonó un estallido tremendo, y la robusta encina que habia cobijado este tributo solemne, se tronchó y cayó, como el trono que querian restablecer aquellos intrépidos vasallos, al combate de la tempestad, semejante al Rey por quien acababan de rezar.

Un momento despues, la Roussie colocaba á Teresa en su caballo, montando él en el de Paulo Robertin, y Fontevieux el de Sas-

tiago Pelerin, y la carabana emprendia su marcha, diciendo á los que dejaban á pie, que podian volverse á sus casas, ó ir á buscarlos á la cueva de Hedeá.

CAPITULO XV.

Luego que Santiago Pelerin y Pablo se quedaron solos, dijo el primero:

—Antes de diez minutos los perderé de vista; ¿qué camino debo seguir para salir del bosque y llegar á un pueblecillo, donde pueda comprar un caballo?

—El pueblo mas cercano es Guemenee, si quereis ir á Rennes; pe-

ro si quereis ir á Nantes ó á Machecoul, no teneis mas que tomar por la parte del Blain.

—¿Y vos, preguntó Margarita, os volveis á vuestra casa?

—¡Yo! ¿á mi casa? ¿para que he de volver á mi casa si está desierta? ¡Mi pobre padre ha muerto de pena! ¡Solo estaba yo para cuidarle, y las tres cuartas partes del tiempo, (vos lo sabeis que estabais oculto en casa con el marqués de Perbruck,) andaba corriendo de un lado á otro para llevar cartas á los señores, citándoles para la reunion que debió verificarse quince dias hace. Gerónimo estaba preso, y ademas habia dicho á mi padre que no volveria á poner los pies en casa. Silvestre nos abandonó al dia siguiente de la muerte de mi pobre hermana. Ah! Pobre padre! añadió sentándose maquinalmente sobre la encina caída,

él ha roto la marcha.... y me dice el corazón que pronto le seguiremos todos!

Margarita que deseaba conservar un guía que conocia tan bien el terreno, continuó la conversacion diciéndole:

— Os he oido decir que teniais un tío, y una prima

— Sí, mi tío Luis; un republicano, pero de poco le ha servido; ha sido robado, saqueado, arruinado, y despues le han preso con su pobre hijo. Allí no puedo ir porque no pensamos del mismo modo. Tengo ademas el tío Francisco Robertin de Blain.... habreis oido hablar de él, porque no hay en todo el país una persona que no conozca á Robertin y sus seis hijos: allá voy á ver si tienen un rincon para mí, á no ser que se hayan adherido á los republicanos, porque son colonos tambien de Mr. de Perbruck, y ese no puede contar con sus arrendatarios... ¿No

acaba de dejarnos plantados á los dos?...

— No nos han pagado los caballos. Dijo Margarita, aunque conocia la justicia de las quejas de Pablo.

— Pues qué, nos los habian de robar?.. No, no; estoy satisfecho no...

Iba á continuar sus lamentos pero deteniéndose de pronto, y poniendo á Margarita la mano en la boca, la dijo:

— Chito.. Anda gente por el bosque.

— Creí, repuso Margarita en el mismo tono, que habiamos tomado un camino poco frecuentado.

— Y así es, pero como son tantos los que necesitan ocultarse, senderos se convierten en caminos reales.

— Decidme ahora, que camino debo tomar para llegar al pueblo mas próximo; allí compraré un caballo para continuar mi viaje.

no ser que pueda proporcionarme
vuestro tío el de Blain, pues necesito
estar mañana en la Rouarie para
salvar á Mr. Cesario, y quiero...

—Si el conde está en peligro, soy
vuestro, porque ese es bueno, pero
no necesitamos separarnos del ca-
mino, para buscar caballos, pues
en la alqueria de Lefort, que está
cerca de Guemence, nos los darán.

Pusiéronse en seguida en mar-
cha, y despues de haber andado
mas de una hora, llegaron al tér-
mino del bosque, y se encontraron
junto á una alqueria compuesta de
una porcion de edificios peque-
ños.

—Ya estamos, dijo Pablo, y des-
pachémonos, pues parece que los
caballos que hemos oido hace poco,
vienen hácia acá. No sé quien será,
pero pronto lo veremos; puede ser
que sea un destacamento de gendar-
mes que hay en Guemence.

Los caballos de que hablaba

Pablo, eran los que llevaban á Saturnino que acudia á la cita misteriosa que le dieron al salir de la cárcel, y á su guia Silvestre Laurids.

Mientras tanto Pablo y Margarita subian una escalera, atravesaban un campo, y llegaban á la puerta de un corral interior de la granja. Decimos puerta, porque habia una cerca de maderos que formaba dos cuadros. Cada uno de estos cuadros, cerrado con una puerta de ramas secas, apoyada en un poste de piedra, sujeta con ataduras de mimbre que le servian de goznes, tenia tres pies y medio de altura y su principal objeto, era impedir que saliera el ganado. Tambien servia para proteger á los transeuntes, pues de este modo podian acercarse á la casa lo bastante para que no oyeran, sin esponerse á que los devoraran los perros que estaban sueltos dentro de estos circulos.

Quando Pablo y Margarita llegaron, les pareció ver luz á través de las rendijas de las ventanas.

—Están levantados, dijo Margarita, tal vez se habrá detenido aquí el marqués.

—Un hombre como él, contestó Pablo, no se espone á quedarse en un punto donde tiene á poca distancia una brigada de gendarmes. O soy un imbécil, á apostar que á la media hora de separarse de nosotros han echado á la izquierda.

—¿Van por otro camino mas seguro?

—Pero el nuestro es mas corto, él ha hecho bien y nosotros tambien. Nosotros somos dos pobres, y pasaremos por donde ellos no hubieran pasado: ademas, quereis caballos y esos no se encuentran entre las matas, y si Lefort los tiene, nos los dará.

Llamó en seguida dando un grito particular, pero tardaron mucho en

responderle.

Hé aqui el motivo:

Ya recordarán nuestros lectores que en casa de Lefort fue donde citó Morillon á Fichet. Pero ántes de contar lo que pasó, es preciso referir la escena que acaeció en la misma noche, escena sangrienta, precursora de otras mas horribles aun, y que fueron origen de que se diera á esta casa el nombre de *Casa de sangre*, nombre que llegó á ser famoso en Bretaña.

Luego que Morillon y su comitiva pasaron del sitio donde estaban Teresa Moellien y Fontevieux, prosiguieron su marcha silenciosa, y muy pronto llegaron á casa de Lefort. Sin duda conocian á Delbenne, ó por lo menos, debia él conocer muy bien la habitacion, pues sin detenerse en la cerca se fué derecho á la casa, y abrió la puerta que estaba cerrada solo con picaporte, á pesar de estar muy avanzada

la noche. Entró Delbenne primero, y admirado de que no hubiera luz, dijo en alta voz:

—No hay nadie por aquí? Lefort! Mari-Juana!

Nadie respondió. Delbenne se acercó al fogon donde ardian algunos carbones, los meneó con la punta de la bota, y echó algunos pedazos de leña, restos de un haz que se habia quemado recientemente. Con la llama que se levantó, se iluminó la sala baja y vió que todo estaba revuelto: una mesa que habia en medio, derribada, y los bancos y las sillas tirados.

—Ay! exclamó Delbenne con sobresalto, aquí ha sucedido una desgracia.

—Sí? Dijo Morillon que se habia quedado á la puerta.

Delbenne encendió una luz, dió varias vueltas por el cuarto, y advirtió que estaba el suelo mojado. Miró, y vió un charco de sangre. Que-

dóse pálido é inmóvil, y Morillon siguió que se habia atrevido á entrar, lleva mientras que Gerónimo y Barthelemy quedaban fuera con los caballos, se paró diciendo:

—Esta gente es poco cuidadosa.

—Han asesinado á alguien! dijo Delbenne mirando con espanto á su alrededor.

—O habrán matado algun cerdo, replicó Morillon, observando la turbacion de Delvenne.

—Donde está la cuadra? preguntó Barthe desde afuera.

—Contestad, teniente, dijo Morillon á Delbenne, que habia abierto una puerta y metidose en una pieza inmediata.

El teniente que seguia el reguero de sangre, no respondió y siguió andando.

Atravesé una gran cueva, siguiendo siempre el reguero de sangre; llegó á otra puerta, la abrió y se encontró eu la cuadra. Barth

siguió desde fuera el camino que
llevaba la luz que se veía por en-
tre los vidrios, y abriendo la puer-
ta que daba al corral, echó una
ojeada al sitio donde acababa de
entrar Delbenne, y llamó á Geróni-
mo diciendole:

—Por aquí, por aquí está la cua-
dra.

—Delbenne se paró á la puerta,
porque allí se perdía la huella de
sangre; habia estendida paja nueva
por el suelo, el astillero estaba
lleno de heno, y habia una gran
cantidad de avena junto al pese-
bre.

—No os molesteis, mi teniente,
dijo Barthe acercándose á Delbenne,
y quitándole la luz de la mano.

—Estos si que son buenos amigos,
y patriotas verdaderos, que lo tienen
todo dispuesto para recibirnos. La
cena lo estará tambien: vamos, Ge-
rónimo, despachémonos, quitemos á
los caballos las sillas y los bocados

para ir á cenar.

Delbenne miraba azorado á su alrededor. y hubiera continuado su pesquisa, si Morillon que se habia quedado en la sala baja, no le hubiera llamado. Volvió y le encontró echando leña en el fogon muy tranquilamente.

— Os llamais Enrique, mi teniente?

— Sí.

— Pues me parece que he oido por ahí arriba una voz de mujer que os llamaba.

Delbenne tomó la luz que habia encendido Morillon, y se dirigió á una escalera de caracol, pero antes de que empezara á subir vieron bajar á una mujer medio desnuda desgredada, con la vista extraviada y trayendo un hacha en la mano.

— Mari-Juana! Mari-Juana, esclamó Delbenne, ¿qué ha pasado? responde.

— La cena está dispuesta, contes-

tó la mujer; id, id, podeis cenar, reir y cantar que nadie os lo impedirá.

Delbenne la contemplaba con horrible inquietud, mientras que Morillon arreglaba los muebles de la casa con fingida indiferencia, y le decia con tono burlon:

—Qué linda patrona, teniente!

En esto se oyó un gran estrépito en la cuadra, ocasionado por los caballos que no obedecian, y por los juramentos de Barthe y Gerónimo.

—¿Qué es eso? preguntó Morillon asomándose á la puerta de la bodega.

—No sé lo que tienen estos malditos animales que no quieren entrar, respondió Barthe.

—Habled con vuestra querida, que voy á ayudar á esos torpes.

Morillon se fué y Delbenne quedó solo con Mari-Juana.

—Respóndeme, Mari-Juana, dí,

¿porque tienes esa hacha ensangrentada? ¿qué ha sucedido?...
apri
Vet
la c

—Que mi hermano no queria que volviese á verte, ni que volvieses aqui, y yo le he dicho que la casa tanto era mia como suya, y que vendrias porque asi me acomoda. ¿No es verdad que he hecho bien?....
se l
—Entonces él se enfureció y te llamó espía, verdugo, y malvado; me dijo que pronto acabarian contigo y todos los patriotas, y yo le contesté que él no era hombre, sino siervo de los nobles, y que estaba vendido á los aristócratas; á lo que respondió que era una mujer perdida, y que renegaba de mí. Pues bien, le dije, ya que no somos hermanos...
—cad
—con
pal
ra,
el
fen

Mari-Juana temblaba al hablar asi, su mirada era fija, y sus lábios contraídos con una sonrisa idiota, se estremecian convulsivamente.
esp
dic
de
cua

—¿Y qué más? preguntó Delbenne, palpitando de terror.

—Luego, repuso Mari-Juana,

apretando los dientes, me dijo:
Vete, bribona, que estás deshonorando
la casa de tu padre!...

Aqui se detuvo, y su semblante
se puso lívido y amenazador.

— ¿Qué mas? exclamó Delbenne
cada vez mas aterrado.

— Diantre!... El se acercó á mí
con un palo en la mano, si, con un
palo... yo estaba sentada allí... mi-
ra, junto al sitio donde se cuelga
el hacha, busqué una cosa para de-
fenderme, y...

Mari-Juana soltó una carcajada
respantosa.

Morillon entró al mismo tiempo
diciendo:

— Pardiez! ya creo! ¿cómo habian
de querer entrar los caballos en la
cuadra, si hay un cadáver.

CAPITULO XVI.

Al oír á Morillon, el teniente se apartó de Mari-Juana horrorizado, y se quedó mirándola sin proferir una palabra. No se atrevia á indagar la verdad, pero sus miradas estraviadas, parecia que queria leerla en el rostro de la desgraciada.

—Un cadáver! exclamó al fin con un espanto indecible.

Morillon que acababa de entrar

y Gerónimo y Barthe que le habian seguido, se quedaron atónitos con esta revelacion, mientras que á Delbenne parecia que le habia herido un rayo.

—Ah! ah! dijo Morillon mirando al teniente con malignidad, ciudadano, esto es de vuestra competencia, pues parece que es un asesinato.

—Ah! Es horrible, es horrible! exclamó Delbenne desesperado, haber muerto á tu hermano!

—Sí, respondió Mari-Juana con voz breve: me pegó, y quiso echarme de casa, despues de haberme llenado de improperios.

—Eso, dijo Morillon observando siempre á Delbenne, dá otro aspecto al negocio. Si han mediado injurias y golpes, puede haber sido un acto de defensa legitima.

—Contra un hermano! dijo Delbenne volviendo la cabeza con horror, jamás! jamás!

Morillon que á su llegada á Bretaña, habia querido á la Rouarie sin contar con Delbenne, tuvo al fin que unirse á este despues de varias tentativas inútiles, pues nadie conocia mejor el pais, ni era tan incansable, constante y audaz. Pero no tenia con Morillon la obediencia ciega que este exigia en sus subordinados, y el comisario de la Convencion le detestaba con todo el ódio que profesan los pícaros á las gentes honradas. Calculó pues Morillon, que Delbenne debia tener en aquella casa, por el modo con que le habia hablado, relaciones intimas y mas cariñosas que las de un viajero con sus patrones. Tambien dejó escapar algunas palabras sobre la desavenencia que existia entre los hermanos diciéndoles: «No hagais caso de la cara que os ponga Lefort,] pues su hermana Mari-Juana será la que cuide de nosotros.»

Así es que advirtiéndole al entrar el desorden que reynaba en la casa, supuso que habrían tenido alguna disputa, y al ver el charco de sangre, que esta habria ido muy lejos. El espanto de Delbenne, confirmó sus sospechas, y mostró tanta indiferencia, con el fin de descubrir mejor la verdad y aprovecharse de ella.

Por lo tanto cuando vió el cadáver en la cuadra, dijo á Gerónimo y á Barthe:

—Callaos, y dejadme obrar.

Luego que supo que Mari Juana habia cometido el asesinato, trató de impeler á Delbenne á escusar el crimen de su querida, para poner al teniente bajo su dependencia. Por esto repuso con tono meloso:

—No hay hermandad que valga, cuando el hermano es enemigo nuestro, ¿no es cierto, Mari-Juana?

—No, respondió ella como una

idiota, no hay hermandad.

—Porque él os ha pegado, no es verdad, hija mia?

—Ya lo veis! dijo ella enseñando el brazo magullado.

—Y estoy seguro prosiguió Morillon, de que si no os hubierais defendido os hubiera matado.

—No importa, no importa, exclamó Delbenne con desesperacion y llevando las manos al cielo, dijo Es espantoso! Los hermanos armados contra las hermanas, estas matando á sus hermanos, y por qué ¡Dios mio!

—¿Eso es porque ha castigado y por que queria echaros? preguntó Morillon.

—Porque decia que Enrique era un malvado, un republicano, y que no queria que entrase esta noche en casa con otros pillos como él.

—¿Y os ha pegado por eso, y queria echaros de casa? dijo Morillon.

rillon, centelleándole los ojos de alegría.

—Sí, dijo Mari-Juana, sí.

—¿Y por eso lo has matado? prosiguió Morillon levantando la voz mientras que Delbenne le miraba admirado sin comprender el fin que se proponía.

—Sí, por eso ha sido, repitió la desventurada.

—Muchacha valiente! prorumpió Morillon, añadiendo á esta exclamacion juramentos terribles. Le ha matado, y tú, teniente, bajas la cabeza, y te haces el melindroso. Trueno de Dios! Viva Mari-Juana, y mueran los aristócratas y sus siervos! Abrázala, Delbenne, que es patriota verdadera, y muger digna de un republicano; y si no te casas con ella en el altar de la patria, serás un villano. Viva Mari-Juana! y si alguien tratase de inquietarla por esa accion heróica, atestigüaremos en favor suyo. ¿No es ver-

dad, muchachos? Ea, á la mesa, y viva Mari-Juana!

—Sí, respondió Barthe con una sonrisa feroz, viva Mari-Juana la fatricida!

—Bien está... bien está... gritó la desgraciada, ya no hay hermanos ni hermanas, la república ante todo, ¿No es así?

—Y Mari-Juana, replicó Morillon, viva Mari-Juana! gritó.

Barthe repitió la aclamación, pero Gerónimo y Delbenne no correspondieron á tan tremenda imprecacion. El teniente se retiró á un rincon sin atreverse á interrogar á la infeliz muger, que estaba en ese estado que participa del juicio y la locura; en ese estado en que se conserva la memoria y se pierde el conocimiento de lo que se hace. Gerónimo dudaba, y sentía debilitarse su ardor patriótico, á ver á que extremos podia conducirle. Mari-Juana no conocia el horror

que inspiraba á su amante , y permanecía sentada al pie de la escalera , con el hebra ensangrentada en la mano.

Pusieron la mesa , levantaron los bancos , y Morillon se acercó á Mari-Juana , diciéndola:

—Vamos, ciudadana , ven á presidir nuestro festin , y brindaremos á tu salud , y por la muerte de los enemigos del pueblo : y vos, teniente , sentaos á su lado. Parece que no os envaneceis del heroismo de vuestra querida.

Morillon se sentó junto á Mari-Juana , designando á Delbenne el otro lado de la infeliz.

Aturdido Delbenne y dudando del sentimiento que experimentaba , se preguntó á sí mismo , si debía admirar el asesinato , como Morillon , y si tenia delante una heroína ó una criminal. Hasta tal punto habian destruido las ideas de un patriotismo exagerado los principios

de sana moral, aun en los corazones mas rectos. No sabiendo darse cuenta, deciamos, de la sensacion que experimentaba, fue á sentarse junto á Mari-Juana, pero retrocedió horrorizado, exclamando al mismo tiempo:

—En este banco hay sangre!

—Qué, te asusta la sangre de un traidor? le dijo Morillon.

—No, contestó Delbenne con voz sorda; pero no quiero sentarme ahí.

Y fue á colocarse al otro lado de la mesa entre Gerónimo y Barthe, dejando á Mari-Juana junto á Morillon.

—Toma hija mia, dijo este, llénandola el vaso de vino, bebe, viva la República.

Mari-Juana tomó el vaso y se le bebió de un trago, sus ojos brillaron con un fuego mas sombrío, se sonrió.

—Ya verás! ya verás! repuso

Morillon , repartiendo la cena y volviendo á llevar el vaso de la pobre jóven : te llevaremos á Rennes en triunfo y te presentaremos como modelo á todas las mugeres de los departamentos. Hola , ciudadano Gerónimo , ¿ no dices nada á esta muchacha ; no estás marcado de mano del verdugo , y no te ha valido eso la honra de que te proclamaran buen patriota ?

— Pero yo no habia matado á nadie , replicó Gerónimo.

— Eso quiere decir , añadió el grosero Barthe , que eres un collon , y que esa muchacha es valiente. Teniente Delbenne , á la salud de vuestra futura !

Morillon llenó los vasos de todos , chocándolos unos con otros , pero la mano de Delbenne temblaba al levantar el suyo , y al tocar el de Maria le retiró sobresaltado. Ella bebió sin participar de la exaltacion de Morillon , pero si

notar la frialdad de su amante. Anotada y como embrutecida por el crimen que habia cometido; obedecía á la voz que la hablaba sin comprenderla; y su semblante iba tomando poco á poco, la expresion salvaje que tiene la borrachera de vino cuando se reune á la de la sangre.

—En qué quedamos, teniente, dijo Morillon en tono de mofa, reuiegas de tu querida?

—Ciudadano Morillon, contesto este, cediendo al fin al horror que sentia, no hablais asi, y no exalteis la cabeza de esa desdichada. Ha cometido un crimen, un crimen espantoso...

—Cómo, será mentira lo que ha contado? Seria su hermano un buen patriota y no la habrá pegado? En ese caso, teniente, cumple con tu deber: arréstala, llévala á Rennes donde la entregaremos al fiscal público, y en un momento la arre-

rán sus cuentas, é iremos á verla guillotinar. No es verdad, muchacho?

Barthe se rió á carcajadas, y Gerónimo se puso mas sério.

—Ella! exclamó Delbeune, Mariana subir al patíbulo!

—Y si estás de servicio la escoltarás..... Vaya, es preciso vengar la muerte de los patriotas.

—Muy bien! gritó Barthe, entusiasmado.

—Lefort era partidario de los nobles, dijo Delbenne con voz breve, y tapándose el rostro con las manos.

—Pues bien, entonces ha hecho bien en matarle.

Delbeune meneó la cabeza con desesperacion, y Morillon prosiguió con tono amenazador:

—Hola! teniente, sepamos definitivamente por quien estais. Entendámos: si es culpable, es deber vuestro prenderla; si no lo es, ¿por

qué le pones hocico?

Delbenne calló, pues el crimen de Maria le horrorizaba, y sabia al mismo tiempo que el funesto amor que la habia inspirado, habia sido causa de la discordia entre los hermanos y que este amor habia impulsado á cometer el asesinato que tanto le aterraba. Morillon esperó un instante la respuesta, y luego continuó:

—Os callais! Ya lo entiendo: decir que ha sido un asesinato originado por amor, y que la patria no tiene nada que ver sobre el particular. Siendo asi, es un crimen imperdonable. Barthe, meneá las piernas y vete á Guemenée á buscar á los gendarmes.

—Ya voy, dijo Barthe.

—Detente! exclamó Delbenne fuera de sí; Mari-Juana no es culpable, su hermano servia á la casa de los nobles, y la ha pegado querido arrojar de su casa; no

hecho mas que defenderse.

—Pues entonces, dijo Morillon, bebe como nosotros patriótica y alegremente. Vamos, trinca con ella.

Delbenne trastornado y medio loco obedeció; su vaso tocó al de la desgraciada, quien despues de haberle vaciado, empezó á reirse y á dar golpes en la mesa. Era una borrachera repugnante.

—Viva Mari-Juana! gritó Morillon.

—Viva! repitió Delbenne con voz apagada.

—Viva la fraticida! gritó Barthe con su sonrisa feroz.

Un silencio imponente sucedió á este horrible brindis, y entonces fue cuando se oyó la voz de Pablo, que llamaba por la parte de afuera de la cerca que rodeaba los corrales.

—Quién llama? preguntó Morillon.

—Probablemente serán Saturnino Fichet, y el cuñado de Gerónimo, Silvestre-Landais, dijo Barthe.

—No, respondió Gerónimo que se habia levantado trémulo, esa voz no es de Silvestre.

—Serán enemigos, y nos habrán sorprendido, dijo Morillon.

—Voy á verlo, contestó Barthe levantándose de la mesa.

—Que no entren; no respondais no respondais, repitió Gerónimo asustado, que no entren. ¡Ah! añadió dirigiéndose á Delbenne en voz baja, es mi hermano Pablo, el realista. No..... no..... que no entre.

El teniente miró á Gerónimo que tenia la vista fija en Mari-Juana y le dijo con voz delirante:

—Y tú no quieres matar á tu hermano?

—Cuántos son? preguntó Morillon que tambien se habia levantado y se dirigia á Barthe.

Este que se habia asomado á una ventana, donde veia los corrales, contestó:

—Son dos aldeanos.

—Que se vayan, dijo Morillon, porque nos incomodarian.

—Tiene razon el ciudadano Morillon, repuso Gerónimo, esforzándose por mostrarse alegre, nos incomodarian. Sentémonos, y bebamos.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, volvió á oirse la voz de Pablo, llamando á Lefort.

Al oir el nombre de su hermano, Mari-Juana se levantó sin que Delbenne y Gerónimo tuvieran tiempo para detenerla, y fué á abrir, diciendo:

—Puedes entrar, Pablo Robertin, le dijo, que no te morderán los perros, porque ya murieron. Bien sabes, continuó volviéndose hácia Delbenne, que los envenené para que no ladraran cuando venias á verme por las noches.

—Hola! teniente, dijo Morillon con una alegría feroz, ¿pertenece también al partido de los aristócratas?

Delbenne bajó la cabeza, y Barthe preguntó á Gerónimo:

Sargento, ¿es tu hermano Pablo el aristócrata? Te se presenta una ocasión favorable para hacer ver tu patriotismo.

Gerónimo se quedó helado, y Morillon repuso:

—¿Me digiste que habia salido de Nantes con la Rouarie, Gerónimo? Que entren, que puede ser que vengan detras los conspiradores. ¡Ah! ¡Que vengan! que aunque fuesen diez contra uno, esta vez no se me escaparia el marques.

—Sí, sí, que vengan exclamó Delbenne, y nos entreguen á la Rouarie y su comitiva, nos batiremos cara á cara, y su sangre no me asustará!

Los cuatro hombres sacaron se

sables, y prepararon las pistolas, retirándose á la cueva por orden de Morillon, para observar desde allí los enemigos á quien tenian que atacar.

Mari-Juana siempre sumergida en su repugnante embrutecimiento habia vuelto á sentarse á la mesa. Cuando entraron Pablo y Margarita estaba sola en el cuarto.

— Buenas noches, Mari-Juana, dijo Pablo al entrar, ¿y Lefort, donde está?

— Allí, respondió señalando la puerta que daba á la cueva y á la cuadra.

— ¿Está durmiendo? preguntó Pablo.

— Si, contestó con una sonrisa de imbécil, duerme; y duerme bien.

Sorprendido Pablo de semejante recibimiento, preguntó con suspicacia y alarmado, viendo la mesa:

— ¿Y á lo que veo, mientras el

duerme vos os regalais?

—Si, nosotros bebiamos, y elle gritaban: Viva Mari-Juana.

—¿Y dónde están los demas convidados?

Iba Mari-Juana á contestar, cuando entró Morillon.

CAPITULO XVII.

Quando el comisario de la Conven-
ción se presentó ante Pablo y Mar-
tina, no era ya el vigoroso compa-
ñero que caminaba por el bosque
con tanta ligereza, ni el que bebia
alegremente un momento antes :
ahora bien parecia un hombre ren-
to de cansancio, y que apenas
pueda moverse.

Una palabra habia bastado á
Martina para preparar esta entra-

—Es tu hermano, dijo en voz baja á Gerónimo, y es agente de los aristócratas. Si no quieres que te obliguemos á hacer con tu hermano lo que Mari-Juana ha hecho con el suyo, calla y déjame obrar. Ya es tiempo, añadió, dirigiéndose á Delbenne, de que empecemos á representar nuestra comedia.

Ya digimos á nuestros lectores que Morillon tenia buena figura, y cierto aire teatral que á los ojos de un aldeano como Pablo, podia pasar por de distincion.

—Perdonad, amigos, les dijo al entrar, y disimulen que háyamos huido á su llegada, porque cuando uno está proscrito, teme siempre que no conoce.

Pablo le observó atentamente y contestó con prudencia:

—Y ahora nos conceis, caballero?

—Mari-Juana os ha nombrado. No sois hijo de Robertin, el colono

de Perbruck? No salísteis de casa de vuestro padre, con el marqués de la Rouarie, y otros caballeros? No precedeis su llegada aquí?

Estas circunstancias recordadas hábilmente, infundieron confianza á Pablo, y contestó:

—El marqués camina á su modo, y si hubiera de haber venido aquí, hace mucho tiempo que habria llegado. Nos han dejado en el camino con órden de ir á reunirnos con ellos, y hemos entrado aquí, para ver si podrian vendernos algunos caballos.

Un rayo de alegría brilló en los ojos de Morillon, que no se escapó á la penetrante observacion de Margarita, y él continuó con afectada indiferencia.

—Ya lo ereo, aquí encontrareis caballos, y puede ser que podamos ir juntos.

—Calla, dijo Pablo, ¿veis tambien á....

Margarita le tiró de la chaqueta, interrumpiéndole para que no digera dónde pensaba ir la Rouarie.

—Es muy peligroso, añadió Margarita, viajar reunidos en estos tiempos, y como sois cuatro, por los cubiertos que veo en la mesa, mejor será que váyamos cada cual por su lado.

—Como gustes, muchacho, dijo Morillon procurando disimular el enojo que le causaba la respuesta de Margarita, y pensando que tal vez le tendria mejor cuenta seguir sus huellas que viajar con ellos.

—Dónde están vuestros compañeros? preguntó Margarita, les asustan dos aldeanos?

—Están preparando los caballos.

Margarita no cesaba de observarle, y continuó preguntándole.

—Os marchais ahora mismo?

Morillon escuchó un ruido que se oia en la parte exterior, y

momento contestó:

—Esperamos á unos amigos que llegan en este momento; así que descansen emprenderemos nuestra marcha, y vosotros podreis continuar la vuestra.

Fue en seguida á la cueva, y mandó á Gerónimo y á Delbenne que ensillaran los caballos, y volviendo á la sala baja, se asomó á la ventana, y gritó á dos ginetes que acababan de pararse en frente de la casa:

—Eh! se viene de Nantes?

—De Nantes y de su castillo, respondió uno de los viageros.

Esta era la consigna que Morillon hizo dar á Silvestre Landais, de modo que así que la oyó les mandó entrar.

—Atad los caballos á las rejas, dijo desde arriba á los ginetes que habian entrado en el patio, bebed un trago, y marcharemos al instante.

Los nuevos personajes que se presentaban, eran Silvestre Landais y Saturnino Fichet. Margarita ó Santiago Pelerin, los reconoció y se metió en el rincón mas oscuro de la sala baja. Pablo los reconoció tambieu y se fue al lado de Margarita.

—Sentaos; caballero, dijo Morillon á Fichet, no os diré mas que dos palabras... mientras estemos aqui. Vosotros, añadió dirigiéndose á Pablo y Margarita, arreglense con Mari-Juana si pueden, pues yo conocerá que no nos ha de agrandar que se enteren de nuestros asuntos gentes tan desconfiadas.

Saturnino deseaba saber por que le habian citado á aquella alquería y á Morillon le urgia poner en práctica su desiguio; pero habiendo llamado la atencion de Silvestre y de Saturnino las palabras de Morillon, ocurrió un incidente que retardó los deseos que ambos

nian. Silvestre fue el primero que conoció á Margarita, y dijo al verla:

—Ese muchacho es el que nos hizo arrestar, señor Saturnino, y también á Gerónimo.

—Con efecto él es. Quien quiera que seais, añadió Saturnino hablando con Morillon, desconfiad de ese chico, porque él fue quien hizo que me prendieran, creyéndome el conde Perbruck.

—Calla! es ese! exclamó Morillon estupefacto; ¿con que eres tú? repuso corriendo hácia Margarita y trayéndola junto á la mesa para verla mejor con la luz de las velas, ¿con que tú salvaste al marqués de Perbruek?

Aunque asombrada Margarita de que aquel desconocido supiese esta anécdota, contestó con resolución:

—¿Quién os ha dicho eso?

—Vamos, vamos, querida, digo

querido, no pretendais ocultarlo; estoy muy bien enterado de lo que pasó en casa de Maturino Fichet, y de que hicisteis prender á Gerónimo que queria que ahorcaran al marqués. Lo sé perfectamente.

Morillon supo este acontecimiento por Gerónimo, y se aprovechó de él con la presencia de ánimo que tenia para salir de cualquier apuro. ¿Pero, cómo sabia el verdadero sexo de Margarita? Este punto se aclarará mas adelante. En el interin solo diremos que estuvo un momento indeciso, como un viagero que encuentra dos caminos y no sabe cual seguir, pero Morillon no tardaba en resolver, y muy luego se decidió á seguir el plan que se habia trazado, dando á otro la incumbencia de preseguir el que se presentaba tan inopinadamente. Por consiguiente continuó:

—Si, señor, lo sabemos, y no queriendo que el valiente Sa:

lo; nio Fichet, fuese víctima de vues-
ue tras supercherias, le hemos sacado
et, del castillo para que se una á nosotros
ó- y nos ayude á derribar á esos pí-
al caros, infames republicanos.

—En horabuena, dijo Pablo, si
n- sois de los buenos, viva el Rey,
ió y que tiemblen los que caigan en
re nuestras manos. Y tú, Silvestre,
o. creo que la cárcel te habrá curado
ro de la mania de hacerte el republi-
(- cano como el tío de Robertin.

—No; contestó Silvestre apre-
- tando los puños... No me ha cura-
o do la cárcel, sino el pícaro de Gui-
o lermo Poiré, que ha preso al tío
y á su hija, y ahora pone á Rosa
y en la alternativa de casarse con él
ó de ver morir á su padre en un
potibulo.

—¿Estais preso tambien? pre-
guntó Morillon.

—Sí, y el infame viejo me ha
saltado, porque sabia que si le hu-
biera encontrado en cualquier cor-

redor, le habria ahogado, aunque al dia siguiente me hubieran guillotinado... Siendo por eso no hubiera sentido; si fuera por el Rey ó por la república, era otra cosa.

—Bien está, dijo Morillon, hablando de eso con vuestro hermano político, que aqui tenemos que tratar de materias mas importantes.

Hizo señal á Saturnino de que se sentara junto á él, sin hacer caso, bien fuese por inadvertencia ó bien porque le conviniese que oyera la conversacion, de Margarita que se sentó bastante cerca de ellos para poderlos oír.

Mari-Juana se levantó de la mesa, y vino á sentarse al lado de Margarita, como si un instigador secreto la hubiera advertido, que solo encontraria compasion en aquel corazon que padecia como el mio...

—Decidme, le dijo en voz baja, porque se ha marchado Enrique?

—Callad, la respondió en el mismo tono, no incomodeis á estos señores, y se echó como para dormir.

—Señor de Fichet, el marqués de la Rouarie me ha encargado que os haga una proposicion bastante estraña.

—Hacedlo, pero os advierto que es probable que no la acepte.

—No se exige mas que una cosa, y es que si no os conviene, deis palabra de no revelarla jamas.

—A eso puedo comprometerme, no obstante, desearia saber con quien tengo el honor de estar hablando.

—Soy el marqués de Venanceaux, dijo Morillon; y creo que mi nombre que os confio sin temor, será suficiente garantia.

Saturnino se inclinó al oír un

nombre tan conocido entre los realistas. Era este el de un caballero breton que hacia veinte años que se habia establecido en América, y que habia anunciado en todos los periódicos del nuevo mundo, que regresaba á Francia, para combatir la anarquía. Arrestado al llegar á San-Malo, se pudria en un calabozo, y Morillon podia apropiarse su nombre con toda seguridad. Hemos dicho que Fichet le saludó con el respeto que merecen esos mártires de abnegacion, y Margarita prestó mas atencion, pero no pudo oír mas que estas palabras que la dijo Mari-Juana al oído:

—¿Por qué no bebe mas el cidradano Morillon, y no grita, viva Mari-Juana?

Margarita se estremeció, y Morillon notando este movimiento temiendo alguna indiscrecion de la loca, la dijo con mal humor:

—Vamos, Mari-Juana, dejad do

mir á ese muchacho, é idos á la cuadra á ver si prepara Enrique los caballos.

Mari-Juana obedeció, pero al llegar á la puerta retrocedió horrorizada, diciendo:

—No quiero despertar á mi hermano.

Se sentaron al pie de la escalera, y habiendo encontrado allí la hacha ensangrentada se puso á mirarla como hace un niño con un juguete. Mientras tanto Pablo y Silvestre que estaban en un rincón, se admiraban de la ausencia de Lefort, y del aire estraviado de su hermana; y Fichet por su parte decia á Morillon.

—Vuestro nombre señor marqués, me inspira la mayor confianza, pero me dá á entender tambien, que la proposicion que tratais de hacerme, tiene relacion con los intereses políticos del pais, y no puedo menos de preveniros, que no quiero bajo

ningun pretesto tomar parte en la contienda.

Morillon miró á Saturnino, como para asegurarse de que aquella decision era verdadera. El tono con que la habia pronunciado, no daba lugar á dudar de su sinceridad, pero sin duda Morillon contaba con que le vencerian las proposiciones que pensaba hacerle, pues repuso inmediatamente:

— ¿Rehusariais si supieseis que se trata de proporcionaros un gran nombre, un rango elevado, y una gran fortuna?

Saturnino abrió los ojos de par en par, pues á pesar de su decision, deseó saber como harian para proporcionarle tantas ventajas, y qué servicios le pedirian en cambio.

—No comprendo, señor marqués contestó, como puede hacerse una proposicion á un hombre como yo que nada es, ni nada vale.

—Os harán valer; oidme con atención.

Morillon miró á su alrededor antes de proseguir, y habiendo sorprendido á Margarita mirándole, vaciló un momento, y al fin dijo á Saturnino:

—No estamos en sitio donde puedan tratarse asuntos tan graves con seguridad; no me gustan las gentes que duermen con los ojos abiertos: tened la bondad de seguirme, y concluiremos.

Levantóse Morillon y llevó á Saturnino al patio y al cerrar la puerta que daba al campo, se cerró tambien la que daba á la bodega, quedando Pablo, Silvestre y Margarita solos con Mari-Juana.

—¿Qué significa esto, se preguntaron mirándose unos á otros?

—Significa, dijo Margarita en voz baja, que estamos á merced de ese feroz Morillon, que ha prometido á los verdugos de Luis XVI la ca-

beza del marqués de la Rouarie.

—Somos tres, dijo Pablo, y un hombre no me asusta.

—Hay gentes allí también, repuso Margarita señalando la puerta que daba á la cuadra.

—Estó, dijo Mari-Juana con voz temblona, mi querido Enrique.

—¿Enrique Delbenne? preguntó Margarita acercándose á la loca.

—Sí, sí, allí está, y otros también.

—Estamos perdidos, dijo Pablo.

—Habla por tí, replicó Silvestre, apartándose de su hermano; yo soy patriota, añadió levantando la voz para que le oyeran desde afuera, y gritaré á fé mia ¡Viva la república, y mueran los aristócratas!

—Eso es, dijo Mari-Juana riéndose, bien, bien!

—No callarás, infeliz, dijo Pablo á Silvestre, y viéndonos en peligro no vendrás á socorrernos?

— Vosotros os habeis metido, ahora salid de él como podais.

— Te olvidas de que has sido marido de mi hermana, y que te he llamado hermano?

— Ya no hay hermanos, contestó Silvestre bruscamente.

— Es verdad! Es verdad! exclamó Mari-Juana blandiendo el hacha en el aire. Ya no hay hermanos en el mundo!

Este fue el principio de la horrible escena que hizo dar á aquella mansion, el nombre de, *Casa de sangre*.

Mientras esto sucedia en el interior de la casa, Morillon recibia su caballo de manos de Gerónimo, y Saturnino volvia á montar el suyo, á ruegos del fingido marqués, y salia del patio; Morillon se quedó algo atras como para arreglar las bridas del caballo, y dijo en voz baja á Delbenue que se le habia acercado:

—Arrestareis á esos tres aldeanos inmediatamente, á Pablo y Silvestre enviadlos á Nantes, y al que está acostado sobre la paja, que parece mas bien una muger que un muchacho, le dejareis que se escape dentro de una hora, de modo que crea que ha burlado vuestra vigilancia, pero le seguireis cuidando de avisarme de su paradero.

—Yo me encargo de eso, dijo Bartbe.

Morillon montó á caballo en seguida, fue á unirse á Saturnino y ambos salieron de la alqueria.

Delbenne se quedó con Bartbe y Gerónimo; y acercándose á la casa, oyeron las voces de los que se habian quedado en la sala baja.

Asomarónse á una ventana, vieron por entre los vidrios lo que pasaba dentro. Pablo amenazaba á Silvestre, y este respondia las injurias mas groseras. Margarita

interponia, tratando de convencer a Silvestre de que no se salvaria poniéndose de parte de sus enemigos, y que seria mejor que se uniesen y tratasen escaparse juntos.

Silvestre respondia enfurecido, que en saliendo él sano y salvo del peligro, le era indiferente que Pablo pereciese en él.

—De modo, le dijo Pablo, que si nosotros estuviéramos en mayor número, gritarias, viva el Rey!

—Sí, gritaria, viva el Rey!

—Y porque crees que son mas los republicanos, gritas, viva la república!

—Si, por eso grito viva la república.

Pablo se echó sobre él y le dijo:

—Pues yo haré que no vuelvas a gritar, vil renegado!

Ambos hermanos se agarraron del cuello y una lucha terrible se empeñó entre ellos; Margarita les

suplicaba en vano que se calmaran, y Mari-Juana se reía, repitiendo incesantemente con voz siniestra:

— Sí, sí, ya no hay hermanos!

Gerónimo que veía el horrible combate á través de los vidrios de la ventana se acercó á Delbenne diciéndole con tono suplicante:

— ¿No os parece, teniente, que es tiempo de prenderlos?

Pero este estaba con la vista fija en Mari-Juana, que se había levantado y daba vueltas al rededor de los dos hermanos riendo cantando, y no contestó, haciéndolo Barthe por él:

— ¿Para qué los hemos de prender? le dijo; si uno de los dos mata al otro, mas fácil nos será coger al que quede, y si nos hacen el favor de matarse los dos tendremos nada que hacer, y el chicuelo* podrá escaparse á sus anchas.

Gerónimo no respiraba, y las lágrimas le oscurecian la vista, sintiendo tal zumbido en los oídos que apenas oia.

Entretanto la lucha era cada instante mas encarnizada, y los gemidos sordos que salian de los pechos de los combatientes, anunciaban los esfuerzos desesperados que cada cual hacia para vencer á su contrario. De repente se separaron, con los rostros desfigurados, los cabellos herizados, las ropas destrozadas, y aprovecharon este respiro, para sacar cada uno del bolsillo de la chaqueta, un gran cuchillo de monte.

Desenvainaron las hojas, y lanzando un grito salvaje, volvieron á precipitarse uno sobre otro.

—Ah! exclamó Gerónimo, saltando á la ventana, yo no puedo permitir que mis hermanos se asesinen!

Mari-Juana como si lo hubiera

oído, repitió con tono mas terrible y siniestro:

—Bien, bien, ya no hay hermanos en el mundo!

Delbenne parecia haber perdido la fuerza y la voluntad, y permanecia inmóvil, pero Barthe detuvo á Gerónimo y le dijo:

—Para qué quieres evitar el que se mateu? ¿No conoces que vas á aborrarte ese trabajo?

En este momento volvieron á separarse los dos aldeanos, pero en vez de tomar campo como hicieron antes para atarse con mas furor se pararon, y los dos cayeron al suelo casi al mismo tiempo.

Gerónimo se precipitó en la sala baja rompiendo los vidrios de la ventana por donde habia presenciado este espectáculo horrendo, y los dos hermanos le conocieron. Silvestre se incorporó movido por un sacudimiento convulsivo, y le dijo:

—Mira, mira, Gerónimo; ese malvado realista me ha asesinado, porque grité: Viva la república.

Al oír estas palabras, Pablo se levantó todo ensangrentado, y viendo á Gerónimo delante de sí, le dijo esforzándose para demostrar su furor:

—Vienes tú también á asesinar-me?

Gerónimo quiso sostenerle, pero Pablo ciego de cólera y de dolor, retrocedió, miró á todas partes como un demente, y viendo á Mari-Juana que seguía repitiendo con una alegría feroz, su tremenda cantinela, y blandiendo el hacha en el aire, le arrancó el arma fatal de las manos, y descargó un gran golpe á su hermano en la cabeza.

Gerónimo cayó, y Pablo se mantuvo de pie, levantando el arma homicida y gritando: Viva el Rey!

Un pistoletazo que descargó Ge-

rónimo, apagó el eco de su voz, y Pablo asesinado por sus dos hermanos, vino á caer sobre los cadáveres de estos, asesinados por él...

Un delirio frenético se apoderó de Mari-Juana, y empezó á bailar gritando:

—Bien, bien! Ya no hay hermanos! Muchachos, muchachos! Levantaos y venid á ver á Lefort, que duerme como vosotros! Duermeme! duermeme!

Delbenne se habia quedado junto á la ventana, y habia caido de rodillas, y con las manos cruzadas, murmuraba con voz sorda:

—Dios mio! Dios mio, tened piedad de nosotros!

Mientras tanto Barthe tranquilamente apoyado en el repecho de la ventana, contemplaba con alegría aquel cuadro tremendo. Hasta que viendo que Margarita se dirigia hácia allí, empujó al tenier

quien salió al fin de su estupor, y ambos se retiraron.

Viéndose libre Margarita, tomó el caballo de Silvestre que estaba atado á una reja, y se alejó con rapidez. Pero Barthe montando de antemano el suyo, la siguió por el sendero de Guemenée, que la vió tomar alumbrado por la claridad del dia que empezaba á despuntar.

El desgraciado teniente se quedó solo con Maria y logró á fuerza de súplicas arrancarla de aquel sitio funesto. Al llegar al patio, se encontraron con media docena de gendarmes á las órdenes de un gefe de brigada, quien conociendo á Delbenne, le dijo:

—¿No sabeis, teniente que el marqués de la Rouarie, con cinco ó seis de los suyos, ha pasado la noche en una quinta que está al fin del campo de Luserna?

—Cómo lo habeis sabido?

—Porque no hace diez minutos

que los he visto salir.

—Y no los habeis atacado?

—Estaba solo en aquel momento, y ellos eran ocho lo menos, bien montados y bien armados. Me he ido á Guemenée á buscar la brigada, y venia á prender á Lefort para hacerle declarar qué camino habian seguido.

—Mi hermano duerme, duerme siempre, dijo Mari-Juana.

—Qué tiene? preguntó el gefe de brigada, notando el aire de locura de la pobre jóven.

—Entrad ahí, y lo vereis; hace poco que estaba aquí el comisario de la Convencion, y hemos tenido una escaramuza con unos realistas.

—Hola, hola! dijo asomando la cabeza por la ventana, tres muertos! Y Lefort, donde está?

—Ha muerto tambien y su pobre hermana se ha vuelto loca de resultas.

—Pues es extraño, porque no se querian mucho, y mirando á Mari-Juana, añadió: es lástima, porque siendo tan guapa y heredando á su hermano, era una buena proporcion para cualquiera.

—Heredar á mi hermano! exclamó Mari-Juana, mirándole fijamente. Ah! Es verdad, es verdad, replicó dando una estrepitosa carcajada, yo soy su heredera.

—Asi sucede ahora, añadió el militar.

—Sí, sí, replicó ella, eso es bueno, qué buena es la república! las hermanas que matan á sus hermanos, heredan sus bienes!

—Está loca! dijo Delbenne apresuradamente.

—Ya se conoce, teniente, y ahora no podreis casaros con ella.

—Casarme!!! jamás, jamás!

Al decir esto, cogió las riendas del caballo, mientras Maria vuelta en sí, con aquellas palabras terribles,

fijaba en él sus penetrantes miradas.

¿Dónde vamos, teniente? preguntó el jefe de brigada.

Dónde vas, Enrique? exclamó Mari-Juana.

—A perseguir á la Rouarie, dijo Delbenne dirigiéndose á los soldados, y sin mirar á Mari-Juana.

Inmediatamente espoleó á su caballo, y partieron á galope.

Mari-Juana le estuvo mirando hasta que desapareció, y luego pasándose la mano por la frente, murmuró en voz baja:

—Jamás! jamás! ha dicho... y yo le he matado por él! Ah! Infeliz! infeliz de mí!

La desgraciada habia recobrado la razon y con ella la desesperacion y el remordimiento.

Asi perecieron en un momento tres individuos de la familia de Robertin, famosa por lo dilatada y lo fuerte. Mas adelante encontrare-

ra- mos al Robertin de Blain, y podrá
un- juzgarse de la faltalidad que pesaba
mó sobre estos desgraciados. Volvamos
ie, ahora á Saturnino Fichet.

CAPITULO XVIII.

Morillon despues de dar sus órdenes á Delbenne se unió á Fichet. Este á pesar de su propósito de no entrometerse en los sucesos que se preparaban en el Oeste de Francia, iba dando vueltas en su cabeza á la proposicion del fugido marqués de Venanceaux. Ofrecía á uno un gran nombre, un rango elevado, y una fortuna inmensa son cosas que apenas se atreve nadie á imaginar, y que no pueden

creerse. Así es, que se quiere saber, (por pura curiosidad se dice) como se arreglarán para proporcionarle cosas tan buenas, pero en realidad es porque semejantes proposiciones encienden en el corazón una sed ardiente. Lo que mas preocupada á Saturnino, era la condición que debian imponerle. Sin ser ambicioso, tenia el ardor propio de la juventud, y participaba de la fiebre que consumia á toda la nación, y que la hacia arrojarse en esas aventuras peligrosas con arreglo á los principios que cada cual profesaba, que conducian á la fortuna y á la gloria, ó á la muerte en el campo de batalla, ó en el patíbulo.

—Ya podemos hablar con libertad, dijo Morillon, enfilando su caballo, con el de Saturnino.

—Hablad, señor marqués.

Morillon se revistió de cierto aire confidencial, y con tono estre-

madamente triste, le dijo:

—El conde Cesario de Perburck, ha muerto.

—Muerto! exclamó Saturnino, ¿cómo, y cuando?

—Tres dias hace, y de un modo miserable; de una caída del caballo, en el bosque de Blain. Estábamos solos la Rouarie, Mr. de Paradeze, Perbruck y yo.

—Qué desgracia! dijo Fichet, morir cuando llegaba del extraño destierro que se habia impuesto, y cuando iba á reconquistar el puesto elevado que le correspondia por su clase.

—La desgracia es mucho mayor de lo que creéis, pero no es irreparable.

—Qué decis?

—Primeramente, es mas grave de lo que os figurais, porque los nobles del pais se habian unido á la asociacion de la Rouarie, por medio del conde...

—Ya lo sé, tuvo la imprudencia de decir Saturnino.

—Ah! Lo sabiais? Muy bien, pero sin duda ignorais que han accedido á las instancias del conde, con la condicion de que seria su jefe, porque solo tienen fe en él, y faltando el conde, faltarán todos los que se han comprometido con él.

—No creia, respondió Saturnino, que el señor conde tuviese tanta importancia.

Esta observacion dió á conocer á Morillon que trataba con un hombre mucho mas enterado en los asuntos de que le hablaba, de lo que él creia, y lo guardó para cuando conviniera.

—No sabeis, repuso observando el efecto que producian sus palabras, cuanto han variado las cosas en el mes que habeis estado preso!

—Puede ser, contestó Saturnino

con una naturalidad, que le tranquilizó.

Morillon prosiguió:

—El conde de Perbruck es la bandera de todos los caballeros de la baja Bretaña; y cuando iba á estallar la insurreccion, un accidente insignificante nos priva de uno de los gefes principales, y de todos sus partidarios. «Ah! Si viese» esclamó la Rouarie. Un pensamiento original ocurrió á Mr. de Paradeze en aquel instante. No podríamos resucitarle? dijo. Figúraos cual sería nuestro asombro al oír semejante proposicion. «No me habeis hablado continuó dirigiéndose al marqués de Perbruck, de un jóven que se parecia extraordinariamente al conde?» No os debo ocultar que adivinando el proyecto de Mr. de Paradeze, el marqués le rechazó con indignacion. Su orgullo, y su amor á su hijo, se revelaron á la idea que otro ocupaba

su lugar.

Saturnino escuchaba con la boca abierta, como un niño que oye un cuento de encantos. Al fin rompió el silencio y dijo:

—Pasar yo por el conde de Perbruck? Eso es imposible, y además sería una mentira innoble.

—Lo mismo decía el marqués, pero cuando la Rouarie esplanó sus ideas, de bien público, destrucción de los tiranos que oprimen á la nación y la diezman, y cuando le dijo: No es una mentira innoble, porque la gratitud os hará reconocer á ese hijo, dispensarle el amor que la sangre hace que demos á nuestros hijos, nos desheredais á nadie, y lejos de eso perpetuais vuestro nombre ya próximo á extinguirse. Las razones de la Rouarie, medio le convencieron, y Mr. de Paradeze acabó de hablarle, diciéndole. «Y ese jóven á quien vais á transmitir todos los derechos del desgra-

ciado que lloramos, conservará los que yo le habia otorgado. Habia prometido mi hija al conde Cesario de Perbruck, y ahora se la promete al que lleve su nombre.» El marqués no pudo resistir á tanto heroismo.

—¿Y ha aceptado? preguntó Saturnino asombrado.

—Os espera.

—No puede ser, no puede ser, replicó Saturnino con viveza, y se mejaute suposicion...

—No es nueva en la historia; no hemos visto al desgraciado Pedro III en Rusia, resucitar cinco veces, despues de morir ahogado y de haberle enterrado solememente? Y si Pugatscheff hubiera sido tan valiente como intrigante, si hubiera atrevido á apelar á los cien mil siervos, que le aguardaban alrededor de Moscou, ese cosaco sería en el dia Czar del imperio grande de Europa, con el nomb

de Pedro III.

Las frases pomposas, unidas á grandes nombres y grandes ejemplos, ejercen una influencia increíble en la imaginación de los jóvenes. Por otra parte el proyecto de M. de Paradeze era de esos que no faltan en tiempo de revoluciones. Saturnino estaba sofocado, aturdido, y no sabía qué pensar ni que resolver. Por un lado se veía ya hecha conde, rica, jefe de un partido, y por consiguiente, en posición de probar que no era indigno del nombre que le ofrecían; por otro pensaba... ¿En qué pensaba? ¡Ah! Saturnino era un muchacho honrado, porque exclamó:

—¿Y mi padre?

—Vuestro padre... ¿No os ha llamado nunca la atención, vuestra extraña semejanza con el conde? ¿No han llegado á vuestros oídos algunas murmuraciones?...

—¡Caballero!... dijo Saturnino,

mirad lo que decís.

—Puesto que es preciso deciroslo todo, os diré que Mr. de Paradeze no solo ha recordado al marqués sus deberes como noble, sino como padre. Es preciso, le dijo, puesto que el hijo legítimo, y reconocido no existe, que el abandonado por tanto tiempo ocupe ya su lugar.

—¿Es verdad lo que me decís? preguntó Saturnino con pesar.

—¿De otra suerte, cómo había yo de saber estos detalles? Si señor, es verdad y el marqués de Perbruck se ha enternecido, y... y... y vuestro verdadero padre os está esperando.

Saturnino bajó la cabeza, y gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas. Morillon le dejó entregado á sus reflexiones, y continuaron su camino silenciosos.

Ahora diremos á nuestros lectores, cómo había adquirido Morillon

Ilon tantos pormenores. Sin duda recordarán la amenaza que hizo Lemaitre á su hija: para realizarla aquel hombre que tan pronto se ocultaba bajo el nombre de Lemaitre, como bajo el de Marchand, habia vuelto á tomar el suyo verdadero que era José Normant, y á ejercer el oficio de verdugo. Para esto necesitó que le perdonaran su fuga, y tener quien le protegiera.

La época en que acontece nuestra historia, era la de los casos raros, y el antiguo verdugo de Nantes, encontró proteccion entre los mismos que habian implorado misericordia bajo la tortura de sus instrumentos. Marchand ó mas bien Lemaitre, en otro tiempo marcó á Barthe para enviarle á presidio, y á él se dirigió pidiéndole proteccion. Este se la concedió, pero con la condicion de que le daría todas las neticias que tuviese de los nobles,

y en particular de la familia de Perbruck. De este modo se inició Barthe y por consiguiente Morillon, en todos los misterios que hemos referido; proviniendo de aquí la inspeccion que se hizo con los presos de Mantès, y la alegría de Morillon al reconocer á Margarita en casa de Lefort; pues suponía que su pasion la llevaria donde estuviese el conde, por lo cual mando que siguieran todos sus pasos. Ultimamente, no estrañarán que inventase una fábula para hacer que Saturnino fuera su cómplice, y que esta tuviese visos de verdadera, poseyendo los secretos que poseía.

Saturnino continuaba silencioso, y Morillon aguardaba con paciencia el fin de la batalla que se daba en el ánimo de Saturnino. En el ínterin observaba un grupo de hombres á caballo que los precedia, y que se volvian á cada instante para

de observar quien los seguia.

—Qué decidis, caballero? preguntó Morillon á Fichet.

—Acepto.

—Me alegro, respondió Morillon con alegría.

—Acepto, pero antes de usurpar el nombre del valiente y noble hermano que he perdido, quiero ver á Mr. de Perbruck, á Mr. de Paradeze y al marqués de la Rouaire.

—Seria echarlo todo á perder; vamos á encontrar infaliblemente de aqui á poco, á varios nobles que conocian al conde y que os hablarán como le hubieran hablado á él. Y qué diriais, qué hariais que no les sorprendiese, si desde este momento no empezáis á ocupar el puesto que os corresponde y que debeis conservar hasta vuestra muerte. No podeis ocultaros como yo, que ausente treinta años hace de mi pais, no me conocen la ma-

por parte de mis compatriotas.

—Teneis razon, y sin embargo, sin esa condicion no me atrevo.

Los hombres que Morillon habia visto á lo léjos, se pararon en un ángulo del camino, y uno de ellos que era un anciano, vino á su encuentro.

—Perdonad, señores, les dijo, pero deseamos saber si seguis con intencion ó por casualidad, el mismo camino que nosotros.

—Vamos donde nos parece, contestó Saturnino, pero..... creo que tengo el honor de conoceros.

—Con efecto. Esperad, esperad, gritó el anciano á los que iban con él, es un amigo.

—Sabeis, conde, prosiguió, que pasado mañana nos reunimos todos. Y luego añadió mas bajo ¿se puede hablar delante de su compañero?

—El marqués de Venanceaux, dijo en alta voz Saturnino.

—Bien venido! ¡Cuánto nos alegró

mos de veros! Creimos que os habrian arrestado.

—Sí, respondió Morillon con una audacia increíble, han creído prenderme en San Malo, y tal vez creerán todavía que me tienen en su poder, porque les he dejado un ayuda de cámara fiel en mi lugar, que subiría al cadalso antes que consentir en desengañar á sus verdugos. Pero decidme, conde de Perbruck, ¿con quién tengo el honor de hablar?

—Con Mr. de Champagnoles, dijo Saturnino, que como vemos, habia aceptado su papel enteramente.

—Y con Mr. Picot de Limoelan, Mr. de Grenville, Mr. Great de la Motte y el baron de Laguyamais, decia Champagnolles, segun iban llegando sus compañeros.

Todos le saludaban, y Morillon iba gravando en su memoria, los nombres que debia condenar á la

proscripcion, al paso que miraba, con una sonrisa maligna, humillarse las cabezas que pensaba segar pocos meses despues.

La conversacion se empeñó entonces, y Morillon no pudo menos de admirar la habilidad con que Saturnino representaba el papel de Perbruck, comprendiendo que debia hallarse mas enterado de lo que se imaginaba de los proyectos del partido realista. Pero no le bastaba haber sorprendido y descubierto nombres de algunos de los conjurados pues todo su empeño se dirigia á apoderarse de la Rouarie, y de la lista de todos los que estaban comprometidos en esta vasta conjuracion. Su primera expedicion de este género en el Delfinado, le habia entregado ochenta víctimas, pero no se daba por satisfecho mientras no consiguiese en esta un número doble.

—Señores, dijo al cabo de algunos

minu
te y
podr
gilan
sin c
que
ereto
bles
prud
—
pagn
pasac
—
preg
el er
—
por l
Henri
teaux
cia e
do Sa
—
piens
Monf
C

minutos, solo caminando aisladamente y todo lo mas de dos en dos, podremos burlar la infatigable vigilancia de los que nos persiguen, sin conocernos personalmente; aunque no ignoran los sentimientos secretos que animan á todos los nobles de la Bretaña. Creo que seria prudente separarnos.

—Es verdad, dijo Mr. de Champagnoles: Dios nos asista, y hasta pasado mañana.

—¿Qué camino pensais tomar? preguntó Morillen: conviene evitar el encontrarnos.

—Tomaré, repuso Champagnoles, por Derval y Fougeray, volveré á Reñnes por Chataux Giron y Chataux Bourge y me encaminaré hácia el bosque de Hedeá atravesando San Aubin d'Auvigné.

—Por mi parte, añadió Limoelan, pienso pasar por Lobeal, Plelars, Monfort, y dirigirme á Hedeá.

Cada cual describió de esta suer-

te el camino que iba á tomar. Todos estos itinerarios venian á parar á un mismo punto. Pero como no fuese bastante lo dicho, en atención á que las montañas y los bosques que rodeaban á Hedeá, podian ofrecer mil guaridas á los conjurados inaccesibles todas, Morillon no sabia aun mas que la mitad de lo que queria saber.

—Y vos, caballero? le preguntó Mr. de Champagnoles.

—Yo, contestó Morillon, que queria reservarse la ventaja de poder obrar sin que nadie sospechase sus intenciones, acompañaré al conde hasta Rennes. Allí nos separaremos porque necesito entrar en esta ciudad, donde debo recibir noticias, me esperan algunos amigos. Con respecto á Mr. de Perbruck, me parece que cometeria una imprudencia pasando por un pueblo donde yo puedo entrar sin esposicion por que soy desconocido, y me cre-

preso. Por esto la Rouarie me ha
confiado este encargo.

—Sin duda vais á confiar el se-
creto á los que no saben el sitio
de la reunion.

—Cabalmente, dijo Morillon, voy
á decírselo, y luego me dirigiré á
él solo.

—Y al cabo de tan larga ausen-
cia, replicó M. de Champagnoles,
estáis seguro de dar con la cueva
de San Andres?

Morillon estuvo á punto de des-
cubrir su alegría al oír estas pala-
bras.

—Quizá, respondió con una son-
risa, que no fue dueño de ocultar;
quizá haré que me acompañen.

—Os advierto que vale mas en-
trar por el castillo, que por el sub-
terráneo.

—Obraré según las circunstancias:
adiós, señores, hasta pasado ma-
ñana.

—A las doce, dijo uno de ellos.

— A las doce, repitió Morillon mientras se alejaban.

Por fin había alcanzado el objeto de tantos esfuerzos y de tanta perseverancia. A pesar suyo, la alegría se manifestaba en sus ojos, en sus gestos, en la agitación que le hacía dar vueltas á las riendas de su caballo.

Saturnino estaba demasiado ocupado con la inmensa responsabilidad que pesaba sobre él, para advertir las singulares sonrisas de Morillon. Entretanto enagenado este con el éxito de su empresa se puso á recapacitar, si podría estorbarle el cómplice que le había servido tan bien. El verdadero conde Perbruck podría estar vivo; era posible que otros le viesan, y escitar sospechas la circunstancia de haberle visto al mismo tiempo en puntos tan distantes. La sorpresa de semejante fenómeno, podía dar en qué pensar haciendo que se remitiese para otro

dia y para otro sitio la reunion, donde contaba coger en una misma red á todos los cabecillas de tan terrible conspiracion.

El peligro era evidente, pero cada instante le hacia mayor. Fichet habia dado de si todo cuanto Morillon podia prometerse. El terrible agente de la Convencion no tardó en tomar su partido; y cuando Saturnino caminaba completamente engreido, cuando se figuraba ir mandando una division de ejército, combatiendo y triunfando, cubierto de gloria y favorecido por la fortuna, recibió un balazo en la cabeza, que le retiró del caballo. Al punto Morillon metió espuelas al suyo, pues acababa de oír á poca distancia el galope de otro. Apenas habia cruzado dos ó tres senderos, cuando se encontró con Barthe, quien le dijo:

— Por ahí, por ahí, la hija de verdugo ha tomado aquel camino

—Deja á esa desgraciada, exclamó Morillon, que ya son nuestros.. A Rennes, á Rennes! vé, recorre el departamento, revienta diez caballos, pero haz que lleguen mañana todas las brigadas de los alrededores.

—Dónde se han de reunir?

—En Rennes... en Rennes!... Mañana recibirás mis órdenes.

—Vamos á dar un buen golpe?...

—Si, contestó Morillon, habrá cabezas para la guillotina, y ora para nosotros.

—Viva! gritó Barthe.

—Y los dos aldeanos? preguntó Morillon.

—Han hecho el oficio de verdugos, matándose unos á otros. ¿Tú qué habeis hecho de vuestro supuesto Perbruck.

—Le he hecho probar las balas de mis pistolas!

Ambos á dos se echaron á reir.

y picando espuelas á los caballos, se separaron con una alegría ferroz.

Mientras que estos miserables iban á preparar la ruina y la muerte de los caballeros mas nobles de Bretaña, el que habia oido Morillon, llegaba cerca del desdichado Fichet, que aunque herido trataba de levantarse. Margarita, pues ella era el caminante, detuvo su caballo al ver á aquel hombre que se tambaleaba, y conoció á Saturnino; pero tal vez no hubiera acudido á socorrerle; si no le hubiera oido decir entre dientes y procurando alcanzar un arma:

— Ah traidor, asesino! traidor!

Conoció al momento que habria sido víctima de las asechanzas que habia visto tenderle, y como ya no sentia venir detras de ella al espia que la habia seguido desde que salió de casa de Lefort, echó pie á

tierra y se acercó á Saturnino.

— Señor Fichet, le dijo, señor Fichet, qué os ha sucedido?

Saturnino se volvió con el rostro cubierto de sangre, la conoció, y la dijo, cogiendo una pistola:

— ¿Vienes tú á acabar conmigo?...

Por fortuna le saltaron las fuerzas, y Margarita pudo arrancarle la pistola de la mano antes de que disparara.

— Mátame, acaba el asesinato de ese traidor del marqués de Venanceaux.

— ¿Qué, le dijo Margarita, os ha herido el supuesto marqués de Venanceaux?

— Sí.

— ¡Pero qué proyecto era el de ese presidiario!

— ¿Qué decis?

— Sentaos en este repecho, repuso Margarita ayudándole á levantarse y á llegar á la orilla del cami-

no; tranquilizaos y oidme.

—¿A vos...? ¿á vos que hicisteis que me prendieran...?

—Debí salvar al marqués de Perbruck, le contestó atajando la sangre que brotaba de su herida. Ya le habia sacado de la casa donde estaba escondido, y era preciso sustraerle á la venganza de Gerónimo, que le vió entrar en casa de Fichet.

La herida de Saturnino era ligera, pero la contusion violenta que habia recibido en la cabeza, no le permitia coordinar sus ideas con prontitud. Se lavó la cara con el agua que cogió Margarita en un charco de los que se forman en estos caminos cenagosos, y esta le ciñó la cabeza con un pañuelo. Algo repuesto, en fin, la preguntó:

—¿Qué me deciais?

Repitióle lo que acababa de decirle, y recordando él las palabras

de Gerónimo; dijo:

—Es verdad, Gerónimo me dijo:
«No entreis en esa casa, porque
va á suceder una desgracia!»

En seguida se detuvo, y miran-
do á Margarita añadió:

—¿Servis al marqués?

—No, sirvo á su hijo...

—¿Al conde Cesario? ¡pues si
ha muerto!

—¡Muerto? exclamó Margarita,
poniéndose pálida; ¡Muerto él! ¿Es
posible? ¡Dios mio! ¡Muerto? ¡él...!
¡El!... Y cayó de rodillas anegada
en llanto.

Aquel dolor tan verdadero disi-
pó las dudas de Saturnino, y el
resentimiento que guardaba contra
aquel muchacho.

—¡Ha muerto, Dios mio! pro-
siguió Margarita; ¡Ay! ¡Dios mio!
¡Qué desgraciada soy!...

—¡Desgraciada! repitió Fichel
mirándola atentamente; ¿entonces
no sois un aldeano?

—Soy una pobre jóven perdida y deshonrada, á quien no le queda mas recurso que morir.

Los que sabian la abnegacion de Teresa de Moellien con la Rouarie, no estrañaban que hubiese otra muger del mismo heroismo, y asi Saturnino admiró el cariño de Margarita, que seguia llorando y diciendo entre sollozos:

—¡Quiero morirme! sí; ¡venga la muerte, Dios mio!

—Puede ser, dijo Saturnino con viveza, que ese hombre me haya engañado.

—¡Qué! replicó Margarita con un acento que revelaba una esperanza balagüeña; ¿y lo ha dicho ese hombre?

—Sí, y ahora eaigo, repuso Saturnino, en que ni Mr. de Campagnoles, ni los otros, se han admirado de ver al conde, cuando debian creer que habia muerto.

—¿Qué quereis decir? preguntó

Margarita con la mayor inquietud.

—Que.... Pero no me engañais? Sois una muger? Sois la....

—La querida del conde quereis decir, prosiguió Margarita con amargura. Lo he sido, añadió con desesperacion, y ahora....

El llanto no la dejó continuar.

—En fin, no podré deciros mas de lo que sabe el traidor, que me ha hecho representar un papel indigno.

—¿Pues qué sabe? preguntó Margarita con aire tan alarmado, que Saturnino repuso:

—¿Le conocéis?

—¿No habeis oido su nombre? La loca de la cabaña me lo dijo, y simboliza todos los vicios y todos los crímenes imaginables; es Lelí-gant Morillon.

—¿El comisario de la Convencion?

—El mismo

—¡Ah, necio de mí! ¡Están perdidos!

—¿Quiénes? dijo Margarita.

—La Rouarie, Mr. de Perbruck, Champagnoules y todos, todos.

—Esplicaos por Dios! dijo Margarita temblando de impaciencia.

Saturnino, temblando de cólera y de espanto, é interrumpiendo mil veces su narracion por los agudos dolores de su herida, la refirió la proposición de Morillon, como habia él aceptado, su encuentro con los nobles que se encaminaban á la montaña de Hedeá y su cita para la cueva de San Andrés.

—¡Ah! yo llegaré antes que ellos exclamó Margarita.

—Y yo tambien, pues al confiaros este secreto me he propuesto que no nos separemos hasta que los encontremos, y les manifieste yo mismo el mal que les he hecho.

— Pues vamos, dijo Margrita.

— Vamos, repitió Fichet.

Y ambos partieron á escape salvar á los que Morillon y Barth querian perder.

E
ba
sin
de
po
fic
dif
ra
ra
uu
co

CAPITULO XIX.

En medio de un pinar, descollaba un castillo de una estructura singular. Llegábase á él por un sendero estrecho y tortuoso, abierto por en medio de las breñas, de difícil subida, y de bajada aun mas difícil. Una puerta cerrada por un rastrillo bastante alto y ancho para dar cabida á un coche, daba á una pared exterior de una altura considerable. Pasada esta puerta, se

veía un patio inmenso, con cuadras á derecha é izquierda, establos pajaros, trojes y todo lo que constituye, en fin, un establecimiento agrícola. Despues de este patio que estaba en medio de la colina, se llegaba á un edificio colosal, y de una altura que se perdía de vista.

El piso bajo se extendía á lo largo de la sierra, y se componía de un ancho pórtico con tres escaleras principales, cuyos escalones estaban cortados en la misma roca que subía á lo alto del edificio.

Como las paredes de este segundo edificio subían perpendicularmente formando con el ribazo un ángulo de cuarenta y cinco grados, el primer piso, se componía de cinco ó seis piezas sumamente espaciaosas, incluidas las cocinas.

Conforme se iba subiendo la escalera, el diámetro del castillo se ensanchaba con toda la distancia que había entre la perpendicular de la

parec
la mi
bitac
y en
subie
do fá
tes d
en lo
encin
sus r
suelo
el am
desm
gante
taña:
el es
L
dero
de m
con
conju
imper
pidos
E
la Ro

paredes exteriores, y la vertical de la montaña. De suerte que las habitaciones aumentaban en número y en estension á medida que iban subiendo, en términos que habia sido fácil practicar sobre las vertientes de la colina, patios interiores, en los pisos mas elevados, viéndose encinas envejecidas dar sombra con sus ramas á las ventanas del entreuelo y del quinto piso. Por último el amenazador castillo, ostentaba su desmesurada estatura, como un gigante que sube paso á paso la montaña: una torre enorme dominaba el espacio.

La otra vertiente era un verdadero precipicio erizado de espinas, de matas, de encinas entrelazadas con zarsas, de enredaderas, cuyo conjunto presentaba una espesura impenetrable, aun á los mas intrépidos cazadores de aquella tierra.

Este castillo que pertenecía á la Rouarie, podia considerarse como

una verdadera fortaleza aun en la época de que hablamos. Con efecto la Rouarie, estaba defendido principalmente por los bosques espesos que le rodeaban y por la escabrosidad del terreno, donde los cañones no podian transitar. Era por consiguiente un sitio muy á propósito para cualquiera conspiracion. A mayor abundamiento, debe advertirse que casi todos los pisos, tenian sótanos, que practicados en lo interior de la montaña, salian al lado opuesto. De modo que constaba el castillo de tres pisos de subterráneos, cuyo laberinto, era desconocido de todos, escepto del dueño de la casa.

No piensen nuestros lectores que esta descripcion es fantástica, y que inventamos uno de esos castillos de que se burlaban las gentes del imperio, por no conocerlo mas que por las novelas de Ana Racliffe.

La Rouarie ya no existe, pero en Alemania y en Baden se conserva aun alguno, en que se encuentra un subterráneo, que le dá comunicacion con otro castillo, situado á mas de una legua de distancia.

El 30 de enero de 1793, era el dia fijado por la Rouarie para la reunion de todos los asociados á su vasta empresa; aun no era hora de reunirse, pero la Rouarie y los que le acompañaban en el bosque de Blain, habian llegado. La Rouarie habia dado una comida sencilla pero sustanciosa, á aquellos caballeros para quienes el hambre era ya un sufrimiento habitual. Esto probaba cuan grande era su adhesion: que un noble sacrifique su vida á sus opiniones, es cosa bastante comun, pero que un hombre acostumbrado al lujo y á los placeres, acepte las miserias y trabajos del pobre con tal de lograr el triunfo de su causa, es

prueba de una decision mucho mas fuerte.

Armando, como si su cuerpo fuese tan infatigable como su espiritu, léjos de sentarse á la mesa con sus huéspedes, fué á tratar de un asunto que debia ventilarse antes de celebrarse la junta general. Era este la detencion de Cesario de que tenia que dar cuenta al marqués de Perbruck, á Mr. de Paradeze, y á la Chataigneraie. Dejó en la mesa á estos representantes de los pueblos de Nantes con Tinteniach, Tuffin y Fontevieux y fué á buscar á Teresa que á pesar de sus padecimientos solo habia pensado en trabajar como todos para el buen éxito de su empresa.

Aquella mujer, pálida, pero bella, graciosa, elegante y modesta, vestida con el traje que la correspondia, no parecia la misma que estaba dos dias antes, tendida al pie de un árbol, con el traje hecho

pec
las
y
bie
Eo
ent
una
don
perl
y si
—
Por
y pe
I
la R
beso
—
y qu
dose
—
enba
rigirn
—
asunto
7

pedazos, el rostro lleno de lodo, las manos ennegrecidas con el frío, y la cabeza desgredada, medio cubierta con un sombrero de hombre. En el momento en que la Rouarie entraba en su cuarto, la alargaba una doncella un espejo de mano, donde se miraba para terminar la perfección de su peinado.

Armando la miró un momento y suspiró profundamente.

—Calla, Armando; estás aquí? Por qué me miras de esa manera, y por qué estás tan triste?

Habiéndose retirado la doncella, la Rouarie se acercó y la dió un beso en la frente.

—Qué hermosa estás, Teresa, y qué jóven eres! la dijo sentándose enfrente de ella.

—Supongo, respondió ella con embarazo, que no has venido á dirigirme cumplimientos.

—No; vengo para hablarte de asuntos sérios, de asuntos en que

ha de derramarse sangre, y en que va á comprometerse toda una provincia, atrayendo á su suelo el incendio, la guerra y los patíbulos permanentes. Desde que dejamos este retiro para vivir á la ventura, errantes siempre y sin mas abrigo que el que nos proporcionaban las cavernas de los montes, alguna choza miserable, y las copas de los árboles, la costumbre de verte siempre á mi lado, mas valiente que todos y olvidando las delicadezas propias de tu sexo: esta costumbre, en fin, me hizo olvidar que el valeroso y noble compañero de tantas fatigas era una muger.

—No te acuerdes jamas de ello, contestó Teresa con tono melancólico, y será mejor para tus proyectos.

—Apenas hace una hora, Teresa, que te dejé á la puerta de este cuarto, cubierta con tu noble

traje de amazona, con las pistolas en el cinto, diciéndote al mismo tiempo: « Despáchate, porque tenemos que ventilar una cuestion muy grave. Me aparté de tí, como se aparta uno de un hermano ó de un cómplice, bruscamente, é impaciente por volver á verte, maldecia el tiempo que empleabas en componerte, porque retardaba la explicacion que deseaba tener contigo...

—Siento haberte hecho esperar, Armando.

—Despues he vuelto, como si viniera á hablar con un camarada, pero al verte así, vestida, adornada y dando vueltas entre tus delicadas y blancas manos á ese espejo donde mirabas tu linda cara, me ha ocurrido un pensamiento desgarrador, y me he dicho:

He condenado á esa jóven tan hermosa, á fatigas y penalidades, que el hombre mas grosero del pue-

blo no se atreveria á imponer á su muger ni á su hija. He hecho que esos pies tan delicados se hieran con las espinas de los campos, y se enloden en el fango de los prados; esos lábios que no debian abrirse mas que para dar paso á una sonrisa amorosa, se han ennegrecido mordiendo cartuchos; ese cuerpo tan hermoso cuya piel delicada se estremeceria al contacto de una cama mullida, le he dejado dormir sobre el duro suelo. Y por qué?...

— Por qué! exclamó Teresa, asustada y dominada por la emocion de la Rouarie, por qué? Porque el honor y el triunfo de nuestra causa lo exigian.

— Sí, tal vez por eso, y quizi tambien para que una bala venga á herir el corazon de esta muger, para, añadió con voz tan alterada que parecia que iba á llorar, ó para que esta cabeza tan jóven caiga

bajo el bacha del verdugo , rodando por la plaza.

La Rouarie lanzó un gemido sordo , y se cubrió el rostro con las manos como si hubiera querido apartar de su vista , la horrible imágen que se le presentaba. Acaso tambien queria ocultar á Teresa las lágrimas que se le agolpaban á los ojos.

— A qué viene esa debilidad, Armando ? A qué tan tristes presentimientos.

— No lo sé , pero padezco mucho , el pecho se me abrasa , y tengo momentos en que si estuviese solo , me tenderia al pie de un árbol y me dormiria Es espantoso , Teresa , pero el fin grandioso y sublime que me he propuesto , que con tanto ardor he proseguido hasta ahora , y que incesantemente tengo presente , suele desaparecer , y solo veo en su lugar un fantasma pálido y helado , que me muestra

con el dedo un lecho reducido y me dice: «Descansa ahí.» Me siento desfallecer, me acerco, y el espectro se descubre. Es la muerte, que levanta el manto que cubre el lecho y enseña una tumba. Entonces me reanimo, corro, y vuelvo á emprender mi marcha... Pero mis fuerzas se agotan, y veo de nuevo el lecho y el fantasma... Ay, Teresa! si muero sin realizar mis proyectos!

— No, repuso Teresa con un acento sublime, no morirás! Pero si murieses, querrá decir que Dios protege á los verdugos!

— ¿Qué sería entonces de tí, pobre niña, la dijo la Rouarie cogiéndola las manos. Te he separado de todos los afectos que podian sostenerte en el mundo.... ¿Qué te dejaria en esta vida?...

Teresa confusa bajó la cabeza, y replicó con severidad:

— ¿Qué es esto, Armando? Cuan-

do va á darse cima á la trama en que has envuelto á cuatro provincias, dudas, tienes miedo. ¿Qué es lo que ha pasado?

Armando no contestó, y Teresa prosiguió:

—¿Olvidas los huéspedes que vas á recibir, y que los que han llegado ya esperan una justificación de tí?

Al oír esta palabra la Rouarie levantó la cabeza con desden, y desechando las ideas lúgubres y temerosas que le agitaban, dijo con amarga sonrisa:

—Si, debo darles una justificación; yo que he sido el único que se ha espuesto y que ha arriesgado su fortuna y su vida por el bien general, cuando por el interés común lago encerrar en un calabozo de mi castillo á un hombre que temo que sea un traidor, piden que me justifique. Y Mr. de Perbruck, cuyo heroismo se ha limitado á de-

sembarcar en Nantes, y á haber pasado un mes, enfermo oculto en casa de unos aldeanos, y Mr. de Paradeze que no puede alegar mas mérito que el de haber cedido su casa para una reunion nocturna, me amenazan con separar de la asociacion á todos los nobles del pais de Nantes, si no doy una razon que les convenza de la necesidad que tuve de arrestar al conde Cesario de Perbruck.

—Ese hombre, dijo Teresa, no es el conde de Perbruck, estoy segura de que es uno de los que llevaban en la espalda una marca infamante.

—Esto es mas grave de lo que parece, Teresa, y un error podia sernos muy fauesto. El conde asistió á la junta que se celebró en casa del baron de Paradeze, la misma noche que este hombre nos trajo el acta de adhesion de los hidalgos nanteses. Hiciste perder á este hom-

bre poco despues de habérmelo entregado, y habiéndosela presentado á diez de los que firmaron, la han reconocido, por ser la que entregaron al conde de Perbruck. Ya sabes, que precisados á separarnos por las circunstancias, se la entregamos á Tuffin y Tinteniac, que le condujeron aqui, y hace un mes que está preso. Desde entonces no hemos podido volver al castillo y comprobar la verdad de tus sospechas. Hoy es preciso probarlas ¿Qué diriamos si te hubieses equivocado?

—Pondria mi cabeza, Armando; y si me hubiese equivocado, cargaria con toda la responsabilidad de la falta. Haz que llamen á esos señores.

—Espera. No seria mejor ver al preso antes de descubrir á su padre, al baron de Paradeze y á la Chataigneraie este horrible secreto?

—Te digo que no es el conde de Perbruck.

—El es, Teresa, le han hablado y los nobles de Nantes á quienes se le he hecho ver, le han conocido.

—Cómo es posible que el conde de Perbruck haya sufrido el suplicio ignominioso, que mancilla á nuestro prisionero?

—Me confundo, dijo la Rouarie. Pero lo que mas me asusta en este negocio, es que el peligro es igual bien sea que te hayas engañado, que tengas razon, porque si ves que en vez del conde de Perbruck les he enviado un emisario escapado de presidio, tendrán poca confianza en las medidas de seguridad que tome, y si fuese el conde de Perbruck, dirian y con razon que obrado con ligereza, arresando á un hombre por un incidente que puede ser casual, ó hijo de un defecto natural.

—Confianza en Dios, marqués dijo Teresa levantándose. Si nuch

ros amigos no comprenden que en una empresa como la nuestra, debe sacrificarse un hombre á una sospecha, no son dignos de participar de ella.

— Quieres decirles la verdad?

— Yo que le he mandado prender, debo por consiguiente decir las razones que he tenido para hacerlo á los que me las pregunten. Que les avisen que ha llegado el momento de explicar nuestra conducta.

La Rouarie llamó á un criado y le mandó que condujera allí á Mr. de Perbruck, Paradeze, y la Chaigneraie.

Poco despues se presentaron estos, notándose en sus semblantes que la ausencia de la Rouarie les habia ofendido. Saludaron con frialdad al marqués y á Teresa, y se sentaron silenciosos en las sillas que se les ofrecieron.

CAPITULO XX.

Señor de la Rouarie, dijo Mr. de Perbruck con tono solemne, informado del arresto de mi hijo, os pedí una esplicacion, y me prometisteis dármela en este castillo.

—Permitidme, dijo Teresa, que antes de manifestaros la causa de una medida tan rigurosa, os pregunte como ha llegado á vuestros oídos.

El marqués de Perbruck hizo

una inclinacion de cabeza á Teresa, y respondió dirigiéndose á la Rouarie:

—Creia, caballero, le dijo, que tenia derecho para interrogar, no he veuido aquí para responder.

Las miradas de Teresa centellearon de cólera al oír la despreciativa contestacion, que ni aun se dignaban dirigirla.

—Señor marqués, repuso con altivez, si os he preguntado como habiais sabido la prision de vuestro hijo. caso de que sea vuestro hijo el preso, ha sido porque deseaba saber si estabais enterado de todos los permenores, y de que yo fui quien mandó prenderle, asegurando que el hombre que se nos presentaba bajo el nombre de conde de Perbruck, era un presidiario.

—Lo sé, dijo Mr. de Perbruck con sequedad; y sé tambien que le mandásteis atar y poner una mordaza. Este es un acto de violencia que si no se justifica, necesito

que sea responsable de él, quien pueda darme satisfaccion. Por eso me he dirigido al marqués de Rouarie.

—Caballero, gritó la Rouarie irritado, tened cuenta con las palabras, y no me abligueis á pedir satisfaccion del tono con que hablais á la señora de Moellien antes de darle la que me pide.

—Estáis en vuestro castillo, caballero, replicó el marqués de Perbruck, y me parece bastante espantoso, para guardar cuatro prestos. Estos dos caballeros y yo hemos venido fiados en vuestra palabra.

—Y no os faltará, contestó Rouarie sonriéndose amargamente. Continuad.

—Habiamos quedado, Perbruck dijo Mr. de Paradeze tratando de intervenir, en que yo llevaria palabra en esta cuestion, pues los sentimientos de padre no os per-

irían tratarla con serenidad.

—Pues bien, hablad, pero sed breve, pues ya sabeis que nuestros amigos no pisarán los umbrales de este castillo, mientras no vaya uno de nosotros á decirles que vengán á someterse á los caprichos de un hombre que sin ser igual á muchos de ellos, quiere sobreponerse á todos.

—Ya lo habeis oido, dijo Mr. de Paradeze dirigiéndose á la Rouarie y á Teresa, decidnos ahora si gustáis, por que han arrestado al conde de Perbruck.

Teresa reflexionó que la revelacion que tenia que hacer era tan estraña, que no dudó, viendo la seguridad con que hablaba el marqués que la desmentiria; por lo tanto dijo:

—No os parece, señores, que seria conveniente que presenciase el preso esta dicusion?

—Lo mismo pensaba yo, dijo la

Chataigneraie, y ya lo hubiera propuesto á no impedirme mi edad, ser el primero que diera su voto.

La Rouarie llamó á Tinteniac para mandarle que trajera al preso; mas viendo que este se quedaba suspenso, le preguntó con sobresalto si se habia escapado.

—Hace una hora que le he visto, respondió, pero Mr. de Champagnoles acaba de llegar, y asegura que le vió antes de ayer con el marqués de Venanceaux.

—Con el marqués de Venanceaux?... es imposible, exclamó la Rouarie; vamos, id á buscar el preso!

—Aquí hay un misterio que temo llegar á descubrir, no por vos, señor de Perbruck, sino por nosotros, prosiguió la Rouarie. El marqués de Venanceaux está preso en San Malo, estoy seguro; vuestro hijo ú otro que se ha vendido por tal está preso en este castillo, y

ahora nos dicen que los han encontrado juntos. Uno de ellos desapareció cinco años ha, y el otro hace veinte que se fue de Francia. ¿Quién sabe si nuestros enemigos habrán introducido en vuestras filas agentes que hayan sorprendido nuestros secretos, con nombres supuestos?

—Recelo que tengais razon, dijo Mr. de Perbruck, porque por el mundo anda un desgraciado que se llama Saturnino Fichet, idéntico á mi hijo.

—Entonces todo se explica muy fácilmente; él será el pobre á quien di asilo, y que llevaba en la espalda la marca de presidiario.

Esta declaracion sorprendió á cuantos la oyeron, menos á la Chaligneraie, que se sonrió.

—Si, señores, dijo la Rouarie, tal es lo que declaró la señorita de Moellien.

Entonces refirió la historia

de los dos trapenses, y continuó:

—La señorita de Moellien tiene razon: ahora todo se aclara: es ese bribon á quien he mandado prender.

—Al contrario, repuso la Chataigneraie, sin duda con cierta intencion secreta. Si la Rouarie ha detenido al falso conde de Perbruck, ¿cómo este miserable llevaba en su poder, el acta de nuestra adhesion?

—Con efecto, dijo la Rouarie, este hombre llevaba consigo tan importante documento.

—Sin duda era él quien estuvo en casa del baron de Paradeze, dijo la Chataigneraie.

—No, debió ser mi hijo, contestó el marqués, puesto que al dia siguiente de su arresto, ví á Saturnino Fichet gozando de completa libertad.

—Tambien nosotros le vimos, replicó la Chataigneraie. Ademas la

señorita de Moellien asegura que el hombre arrestado tenia una marca infamante. No es probable que Saturnino tuviese semejante señal.

—Caballero! exclamó el marqués, esta suposicion es un insulto.

—A fe mia, que es cosa para perder el juicio.

Cuando llegaban aquí, entró Fontevieux todo asustado.

Acaba de suceder, dijo al marqués, una cosa muy rara. Un hombre que juraria ser el conde Cesario, acompañado del aldeano, que me salvó la vida, solicita hablaros con el mayor empeño.

—Que se les deje entrar, dijo la Rouarie, mas alarmado de lo que le convenia aparentar. Todo va á explicarse.

Fontevieux salió. La incertidumbre se pintaba en todos los semblantes. La Chataigneraie era el único que miraba con la mayor indiferencia tantos misterios.

No tardaron en oírse pasos , y por una circunstancia singular , cuando Margarita y Saturnino entraban por una puerta , Cesario de Perbruck , apareció por la otra.

A vista de estos dos hombres , cuyo parecido era tan extraordinario , todos permanecieron inmóviles de sorpresa y temor.

Mr. de Perbruck , no dudó sin embargo , y arrojándose hácia Cesario exclamó:

—Mi hijo!... Este es mi hijo, señores!

—Sí , añadió Margarita , que había notado la sorpresa de la Rouarie y de Teresa ; este es el conde Cesario de Perbruck.

—¿ Y quién lo niega ? preguntó Saturnino.

—En este caso , repuso Teresa , dirigiéndose á Fichet , tú eres el impostor que ha querido reemplazarte ; tú el que entraste en mi casa ; tú , el marcado por la mano

del verdugo.

—Yo, exclamó Fichet, marcado por el verdugo! Quién se atreve á decirlo! añadió con una resolución que dejó asombrada á Teresa.

A esto Margarita dió un grito, y Cesario se desprendió repentinamente de los brazos de su padre. La Chataigneraie le observaba sin pestañear.

Estraordinaria posicion era por cierto la de estos dos hombres. Cesario pálido, enflaquecido por el encarcelamiento, mudo, confuso; y Saturnino Fichet, la cabeza erguida, y coronada por decirlo así, con las vendas ensangrentadas que cubrian su herida. Teresa, la Rouaie y los demas circunstantes miraban alternativamente al uno y al otro, dudando si el verdadero noble era el que rechazaba con tanta energia semejante acusacion, y el villano el que permanecia inmóvil con la cabaza baja y sin atre-

verse á levantar los ojos.

No obstante Mr. de Perbruck fue el primero que dijo á Saturnino:

—La señorita de Moellien lo dice.

—Digo, replicó Teresa, que uno de estos dos hombres es un presidiario escapado; pero no puedo decir cuál de los dos será.

—Ni uno ni otro, exclamó Saturnino, y no es difícil probarlo.

Al pronunciar estas palabras, se quitó la casaca, rasgó la camisa y enseñó su espalda desnuda e intacta.

—Tiene razon, y este es el que nos ha engañado, dijo la Rouarie señalando á Cesario que estaba pálido como un cadáver.

—El! gritó su padre indignado, él! pero, señores, si es mi hijo, si es el conde de Perbruck! La acusacion de la Rouarie es un pretesto infame para disculpar el ac

to de deslealtad que ha cometido! Responde, Cesario! Destruye tan inicua calumnia.

El conde permaneció inmóvil.

—Hay un medio muy sencillo de averiguar la verdad, dijo la Chataigneraie, que observaba mas atentamente que nadie la turbacion del conde; veamos la espalda de este hombre.

Y él mismo le echó la mano para empezar á desnudarle; pero saliendo el conde repentinamente del anonadamiento que le tenia paralizado, levantó la cabeza con dignidad, y dijo paseando una mirada tranquila por toda la reunion:

—No es necesario, señores, no soy el conde de Perbruck. Esta declaracion llenó á todos de asombro: la Chataigneraie se sonrió con satisfaccion como si hubiese comprendido y aprobado la accion de Cesario.

—Cómo! exclamó su padre. Ce-

sario!... No eres tú?...

El conde se separó del marqués con frialdad.

—No soy el conde de Perbruck, repitió.

—Hijo mio!... hijo mio!... dijo el marqués con tono suplicante.

Cesario arrancó la mala ropa que le cubria con un movimiento convulsivo, y añadió con voz sorda...

—Está marcado vuestro hijo por la mano del verdugo?

—Ya lo veis, prorrumpió Teresa de Moellien, no me habia engañado.

El marqués de Perbruck quedó anonadado, y la Rouarie preguntó:

—Pues quién sois, desgraciado?...

—Será Saturnino Fichet, dijo Mr. de Paradeze, y este el verdadero conde; pero no querrá descubrirse.

—No señor, no señor, exclamó Saturnino fuera de sí, soy Saturnino Fichet. No, juro por mi padre que no soy el conde de Perbruck. Guarde él su nombre, su título y su rango, que yo quiero guardar el mio, y sobre todo mi piel, añadió dándose con orgullo un golpe en el hombro.

—Tiene razon, dijo Cesario con serenidad; yo no soy Saturnino Fichet ni el conde de Perbruck, no caerá borron ninguno sobre vuestro nombre, señor marqués, ni tampoco sobre el vuestro, valiente joven.

—Pero, mi hijo, exclamó el marqués con desesperacion, donde está?...

—Vuestro hijo marqués de Perbruck, replicó Cesario con voz siniestra, murió, y puesto que habeis descubierto que yo queria suplantarle, supongo que harán desaparecer su vivo retrato, á menos

que ninguno de los presentes, se atreva á mancharse con mi muerte, en cuyo caso les pido que me presten un arma, y no tardará en ejecutarse la justicia.

—No os parece oportuno, dijo Mr. de Paradeze, interrogar á este hombre, á ver si descubrimos los planes de nuestros enemigos.

Estas palabras recordaron, á Fichet el motivo que le traia al castillo, y acercándose á la Rouarie le dijo en voz baja:

—Señor marqués, he venido á avisaros que correis un peligro inmenso.

—Bien está, contestó el marqués en el mismo tono, y añadió en alta voz:

—Llevaos á este hombre, Tintinac, y que no vuelva á hablarse de él, como si jamas hubiese existido.

—Es imposible! exclamó Margrita, trémula y pintándose en su

rostro la mas horrible inquietud; es imposible, no podeis matarle, porque es el conde de Perbruck. Lo ois? Y es inocente, á pesar de esa marca infamante.

— Miente ese muchacho, no soy el conde de Perbruck, repitió Cesario.

— No le creais, exclamó Margarita desesperada, es él, yo lo sé muy bien, yo..... yo..... yo..... repitió golpeándose el pecho, yo, que fui la causa de su horrible desgracia!

— Vos..... vos... dijo Cesario.

— Ah! No me has conocido, Cesario. No has conocido á Margarita? exclamó esta arrodillándose delante de él, y juntando las manos. Jamas me hubiera descubierto..... pero ahora..... lo diré todo.

Cesario fijó en Margarita una mirada penetrante.

Al ver un testigo que podia justificarle, vaciló un momento, pero venció el orgullo en su ánimo, hor-

rorizándole hasta tal punto la idea de confesar que el verdugo le habia puesto una marca ignominiosa cualquiera que fuese el motivo, que despues de un instante de silencio repuso:

—Miente esta muchacha; el conde de Perbruck ha muerto.

En seguida miró á todos desatentado, y exclamó:

—No habrá quien se compadezca de mí? no habrá quien me dé un cuchillo, una pistola, cualquier cosa?

Todos le miraban asombrados, pues ya dudaban si efectivamente seria el conde. Recordaron su extraña desaparicion, y viendo su fria resolucion de morir; comprendieron que tal vez deseaba encerrar en el sepulcro, el terrible secreto que habia tratado de sepultar en el claustro.

Mr. de Perbruck cayó sobre una silla, casi sin sentido, Mr. de Para-

deze se acercó á Teresa, Margarita permanecia arrodillada y la Chataigneraie seguia mirádo y observádo la desesperacion de Cesario. De repente sacó una pistola del cinto y se acercó al desgraciado.

—Aqui tengo un arma, dijo muy quedo, para el conde de Perbruck.

—Gracias, la Chataigneraie, contestó este alargando la mano para cogerla.

—Se la daré, pero con la condicion, dijo la Chataigneraie, de que me permitireis hacer algunas preguntas á esta muchacha; si despues de este exámen y dentro de una hora, no voy á deciros: volved conde y sed nuestro gefe, quedareis en libertad de suicidaros. Entre tanto dadme vuestra palabra de esperar todavia una hora.

—Enhorabuena la doy.

La Chataigneraie puso entonces en sus manos la pistola, mientras

rogaba al marques que asegurase la persona de aquel hombre.

—Haced lo que querais de él, respondió la Rouarie, que alarmado ya con las noticias que le habia dado Saturnino, no atendia á esta escena inesplicable. Señores, señores, seguidme, acabo de saber cosas que nos obligan á tomar medidas prontas y enérgicas.

El marques de Perbruck quiso acercarse á Cesario, pero la Chataignereraie le detuvo diciéndole:

Tened la bondad de seguir á la Rouarie, que tengo que hablar con esta jóven.

—¿Pero, y mi hijo? dijo Mr. de Perbruck con desesperacion.

—Idos, señor de Perbruck, que yo os prometo que vuestro hijo, morirá, ó vivirá con honor si vive.

Mr. de Paradeze se llevó al marqués de Perbruck, y siguieron á la Rouarie, Tinteniach y Fonte-

vienx, que salieron rápidamente con Fichet, mientras Tuffin conducia á Cesario al calabozo de donde acababa de salir.

Teresa, Margarita, y la Chataigueraie, quedaron solos.

CAPITULO XXI.

Cuál es, pues, vuestro proyecto, caballero? dijo Teresa á la Chataigneraie.

—Señora, repuso este, el hombre que acaban de conducir al calabozo, es el conde de Perbruck, no lo dudo.

—Sí; él es, dijo Margarita, él es, el que quiere morir.

—Si es el conde de Perbruck, replicó Teresa, qué crimen habrá

cometido para que le hayan marcado de un modo tan infamante?

—Esta jóven nos lo puede decir, y si no es un crimen, sino una desgracia, como supongo, no dejaremos á un valiente caballero castigarse con la muerte por la fatalidad que le ha acontecido. Hablad señorita, añadió dirigiéndose á Margarita, y despáchese, pues antes de una hora el conde de Perbruck debe salir de su calabozo para ser nuestro gefe, ó quedar allí eternamente para que su secreto muera con él.

—Comprendo, dijo Teresa, vuestra generosidad pero no creo que sea posible justificar al conde.

—Pues bien; escuchadme y juzgad, dijo Margarita haciendo un esfuerzo violento, si nadie, aunque hubiera sido el mismo rey de Francia, habria podido librarse de la execrable venganza de que fué víctima.

Entonces refirióles Margarita la historia de sus amores con el conde, confesando su debilidad y sus locas esperanzas, les dijo en fin como se habia determinado á escaparse con el conde abandonando por él á su padre, y la soledad en que habia vivido por espacio de diez y seis años.

Mientras habló de un tiempo en que todo su crimen habia consistido en amar demasiado, su voz se conservó serena á pesar de la vergüenza que experimentaba, pero cuando llegó á la noche fatal en que su amante y ella fueron heridos de un modo terrible, él en la espalda y ella en el corazon; él con un hierro candente, y ella con el nombre de su padre; cuando tuvo que referir la ignominia de su nacimiento, y las insultantes negativas de Perbruck, cayó de rodillas, y sus lágrimas y sollozos ahogaban los acentos desgarradores que exhalaba

su pecho. Fijando entonces sus miradas delirantes en Teresa de Moellien y la Chataigneraie que la contemplaban admirados y conmovidos al oír aventura tan estraña y terrible, exclamó abrazándoles las rodillas:

—Salvadle!.. Ah! salvadle! No quiero que mi amor le mate!.. vosotros sereis los únicos que sepan este secreto, y si él cree que no está seguro en mi pecho, me mataré á sus pies!..

—No, desgraciada! dijo Teresa alargándola la mano, no morirás; y vos lo salvareis, añadió volviéndose á la Chateigneraie.

—Sí, señora, yo le libraré de la muerte, pero vos sois la única que puede librarle de la desesperacion.

—Qué quereis que haga & preguntó Teresa.

—Presentarle ahora mismo á la nobleza de Nantes, como uno de los

mas cumplidos caballeros, y cuando vos, señora, que sois el genio que guia á la Rouarie, y la heroína de nuestros proyectos, y yo cuyo honor es bastante conocido para poder proteger á los que se cobijen á su sombra, respondamos de él, ninguno de los que han visto la marca dudará de su lealtad, si ven que no le hace desmerecer á nuestros ojos.

—Id á buscarle, dijo Teresa con entusiasmo, que os espero á los dos. Y llamando á un criado le mandó conducir á la Chataigneráie al calabozo del preso, y dejarles salir juntos.

Teresa y Margarita se quedaron solas. ¡Nobles corazones llenos de abnegacion, pero animados de sentimientos diversos. Teresa de Moellien lanzada en una senda peligrosa y sublime por entusiasmo político, y Margarita corriendo por un camino oscuro y lleno de de-

desesperacion tras el hombre que idolatraba.

—¿Tanto le querias, preguntó Teresa á Margarita, para haberle sacrificado así tu vida y tu honor?

—¡Le amaba! ¡Ah, si, le amaba! contestó Margarita, con voz llorosa. La primera vez que le vi, sentí una emocion inesplicable, y me pareció que le esperaba ya. Después cuando me escribió y me habló, una fuerza invencible me arrastró hácia el. Me pedia mi amor, y ya le tenia; me pidió mi honor, y se le di, como le hubiera dado la vida, como le di la vispera la cinta que anudaba mis cabellos. ¿Sabe hacer diferencias el amor en las prendas que dá? ¡Ah! no, señora, no; y bajando los ojos añadió: vos que amais al noble marqués de la Rouarie, y que le habeis consagrado vuestra existencia, debeis comprenderme.

La altivez de Teresa se hubiera revelado en cualquier otra circunstancia, al oír comparar su amor con el de la infeliz jóven que permanecía arrodillada delante de ella; pero en esta ocasion su pensamiento estaba muy lejos de reparar en esta susceptibilidad. Teresa pensaba que no habia amado de este modo á la Rouarie; le habia dado su existencia para ser compañera de sus glorias, pero aquel á quien habia entregado su corazón y que no le hubiera pedido en vano cualquier sacrificio, no era la Rouarie sino otro.

Miró á Margarita con los ojos llenos de lágrimas y la dijo con dulzura:

— ¿Y ahora, que esperas, desdichada?

— Yo, nada; nada mas que servirle y salvarle de cualquier peligro que le amenace. He vivido por espacio de cinco años á la puerta

del convento donde se encerró, solo por verle desde lo alto de las murallas que le cercaban, subiéndome con peligro de matarme á paredes de una altura inmensa, para verle alguna vez. Cuando abandonó aquel asilo, le seguí. Un dia creí haberle perdido, que fue el dia en que le recogisteis en vuestra casa, pero supe que habia llegado á San Malo, con ánimo de embarcarse para Guernesey. Allí le encontré moribundo, y desde ese dia todo el oro que mi padre me enviaba le empleé en seguirle y en velar sobre él.

— Qué! dijo Teresa que la escuchaba, con dolorosa admiracion, ¿en todo ese tiempo, no os acercásteis á él?

— Jamas! ¡jamás! contestó Margarita; pero solia verle sin que él me viera. Despues cuando vino á tomar parte en vuestros proyectos gloriosos quise estar cerca de él,

y tuve que disfrazarme.

— Y él no sabia quien érais?

— No.

— Y no se lo dijisteis nunca?

— Nunca.

— Y sin la fatal explicacion de hoy, lo hubiera ignorado siempre? preguntó Teresa profundamente conmovida.

— Siempre.

— Pues entonces, por qué le seguís?

— Por qué? porque me decia el corazon, que llegaria un dia en que necesitara de alguien para socorrerle en el campo de batalla si caia herido, para compartir sus trabajos, y protegerle contra cualquier peligro. Y ya veis que he hecho bien, porque si no hubiera sido por mí, no le quedaba mas recurso que morir.

— Y ahora que le habeis salvado sereis feliz, ¿no es cierto? continuó Teresa, que parecia querer

estudiar este amor para compararle al suyo; y le pedireis la recompensa de tanto amor?

—Yo! ; pedirle recompensa! ; De qué? El se habia llevado consigo, mi alma, mi vida y mis pensamientos; le seguí, porque seguia mi vida, y si le he salvado, me salvaré á mi misma.

Teresa escuchaba con dolorosa sorpresa, la definicion de aquel amor tan poco parecido al suyo, y replicó como para penetrar todo el misterio de aquel alma enamorada.

—No esperais la reparacion que vuestro padre exigia?

—Yo, señora? dijo Margarita levantándose: ; yo, esposa del conde de Perbruck? ; Jamás, señora, jamás! La que lleve ese nombre, señora, debe estar pura, y limpia de toda mancha ante Dios y ante los hombres; y yo soy hija del verdugo de Nantes.

Esta respuesta hizo estremecer á Teresa, recordándola con quien estaba hablando, y ya empezaba á admirarse de que la dejaran sola tanto tiempo con aquella muchacha, cuando llegó Fontevieux, y cortó una conversacion que se iba haciendo desagradable.

—Es preciso, dijo Jorge, que salgamos inmediatamente del castillo, el infame Morillon ha descubierto nuestra reunion, y antes de dos horas estará aquí, con todas las fuerzas de que puede disponer.

—Con que vuelve á aplazarse la reunion general que debia sancionar nuestros proyectos? exclamó Teresa encolerizada.

—No señora, no, hoy tiene que quedar todo concluido. Va á abrirse la sesion, pues solo el marqués y algunos amigos, son sabedores del peligro que nos amenaza. Si se nos viene encima con tal rapidez que

no podamos evitarle, le combatiremos; si por el contrario podemos poner el último sello á vuestra empresa, antes de que llegue, están tomadas las medidas necesarias, para que puedan retirarse todos con seguridad. Venid, señora, os esperan, y esta jóven tiene que venir tambien, y sentarse junto á Saturno Fichet, que asistirá bajo el nombre de conde de Perbruck.

Tan estraña resolución, sorprendió á Teresa y á Margarita, pidiendo esta una esplicacion; pero el tiempo urgia, y tuvieron que seguir á Fontevieux.

Antes de referir lo ocurrido en esta famosa sesion, en que los nobles de cuatro provincias juraron morir peleando por la monarquia, diremos como se vió precisado nuestro aventurado Fichet á representar de nuevo el papel de Cesario.

Para advertir á la Rouarie del riesgo que corrian, tuvo que contar-

le cómo se habia visto comprometido en la conspiracion, y sucesivamente cuanto le habia ocurrido, hasta la singular proposicion de Morillon, y el haberla él aceptado.

Paradeze y Perbruck acriminaron la conducta de Saturnino, pero la Rouarie confesó que la invencion era ingeniosa, y que en caso de necesidad no tendria escrúpulo en servirse de ella.

En fin Saturnino llegó á su encuentro con Mr. de Champagnoles, y los que le acompañaban, y contó como Morillon habia averiguado que iba á celebrarse una junta en el castillo; volvieron á alborotarse Perbruck y Paradeze tratando nada menos que de castigarle como á cómplice y espia. Pero la Rouarie repuso:

— Buscad, señores entre todos nosotros un muchacho mas pundonoroso, y yo os lo entrego. ¿Qué necesidad tenia, no siendo de los nuestros de

venir herido y casi moribundo, á meterse en medio del peligro por avisarnos á nosotros? No hablemos mas del asunto, y busquemos los medios de remediar el mal.

—El único es dispersarnos, dijo Mr. de Paradeze.

—Imposible, dijo la Rouarie. A estas horas deben estar tomadas todas las avenidas, por la gendarmeria y los guardias nacionales, y dispersarnos, seria huir de un peligro para caer en otro. No, señores, es preciso que nos encerremos aqui, y que apresuremos la reunion. Dónde están vuestros partidarios, señor de Paradeze?

—En la gruta de San Andrés, donde esperan mi respuesta acerca del conde de Perbruck.

—Cierto, dijo la Rouarie con impaciencia, pero despues de lo que acaba de pasar, ¿qué respuesta pensais darles?

—Todavia no lo sé.

—Sin embargo, conviene tener presente, añadió la Rouarie, que considerando el arresto del conde como un insulto hecho á los naturales de la tierra, no entrarán hasta que se les dé una satisfaccion. Por otra parte, si se ha de dar crédito á lo que nos ha dicho este jóven, la gente de Morillon no debe tardar.... Vamos á esponer á los amigos á un peligro inminente.... Seria cometer una traicion.

—Pero, qué hemos de hacer? exclamó M. de Paradeze.

—Id al punto á reuniros con ellos, contestó la Rouarie, y decidles que el conde Cesario ha muerto; pues espero que no pretenderán que asista á nuestra reunion, el miserable que no quiere ser el hijo del marqués de Perbruck.

—No, ciertamente, dijo Mr. de Perbruck.

Cuando estaban en esto, llegó de pronto Mr. de Champagnoles.

Venia á avisar á la Rouarie, que un agente de los nobles de Nantes, deseaba saber la contestacion relativa al conde Cesario. La Rouarie, miró á Mr. de Perbruck y Paradeze, y ya iba á manifestar á Champagnoles el apuro en que se encontraban, cuando este, viendo á Saturnino, replicó con viveza:

—Pardiez! El mismo conde puede responder. En vano les he asegurado que le habia visto hacia dos dias, y que ese supuesto arresto era sin duda una equivocacion; se empeñan en que el conde en persona vaya á dispensarles del compromiso que han contraido unos con otros de separarse de la asociacion, si el marqués de la Rouarie no les daba una satisfaccion.

La Rouarie comprendió que aquel momento era decisivo y jugó el todo por el todo.

—Vamos, conde, id, dijo dirigiéndose á Saturnino y mirando de un

modo muy significativo á los que le rodeaban.

—Id, y apresurad la venida de esos señores, pues mejor que nadie sabeis cuan necesaria es su presencia en este castillo.

Por cuarta vez se veia Saturnino revestido de un nombre que no hubiera aceptado á no ser por la última frase de la Rouarie, pues le demostraba claramente, que ante todo era preciso salvar á aquellos hombres del peligro en que él mismo los habia puesto. Siguió á Champagnoles sin replicar, y la misma consideracion detuvo á Mr. de Perbruck y á Mr. de Paradeze.

—Ese jóven, dijo la Rouarie pasará por hijo vuestro solo esta vez, y luego ya veremos.

Sin embargo, si la decision de la Rouarie salvaba una parte de los conjurados del peligro inmediato de que los sorprendieran en la

cueva de San Andrés no evitaba que los sorprendieran á todos encerrados en el recinto del castillo.

—Entonces fue cuando pudo juzgarse de la superioridad de aquel hombre prodigioso. Llamó á varios criados, y á cada cual le dió una órden. Inmediatamente partieron de todos los ángulos del castillo, gritos prolongados que iban repitiéndose de trecho en trecho, hasta perderse enteramente en el espacio. Cada grito de estos era una pregunta. La Rouarie sacó el reloj.

—Diez minutos nos quedan, dijo, es menester aprovecharlos.

Llamó á otros criados, y añadió:

—Que esté todo pronto para reunirse antes de media hora en la cueva grande.

Serian las once de la noche, y de repente aquel castillo deshabitado al parecer, se animó con un movimiento extraordinario.

Por todas partes se veían luces ambulantes, y á favor de la claridad que despedían se veían pasar por las galerías, centenares de aldeanos armados.

—Seguidme, señores, dijo la Rouarie; vamos á asegurarnos de que la entrada principal del castillo está libre para los que deseen visitarle.

Bajó el marqués, y llegó con los que le acompañaban al inmenso patio que precedía la primera muralla y el rastrillo que daba al campo. Algunos aldeanos con hachas encendidas alumbraban á los que transitaban, dando sus sombras que se aumentaban y perdían en la oscuridad, un aspecto fantástico al castillo.

—Tinteniac, dijo la Rouarie, que nadie se detenga en las habitaciones, y que según vayan llegando, acudan al punto de reunión.

Un grito de Tinteniac que resonó de un extremo á otro del castillo, repitió la orden.

Llegaron á la puerta principal, y todos se admiraron de que solo la guardara un criado anciano.

—Lambert, le dijo el marqués, los republicanos atacarán esta noche el castillo.

—Que vengan, señor, respondió señalando una carabina que estaba colgada de la pared.

—Primero, guardarás esto, y si no, lleváosla, Jorge; mi buen Lambert, no sabria resistir á la tentación, de hacer uso de ella.

—¿Me desarma el señor marqués? preguntó afligido el portero.

—¿No me has dicho mil veces, que no se debe dejar la bötella en manos del borracho? Esta es tu bötella, camarada. La pólvora te emborracha.

—¿Pero qué diré cuando vengan

los republicanos?

—Les preguntará lo que quieren, con política.

—¡Con política! refunfuñó el pobre viejo.

—Lo mejor que puedas. Pero oye-me con atención; vendrán en nombre de la justicia á registrar el castillo....

—Y los enviaré á pasear.

—Nada de eso, les abrirás y les llevarás por todas partes.

—¿Por todas partes?

—Si, donde quieran ir, y si quieren visitar los subterráneos y las cuevas, te intimidarás ó te dejarás seducir, y los llevarás.... ya sabes.... á la cueva secreta donde escondo.... el vino añejo.

—¡Ah! ya, ya, exclamó el viejo, como si de pronto hubiera comprendido.

—Y si tuviesen sed, déjales que beban.

—Beberán hasta que se pongan

como cubas , señor , replicó el viejo riéndose ; pero ¿ y si antes de bajar quisieran entrar en las habitaciones ?

— Qué importa ! antes de veinte minutos te quedarás solo en el castillo , ábreles las puertas , y no les impidas que todo lo descerrajen si se les antoja. No quiero que opongas ninguna resistencia.

— Bien está , ¿ y he de cerrar la puerta luego que entren ?

— No , yo vendré á cerrarla cuando convenga.

— Y dónde encontraré mi carabina ? repuso Lambert.

— Yo te la traeré.

— Gracias , señor , y viva el Rey ! gritó el buen viejo , besando la mano á su amo.

Un grito lejano y casi imperceptible sonó á lo léjos , y la Rouarie impuso silencio con un gesto imperioso á todos. Aquel grito se repitió acercándose , y voló en un

momento desde el valle á la cima del castillo. Venia del Oriente, y casi en el mismo instante parti6 otro del Poniente y del modiodia, y asi sucesivamente respondieron de todos los puntos del horizonte á las preguntas que pocos minutos antes hicieron los del castillo.

—Señores, dijo la Rouarie, luego que cesaron los gritos, los republicanos vienen por *Saint-Aubin-d'Aubigné*; por esta parte están á mas de una legua. Son cinco brigadas de gendarmes. Los de Rennes han tomado el camino de Rondon, y aun no han llegado á la alqueria de Cielan. Se componen de un destacamento de doscientos á trescientos nacionales. Las fuerzas mas numerosas marchan sobre la Hedeá. Estas llevan un cañon, que es lo peor, pues si le han de traer hasta aqui por esos senderos, les retardará una hora, y yo quisiera que llegasen todos á un tiempo. Esta division

trae un gefe, y la que viene por Monfort, que trata sin duda de apoderarse de la cueva de San Andrés, otro. Vamos, todo marcha bien, sorprenderán el castillo antes de que salgamos de él. Fontevieux, id á avisar á la señorita de Moellien que va á abrirse la sesion.

—Pero los amigos de Nantes no habrán llegado todavia, dijo Mr. de Paradeze.

—Nos están esperando, señores, dijo la Rouarie señalando á una ventana iluminada con dos hachones.

Al pasar por el patio la Rouarie se paró y dió un grito prolongado. Al punto todas las luces que alumbraban las infinitas ventanas del castillo, se apagaron. La transicion fué tan repentina como si aquel castillo que poco antes despedia por mil bocas llamaradas de luz, se le hubiese tragado la tierra, pues el ruido y el movimiento mu-

rieron tambien al mismo tiempo. Tinteniac iba delante con una hacha encendida en la mano, y los caballeros que le seguian no distinguieron sino al cabo de algunos minutos, la enorme masa que habia desaparecido como por encanto de su vista.

Entraron en el castillo, y segun iban pasando, todas las puertas se cerraren tras ellos. El aspecto interior del castillo habia cambiado con la misma rapidez que el exterior. No hacia un cuarto de hora que habia salido de él, y parecia que hacia veinte años que no habia pasado un ser viviente por aquellas habitaciones desnudas y abandonadas.

—Esto es maravilloso, dijo en voz baja Mr. de Paradeze á Mr. de Perbruck.

—Con una fortuna como la de la Rouarie, contestó este, todo se puede.

— Mas se consigue, repuso la Rouarie con severidad, con el amor que se grangea uno siendo justo y humano.

Al llegar al tercer piso, la Rouarie abrió una ventana y se inclinó hacia afuera. Apretó un boton de hierro que se hallaba confundido entre las molduras de la parte exterior, y al punto se abrió una puerta situada frente de esta ventana, y cayó una escala de metal. La Rouarie cerró la ventana. Tinteniac fue el primero que subió y alumbró á los demas que le seguian. El marqués se quedó el último de todos.

— Ahora, dijo la Rouarie, pueden reconocer el castillo.

Habiendo penetrado en este laberinto misterioso, la Rouarie y sus compañeros, subieron por una escalera practicada en lo macizo del muro. En el remate de esta escalera, una reja de hierro daba paso

á un corredor bajo, estrecho, tortuoso, y cuya construccion indicaba que formaba parte de aquel edificio. Despues de algunas vueltas, penetraron bajo unas bóvedas, cortadas en la roca, de trecho en trecho: varias rejas interceptaban el paso, viéndose á derecha é izquierda, algunas puertas que daban á otras tantas galerías. Por fin al cabo de diez minutos, llegaron á una sala bastante espaciosa, iluminada con teas.

—Ya hemos llegado, dijo la Rouarie. Esta es la hora de que los hombres prudentes se precavan contra la inquietud, y la impaciencia de los que quisieran precipitar el curso de los sucesos. Puedo contar con vosotros?

Mrs. de Paradeze y de Perbruck se lo prometieron.

—Pues id á ocupar el lugar que os corresponde entre nuestros amigos.

Tinteniac, acompañó á Mr. de
Perbruck.

El jóven Tuffin sirvió de guia
á Mr. de Paradeze.

CAPITULO XXII.

A los pocos minutos Mr. de Paradeze y Perbruck, llegaron cada uno por opuesto lado á una sala magnificamente alumbrada, y al rededor de la cual se veian varias gradas. Mas de doscientos nobles la ocupaban hablando tumultuosamente. El que mas llamaba la atencion era Saturnino Fichet, á quien su herida hacia en extremo interesante, y al que todos se dirigian como si en

efecto hablasen á Cesario.

Mr. de Perbruck se colocó á cierta distancia, como si se hubiera propuesto contener á los nobles nanteses. Cada provincia formaba un grupo aislado, los de la Bretaña, los del Maine y los de Anjou.

Mr. de Perbruck y el baron de Paradeze, notaron sin embargo la ausencia de la Chataigueraie. Cuando iban á preguntar la causa de esta novedad, entró Teresa acompañada de Fontevieux y de Margarita. Todos la saludaron con entusiasmo, á cuyo saludo correspondió ruborizándose. Casi al mismo tiempo entró la Rouarie. Los nobles bretones le acogieron con aplauso; los de Anjou estuvieron mas frios, y los del Maine y los nanteses, guardaron silencio.

La Rouarie comprendió por estas señales que tenia contra sí grandes prevenciones y profundos resentimientos que vencer, para granjear-

se la obediencia que tan necesaria le era. Como se habia colocado en una especie de estrado desde donde dominaba á los concurrentes, las demostraciones de algunos le hicieron conocer, que se miraba con prevencion la superioridad que queria atribuirse. En este concepto se apresuró á combatir el peligro, y aprovechando el silencio que habia sucedido á los murmullos, se expresó en estos términos,

—Este es el sitio, señores, que de derecho corresponde á los que van á proponer el medio de salvar á la patria. Hablen los que se hallen en este caso, dijo, y bajó al instante del estrado, yéndose á sentar al lado de Teresa, á quien esta declaracion hizo ponerse pálida, por considerarla como una debilidad.

Hablad, hablad, esclamaron los bretones.

Los demas callaron aunque algunos cuchicheaban en voz muy ba-

ja. Teresa escitaba á la Rouarie á que volviese á ocupar su puesto, pero el marqués sin moverse dejaba crecer el tumulto que iba manifestándose en la asamblea. Nadie se atrevia á tomar la palabra para hacer la menor proposicion, cuando Saturnino que se hallaba mas desimpresionado que los otros, dijo bastante recio para que todos lo oyeran:

—Es imposible deliberar sino se nombra un presidente.

—Tiene razon, clamaron á una voz los circunstantes.

—Y á quién se nombrará? preguntaron los bretones.

A votacion, digeron algunas voces.

—Seria perder un tiempo precioso, añadió Fichet.

—Escuchad! escuchad! dijeron de todas partes.

—Qué ocurre?

—Que el conde de Perbruck

va á hablar, dijeron algunos caballero nanteses.

—Que hable.

—Hablad, hablad! conde. Viéndose espuesto á todas las miradas, y objeto de la atencion general, estuvo á punto de turbarse. El marqués de Perbruck, Mr. de Paradeze y el mismo la Rouarie, temieron que cometiese alguna indiscrecion. Grande fué por lo mismo su terror y su sorpresa cuando le vieron dejar su puesto, atravesar la sala y subir denodadamente al estrado.

—Este hombre va á perdernos! exclamó Teresa.

—Oigámosle, la contestó la Rouarie.

Al ocupar Saturnino aquel puesto preferente fue saludado con un murmullo lisonjero por parte de los grupos, que con tanta frialdad habian acogido á la Rouarie.

—Señores, dijo Saturnino, con

cierta emoci3n que lo hacia cada vez mas interesante; el marqués de la Rouarie ha dicho que este sitio estaba destinado al que propusiese un medio de salvar la Francia de los infames verdugos que la devastan y la asesinan.....

—Si, si, gritaron, hablad! hablad!

—Pues bien, continuó Saturnino, el primero, el único medio de salvacion para la patria, estriba en nuestra union, en el olvido de toda pretension de rivalidad, en el sacrificio de todos los odios, en el reconocimiento y el respeto debidos á los servicios prestados por la noble causa que hemos abrazado.....

—Asi debe ser, dijeron algunos nobles.

—El nombre de Champagnoles, añadió otro, recuerda mas servicios que el de todos los que estamos aquí.

—Olvidais el de la Fauchais, dijeron de otro lado.

—Y el de Desilles, replicaron varias voces.

—Nada olvido, dijo Saturnino, afirmándose en la senda en que lo habian lanzado; al contrario, vosotros sois los que olvidais que hay aqui un hombre que hace tres años, no goza un momento de descanso ni de sosiego para llevar á cabo el plan de esta vasta asociacion que él mismo ha concebido. Olvidais que es él el que os ha llamado aqui, y que á él han confiado los príncipes proscriptos la salvacion de la causa del trono y del altar; olvidais que á no ser por él cada uno de nosotros haria á la ventura esfuerzos infructuosos, dividiendo las fuerzas de la nobleza y perjudicando nuestra causa con tentativas precipitadas..... olvidais, en fin, que interiu la mayor parte de nosotros estaba al abrigo de las persecucio-

nes de los sicarios y de los verdugos de la convencion, los unos en el extranjero, los otros en sus castillos, este hombre los desafiaba á todas horas, en todos sitios, siempre dispuesto para el combate y para la muerte. Y porque olvidais todo esto, por eso os pregunto quien debe ocupar el sitio en que me hallo, y quien debe presidir esta reunion. ¿Quién entre vosotros puede responder á todos y de todos?..... ¿Nobles del Poitou, os habeis reunido á los nanteses espontáneamente? No; pues el marqués de la Rouarie os ha llamado. Lo mismo os ha sucedido á vosotros, nobles de Anjou y del Maine. El que os ha llamado aquí á todos á la vez y á cada uno en particular para la salvacion de todos y de cada uno, es el marqués de la Rouarie. Este es, pues, su sitio, y si lo he ocupado por un momento, es porque, en efecto, pienso que el mas

seguro medio de servir nuestra causa, es el someternos unánimemente al intrépido é infatigable jefe que tiene en sus manos el triunfo de nuestra causa.

En seguida, volviéndose hácia donde estaba Armando, gritó con entusiasta resolución.

—¡ Marqués de la Rouarie, venid á ocupar el puesto que os corresponde.

Con aclamaciones unánimes fue acogido su discurso, que aunque mediano, tenia cierto sabor dramático, debido al estudio que habia hecho de los grandes actores de Paris.

—¡ La Rouarie, la Rouarie ! gritaron por todos lados.

Este subió al estrado, y Saturnino se fue á ocupar su sitio.

—Pardiez, dijo Jorge á Teresa, que seria de desear que este hombre fuese el verdadero conde de Perbruck.

—Sí, dijo la de Moellien, pero por desgracia todo esto es una comedia.

La Rouarie tomó entonces la palabra.

—Señores, antes de ocuparnos del porvenir creo necesario daros á conocer el plan de conducta que me he propuesto.

Hizo una seña á Fontevieux para que se acercase y leyese el plan de la asociacion bretoniana.

Rouarie habia sometido este plan á la aprobacion de los príncipes. Solo contenia once artículos, y sin embargo todo estaba previsto y de todo habia sacado partido su autor. Estableciase en él las divisiones de las diócesis en un número determinado de comisarias: explicábanse las relaciones de los comisarios entre sí y con el gefe supremo, los medios de correspondencia y la activa vigilancia de que estaban encargados: hacíase cargo de como se de-

bia obrar para atraer á la asociacion el mayor número posible de brazos ; pues la Rouarie no pensaba limitar su accion á la de los nobles sobre los aldeanos. Dirigíase á las milicias nacionales , á los hombres de alguna popularidad , á todos aquellos á quienes la revolucion habia perjudicado en algo , ó defraudado sus esperanzas : llamaba á los descontentos , á los proscriptos , á los ambiciosos , y en suma , tenia tan bien tomadas sus medidas , que contando con todos aquellos que cada individuo de los presentes podia reunir , estaba en estado de levantar un ejército en veinte y cuatro horas.

En efecto , seguia á este proyecto de asociacion los nombres de todos los que se habian comprometido ora con este gefe , ora con el otro : habia en la reunion doscientos nobles , y podian al dia siguiente

te hallarse al frente de treinta mil hombres. Este resultado inaudito electrizó á la asamblea. La Rouarie no tenia ya que vencer ningunas prevenciones; pero queriendo legalizar, por decirlo así, su audacia y actividad, volvió á usar de la palabra para decir:

—Señores, ahora es preciso que os haga conocer en virtud de que poderes he obrado y obraré en adelante.

Leyó entonces Fontevieux la famosa comision dada en Coblentz el 2 de Marzo de 1792, y otros documentos firmados por los dos hermanos de Luis XVI, en que se autorizaba á la Rouarie para ponerse á la cabeza de la insurreccion, y que estallase euando lo creyese oportuno.

No bien se acabó la lectura de todo, cuando se levantó y dijo:

—¡Valientes compañeros! El Rey, por quien íbamos á tomar las ar-

mas, ha muerto; sus verdugos se han dado mas prisa que nosotros, sin duda porque están menos divididos. Pero la suerte de un reyno no perece con un hombre. Poco importa que haya muerto en el lecho real ó en el cadalso, el grito de la lealtad debe resonar sobre su tumba. El Rey ha muerto, señores. ¡Viva el Rey!

Todos los circunstantes repitieron con entusiasmo este grito.

— El sucesor tambien peligra, pero este peligro nos deja al menos tiempo para preparar el golpe, y esperar el dia de la restauracion. A estas horas, los déspotas de la Francia oyen temblando las amenazas de guerra que les hace al mundo entero, indignado de sus crímenes. Aunque en secreto están llenos de temor; responderán en público con arrogancia á las provocaciones de la Europa. Trescientos mil franceses van á ser llamados

para servir bajo las banderas de la república.

Un murmullo prolongado de asombro y de interes acogió esta revelacion. El modo con que la Rouarie habia organizado la asociacion, probaba que debía tener espías, hasta en las juntas mas secretas de la convencion. La atencion general iba en aumento, y la Rouarie prosiguió:

—Antes de veinte dias, se dará un decreto llamando á las armas á todos los franceses. Y esos soldados que va á armar la república, para que la defiendan, serán nuestros. He aqui el misterio, señores, de la fuerza con que cuento. Primeramente, cada cual en su pueblo ó en su parroquia; preparará á esa juventud que quieren arrancar de sus hogares, á la desobediencia. Acudan todos á las cabezas de partido donde han de verificarse las quintas, y de este modo á favor de esa ley

republicana, organizaremos reuniones que difícilmente hubiéramos podido conseguir. Presentémonos entonces, señores, y gritemos: «Abajo la convencion. ¡Mueran los tiranos!» Jurad que hareis esta demostracion, sea cual fuese su éxito. Es preciso que la insurreccion estalle en ochocientos puntos á un mismo tiempo, y la victoria es segura. Las autoridades sorprendidas, pedirán auxilio á otras que ya habrán caido. Las tropas no sabrán donde dirigirse para sofocar un alzamiento que les rodeará por todas partes. Entonces enarbolaremos la bandera blanca. La Bretaña entera se levantará en una hora, y destruiremos á nuestros enemigos en menos tiempo del que tardo en decirlo.

Un diluvio de aplausos cubrió las últimas palabras de la Rouarie.

—¿Es esto lo que deseais? preguntó con voz atronadora.

— ¡Sí! contestaron de todas partes.

— ¡Pues bien! dijo desplegando una bandera blanca, jurad, sobre la bandera de vuestros reyes, presentaros todos el día del llamamiento.

— ¡Lo juramos!

— Nuestros mismos enemigos le señalarán. Inútil es circular órdenes y avisos peligrosos; así no podrán sorprendernos, y no habrá disculpa para los cobardes... ¡Todos acudirémos!

— ¡Todos! repitieron los doscientos caballeros.

— Moriremos por el Rey y la Religión! exclamó Teresa.

Y su aclamacion resonó con un entusiasmo heróico, por toda la sala.

En estos momentos Fontevieux se acercó á hablar á la Rouarie. El marqués con una alegría que contrastaba con la solemnidad de

aquella reuunion, dijo en alta voz:

—Señores, os prevengo que los republicanos acaban de entrar en el castillo.

Por un instante se quedó muda aquella asamblea, pero inmediatamente por un impulso unánime, prorumpió en el grito de:

—¡A las armas!

—No, dijo la Rouarie, no debemos esponernos á un combate, del cual, aunque saliéramos victoriosos, sacarian nuestros enemigos la ventaja de saber que nos habíamos reunido, y en el que perderíamos, con la muerte de algunos, la fuerza que necesitamos para trabajar en conjunto. Que recorran el castillo, que le saqueen y le incendien si quieren. Aquí estamos libres de sus sospechas. Continuemos organizando nuestra empresa, mientras ellos invaden las habitaciones y buscan en vano nuestras huellas. Irritados del mal éxito de su espedi-

ción, se entregarán al saqueo y á la borrachera, y nosotros saldremos mientras por caminos desconocidos para ir á salvar á nuestras provincias y á la Francia entera. Despues que nos levantemos, tendremos que reunirnos. Cada parroquia enviará su compañía al batallon que le corresponda. Cada batallon se reunirá á su regimiento, estos á las divisiones, y aquellas al ejército.

—Al ejército de que sereis jefe, exclamó Saturnio, quien poseido por el entusiasmo general, representaba á las mil maravillas el papel de noble conspirador.

—Viva la Rouarie! gritaron todos.

Terminada la sesion, la Rouarie empezó la distribucion de los despachos y comandancias. Al príncipe de Talmont, le designaron la Mayenne; á Duboisgay, Angers; Seltz, y Labourdonaie, el Morvihan; á Palierne, Laberillais, y Perbruck, Nan-

tes y sus alrededores: y así sucesivamente las comandancias. Cuando nombraron al conde Cesario de Perbruck, Saturnino no acudió al llamamiento.

—Id, le digeron los que estaban á su lado.

Acercóse á la Rouarie que sentado delante de una mesa, entregaba á cada cual sus despachos, y le daba instrucciones particulares. Saturnino le dijo:

—¿Habeis llamado al conde de Perbruck?

—Ah! sois vos, dijo la Rouarie examinándolo.

—Dále un pasaporte, le dijo Teresa en voz baja.

—Ya no es tiempo, respondió Fichet en el mismo tono, habeis hecho que sea de los vuestros, señor marqués, y lo serè hasta la muerte.

—Gracias, dijo la Rouarie, sois un jóven valiente y de recursos, to-

mad vuestro despacho.

—Pero es el del conde de Perbruck, un despacho de coronel? repuso Fichet.

—Yo no conozco á otro conde. Tomad y guardadlo.

—Pobre Cesario, murmuró Saturnino al ver que formalmente iba siendo el conde de Perbruck.

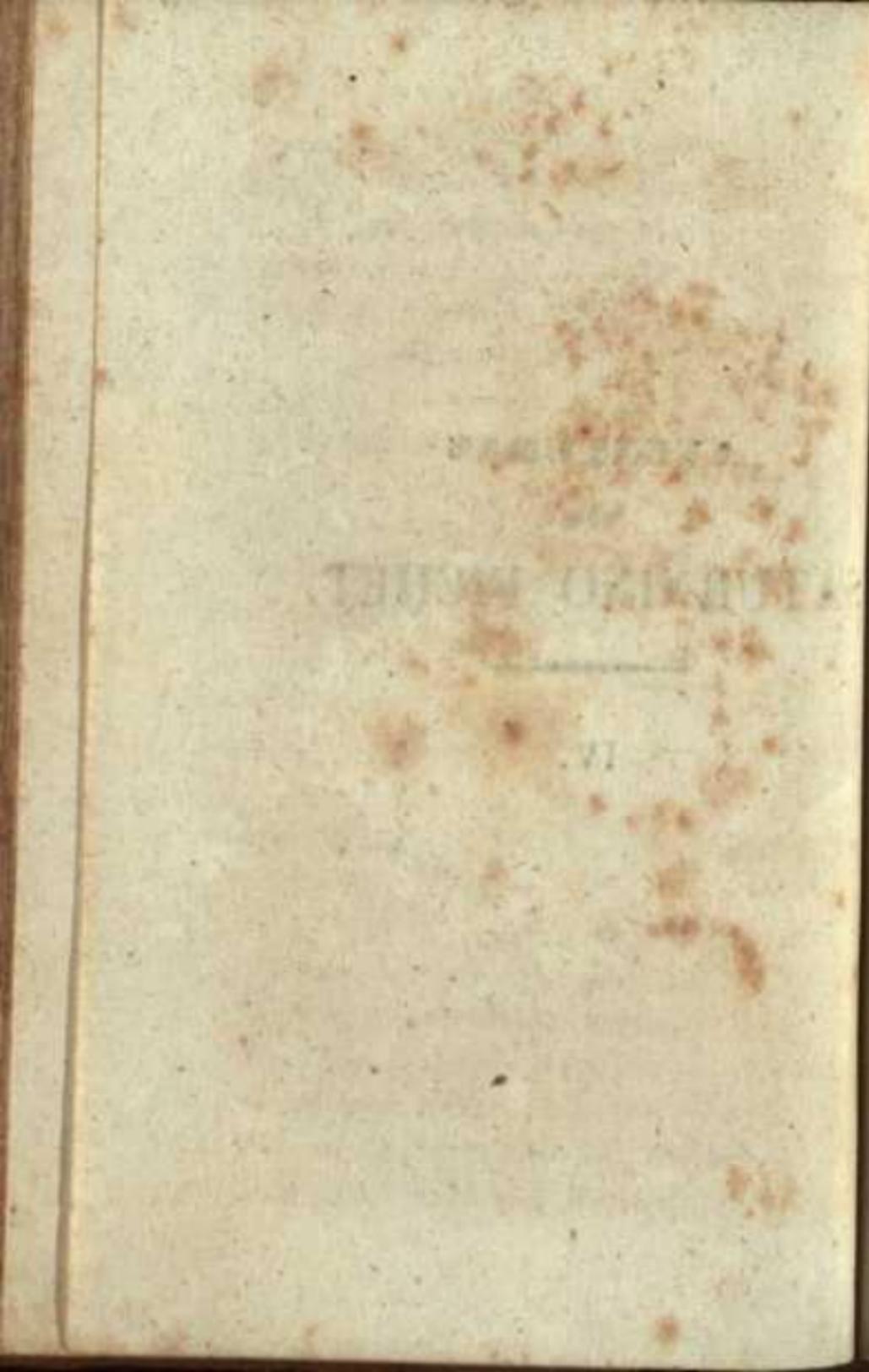
¿Qué era de aquel desgraciado, mientras su dichoso retrato viviente ocupaba su lugar en todas partes?

FIN DEL TOMO TERCERO.

AVENTURAS
de
SATURNINO FICHET.



IV.







*Vendieron el cuerpo de la Donaria
al borde de la sepultura!...*

AVENTURAS
DE
SATURNINO FICHET,
Ó LA
CONSPIRACION DE LA ROUARIE.
POR
FEDERICO SOULIÉ.

—
TOMO IV.
—



MALAGA.

—
IMPRESA DE MARTINEZ DE AGUILAR,
Calle del Marques.
N.º 10 y 12.

*Es propiedad de la
casa de Martinez de
Aguilar.*

AVENTURAS

De Saturnino Sichel.

CAPITULO XXIII.

Mientras los conjurados se reunian en los subterráneos del castillo, la Chataigneraie siguió al criado que le condujo despues de mil revueltas al calabozo donde estaba el conde, sentado sobre un monton de paja y con la pistola que le habia dado en la mano.

Cesario se levantó al verle, y la Chataigneraie le dió la mano.

—Seguidme, señor conde, le dijo, y venid á ocupar el puesto que os corresponde.

—La Chataigneraie, le contestó este, apretándole afectuosamente la mano, sé que amais á la señorita de Paradeze y que sois correspondido; agradezco por lo tanto como debo vuestra conducta generosa, y emplearé la libertad que me dais en adquirir la gloria necesaria para influir en el ánimo del baron, y si no sois feliz no dependerá de mí.

—Estaba seguro de vos, Cesario, y la conversacion que tuvisteis con la señorita de Paradeze...

—Ah! dijo sonriéndose á pesar de su triste posicion, ese es uno de los innumerables quid-pro-quos, en que acabaré de perderme.

Y refirió á la Chataigneraie la equivocacion que habia ocurrido con Saturnino.

—Con que fue vuestro represen-

tante el que se presentó á la se-
ñorita de Paradeze?

—Por él supe que no la mere-
cia un grande afecto.

—Qué cara pondria , cuando le
dijo que esperaba que no pensaria
en que se verificasen sus bodas des-
pues de lo que le habia suce-
dido!

—De lo que me habia sucedi-
do? exclamó Cesario; pues qué, lo
sabe?

—Si lo sabia! contestó la Cha-
taigneraie.

—Pues cómo , y por quién?

—Cuando Lemaitre se llevó á su
hija , dejándoos abandonado en su
casa , trató de salir de Francia con
ella , pero cayó gravemente enfer-
ma , y temeroso sin duda de que
le descubrieran , la llevó al con-
vento de Evron donde se habia edu-
cado. La pobre jóven estuvo á las
puertas de la muerte. Parece qu^e
en los largos delirios de su fiebre

repelia mil veces vuestro nombre, por lo cual la superiora la hizo separar de las demas enfermas. Vuestra novia que habia vuelto al convento de resultas de su fuga, oyó tambien el nombre del que debia casarse con ella, y ya sabeis lo que puede la curiosidad con las muchachas. La enfermedad de Margarita se agravó en términos que pidió confesion, y al mismo tiempo que el sacerdote escuchaba los secretos de la moribunda, la señorita de Paradeze, oculta tras de una cortina de la celda lo descubria todo.

—¿Y ella, dijo Cesario con amargura, os lo confió.

—Os aseguro bajo mi palabra de honor, que lo ignoraba hasta hace tres dias. Margarita, que ha salvado la vida á vuestro padre, le avisó que estábais arrestado. Preguntamos el motivo á la Rouarie, quien en vez de responder se turbó y disculpó diciendo que se es-

plicaria á vuestra presencia. La señorita de Paradeze á quien conté este incidente, me dijo que debiais ser víctima de un error funesto, y ella misma me invitó á venir para salvar á un hombre de honor, que miraba como un crimen propio el atentado que habian cometido con él.

— Sois dos almas nobles, y casi siento no amar á la señorita de Paradeze, para que mi sacrificio fuese mas meritorio.

— No la amais?

— Olvidais que no la conozco?

— Es verdad, no me acordaba que no la visteis vos, sino el otro.

Esta conversacion pasaba mientras se encaminaban al cuarto de Teresa. Llegaron, pero no hallaron á nadie. Pasaron á otra pieza y la encontraron igualmente desierta: abrieron una ventana y oyeron hablar en el patio. Vieron que era la Rouarie y se decidieron á ir á bus-

carle, pero en aquel momento se quedaron á obscuras, y sin saber donde dirigirse.

—Qué significa esto? dijo la Chataigneraie alarmado. Cesario, que no se habia quitado de la ventana, respondió:

—Pasan por el patio cinco ó seis personas alumbrándose con un hachon, y vienen hácia esta parte del edificio.

—Salgámosles al encuentro, dijo la Chataigneraie, y se metieron en aquel laberinto de cuartos, pasillo y escaleras. Sin embargo, habian calculado bien la posicion, pues llegaron á la sala por donde la Rouarie y los que le ocompañaban bajaron á los subterráneos, al mismo tiempo que la bóveda movable practicada con tanta maestria en la pared se cerraba. Vieron por la rendija no bien cerrada un rayo de luz que despedia el hacha que llevaba en la mano Fontevieux.

Llamaron, pero el ruido de las cadenas que sostenian aquella mole de piedra, cubrió sus voces: la bóveda se cerró enteramente, y se encontraron sepultados de nuevo, en la mas profunda oscuridad.

— ¡Qué diantre, exclamó la Chataigneraie, se han olvidado de nosotros.

— La señorita de Moellien, puede que se acuerde, y envíe á buscarlos.

— ¿Ese la Rouarie, los ha metido en el infierno?

— Al fin del patio, dijo Perbruck, se vé una luz.

— Vamos alli, puede ser que encontremos á alguien.

Mas de una hora perdieron en buscar salida, pues como hemos dicho, todas las puertas se habian cerrado tras la Rouarie. Ultimamente abrieron una ventana por ver si dando voces llegaban á hacerse oír, pero les detuvo un ruido de pasos

acompañados, y de allí á poco resonaron las culatas de una infinidad de fusiles, á la puerta del castillo.

—¿Vendrán á atacar el castillo? dijo la Chataigneraie.

—¡Y no podemos avisar á la Rouarie!

—¡Y esos picaros todo lo revolverán para dar con el escondite donde puedan estar!

—Como no haya mas entrada que la que hemos visto, les concedo dos meses de pesquisas.

—Ya llaman, escuchemos.

—¿Quién és, gritó Lambert irritado, considerando como un insulto el que la culata de un fusil republicano, tocara á la puerta del noble castillo de su amo.

—¡La república! respondieron varias voces tumultuosamente.

Una voz imperiosa que sin duda era la de Morillon gritó:

—¡Silencio! si no quiere que le rompa la cabeza el primero que hable, y luego dijo:

—Abrid á la justicia.

—No se abrirá, dijo Perbruck.

—¿Quereis abrir? gritó de nuevo Morillon.

—¡Hola! respondió Lamberto, ni aun le darán á uno tiempo para levantarse.

Los dos jóvenes, vieron salir á un hombre.

Poco despues se bajó el rastrillo y entraron los soldados.

—¿Donde vais? les preguntó Lamberto.

—Venimos, respondió Morillon, á registrar el castillo.

—¿Para qué? ¿para recrearse en estos cuartos ruinosos?

Bien ven Vds. que no hay nadie.

Morillon examinó un momento el edificio, y dijo á Barthe que iba á su lado:

—La farsa no está mal representada, y con un poco de condescendencia seria fácil persuadirse que esta casa está desierta.

—En cuanto á eso, nada hay mas cierto, dijo Lamberto.

—Mejor lo creeremos, cuando lo veamos, repuso Morillon. Dáme las llaves.

—No las tengo, replicó Lamberto, al ver que los republicanos no se habian dejado engañar.

—Regístrese el cuarto de este bribon: en alguna parte las tendrá ocultas.

La tropa mandada por Beysser que luego adquirió gran reputacion en las guerras de la Vendée, invadió el patio. Por órden de Morillon, encendieron algunas teas, de modo que Perbruck y la Chataigneraie, pudieron ver lo que pasaba.

Barthe entró en el cuarto de Lamberto, y por el modo de regis-

trar, dió á entender su habilidad para descubrir escondites. Levantó el suelo de la chimenea, examinó el cañou, dió golpes en el suelo para ver si sonaba á hueco, decerrajó un armario, midió con la vista la profundidad de los cajones y logró en fin descubrir un enorme manojo de llaves.

Estas no deben ser, dijo tirándolas: continuemos el registro.

Lamberto las recogió, y dijo lamentándose:

—Ya que las habeis encontrado, mas vale que abra antes de que violenteis las cerraduras.

—Canalla! gritó Barthe dando un empellon al viejo, cómo te atreves á hacerme buscar las llaves, cuando sabias donde estaban?

Lamberto habia prometido al marqués sufrir con paciencia las exigencias de los republicanos, pero no el mal trato. En este supuesto, no bien se sintió tocar por Barthe,

cuando le descargó un polpe con las llaves, y le dejó tendido á sus pies.

—Algunos nacionales le amenazaron entonces con las bayonetas, pero Morillon les impuso gritando:

—Dejad á ese hombre, bribones; quién os manda pegarle? dijo á Barthe que se levantaba medio atontado y apretando los dientes; si te hubiera muerto, te hubiera estado bien empleado.

—Por qué dice que no tiene las llaves? replicó Barthe enfurecido.

—Ese es su oficio, y el tuyo buscarlas: oidme todos, y vos, capitán Beysser, añadió Morillon dirigiéndose al que mandaba el destacamento. Si cualquiera de vuestros subordinados comete el menor desliz, le levantaré la tapa de los sesos. No estamos en una quinta de gente pacífica; aquí cada piedra puede ocultar un enemigo.

Ea, adelante.

—Diantre! esto no nos conviene, decia para sus adentros Lamberto.

Entretanto la Chataigneraie y Perbruck, andaban buscando el modo de hair.

—Qué disculpa daremos cuando nos encuentren? dijo la Chataigneraie.

—Lo ignoro. Ademas es probable que ese buen hombre que los sirve de guia, no sepa que estamos aqui.

—Por vida de.... que fuera cosa chistosa derrotar á esa tropa de rústicos disfrazados de soldados. ¿Vamos á probarlo?

—Para eso, contestó Perbruck, necesitaríamos armas, pero no hay que pensar en ello con un par de pistolas, y cuando nos son desconocidas las encrucijadas de este castillo.

—No es esa mi opinion; pero dejémosles primero entrar.

Morillon y los suyos, llegaron á la entrada principal. Lamberto abrió la puerta del inmenso vestíbulo, de donde arrancaban las tres grandes escaleras que conducian á las diferentes habitaciones del edificio. Morillon se detuvo á esta vista un momento, como quien se propone tomar las precauciones necesarias para asegurar el éxito de la expedicion.

Ademas de los hombres que habia apostado en la primera puerta del patio, colocó otros á la entrada del vestíbulo, y dividió su tropa en tres secciones: una á las órdenes de Barthe, tomó la escalera de la izquierda, otra con Beysser á la cabeza, la de la derecha, y Morillon con la suya empezó á subir por la de enmedio. Cada una de estss divisiones llevando teas encendidas continuó su marcha separadamente, con el mayor orden y en profundo silencio.

Entretanto los dos jóvenes habían ido retirándose de piso en piso, á medida que se acercaban los tres destacamentos. Habiendo llegado estos al tercero, hicieron alto, y luego se dirigió cada uno por su lado hácia al centro. De esta suerte llegaron, casi al mismo tiempo á la gran sala donde el marqués había desaparecido. Durante la travesía los soldados no pudieron menos de experimentar cierto temor, contemplando aquellas habitaciones silenciosas, aquellos corredores interminables que parecían multiplicarse hasta lo infinito, y aquella multitud de puertas, por donde hubiera sido fácil darles la muerte. Cuando los tres gefes se reunieron era fácil advertir en su semblante, la inquietud y la zozobra de que estaban poseidos.

—Qué has visto? preguntó Morillon á Beysser.

—Nada, habitaciones desocu-

padas.....

—Y tú, Barthe?

—Nada tampoco, sino cuartos abandonados.

Morillon dió una patada, y examinando el aspecto de sus soldados que volvian los ojos hácia todas partes con sorpresa y terror, exclamó:

—Por Dios que parecemos al raton cogido en la ratonera.

—Mejor hubiera sido, le dijo al oido Beysser, haber encontrado algun huésped.

—Sin embargo era de temer que todos esos nacionales, hubieran puesto pies en polvorosa. Mas me valiera haber traído conmigo á Delbenne y sus gendarmes.

—Solo él podia descubrir la caverna de S. Andrés, contestó Beysser. Aunque me creo tan valiente como Delbenne, debo confesar que conoce mejor que yo el país.

—No hay duda, dijo Morillon.

—Y ahora, qué hacemos? preguntó Barthe.

—Enviad algunos hombres á los pisos de arriba, y como no hay duda de que no hay gente en el castillo, lo que importa es descubrir los subterráneos.

Unos veinte hombres fueron destacados bajo las órdenes de un sargento, y el resto de la tropa se dispersó por las habitaciones del tercer piso.

Morillon, Beysser y Barthe, se quedaron en la sala, con unos seis ó siete hombres.

—Ven acá, dijo Morillon á Lambert, y descúbreme donde están escondidos los conjurados que se han reunido aquí esta noche.

—Bien habeis visto que no hay un alma.

—Entérate bien, pícaro, de lo que voy á decirte, pues no tengo tiempo ni humor para entretenerme en altercados contigo. Me cons-

ta que aquí se ha celebrado una reunion á la cual han asistido sobre unos cincuenta bribones, á quienes he dejado pasar sin obstáculo, pero reservándome el cortarles la retirada. Confiesa, pues, donde están, si no quieres que te haga hablar á pesar tuyo. Ese mozo que ves, añadió señalando á Barthe, sabe hacer hablar á los mudos.

— Hablaré cuanto mandeis, pero no puedo decir lo que no sé, y el castillo no creo que esté habitado como no sea por las almas de los señores de la Rouarie.

No bien el anciano habia acabado de pronunciar estas palabras, se oyó un estrépito espantoso que partia de una de las alas del edificio, de gritos y de hombres armados que rodaban unos sobre otros. Los nacionales que estaban en las piezas inmediatas se precipitaron en tropel en la sala, y hubo un momento de terror y confusion.

—Qué hay? preguntó Morillon.

—No lo sabemos, dijeron los que se habian refugiado en la sala, pero hemos oido ruido en la galeria.

—Y vosotros que estábais en ella, lo sabeis? preguntó Morillon á otros que llegaron despues.

—Nosotros no, pero hemos oido rodar por la escalera á todo el destacamento que subia al piso tercero.

—Cobardes! gritó Morillon enfurecido. Qué sucede?

—Yo no sé, respondió el sargento bajando la escala; subiamos uno á uno porque la escalera es muy estrecha, cuando Laron que iba el primero dió un grito y cayó sobre el que le seguia, aquel tras otro, y asi sucesivamente cayeron tres ó cuatro, y los demas retrocedieron atropellando á los que iban detras. Yo me habia quedado el úl-

timo para evitar el que buyeran...

—Pues lo habeis conseguido, dijo Beysser.

—Pero qué han visto? preguntó Morillon impacientado.

—Aqui está Laron, él lo dirá.

Laron era un remendon de Rennes que se jactaba de hacer suelas para zapatos de baile, con el pellejo de los aristócratas.

—Qué has visto? le preguntó Morillon.

—Nada, contestó temblando.

—Habrás oído algo? replicó Morillon furioso.

—Sí... sí..... he oído una voz... que decía...

—Tiemblen los asesinos! dijo al mismo tiempo una voz sepulcral que salía de una de las puertas de la sala.

—Qué es esto? tratan de burlarse de mi? exclamó Morillon abalanzándose al sitio de donde salía

la voz .:

—Tiemblen los asesinos! repitió otra voz con mas fuerza.

El mismo Morillon se detuvo un momento, y Lamberto que creía que los conjurados habian salido ya del castillo, cayó de rodillas santi- guándose y exclamando:

—Bendito sea Dios, que resucita á los muertos para que vengan á defender la morada de uno de sus servidores!

Morillon, pálido de cólera por- que conocia su impotencia contra enemigos que se ocultaban, y vién- dose rodeado de hombres supersticio- sos, se acercó á Lamberto y le dijo:

—Dí quien ha hablado detrás de esa puerta, ó te abro la cabeza.

—No puedo decir lo que no sé, replicó este.

—Atad de pies y manos á ese miserable, y continuemos nuestras pesquisas.

Inmediatamente le obedecieron, pero cuando levantando el sable gritó: «Vamos adelante» nadie le siguió mas que Beysser: Barthe habia desaparecido.

—Desengañaos, ciudadano Morillon, le dijo Beysser, no hareis carrera de esta gente sino se emborrachan.

—Dónde está la bodega, viejo?

—La bodega... No lo sé.

—Apretadle mas las cuerdas, y hablará!

—Fingió Lamberto que el dolor le rendia, y contestó:

—Rompiendo ese tabique encontrarán la puerta.

—Y la de los subterráneos tambien?

—Mueran los traidores! Volvió á gritar una voz á una de las puertas de la sala.

—Hablad cuanto querais, dijo Morillon, mientras vamos á buscar un remedio para conjurar los espí-

ritus.

— Ya los traigo yo aqui, dijo Barthe empujando en medio de la pieza á Perbruck y la Chataigneraie.

CAPITULO. XXV

Creyendo Barthe que era una burla de alguno que trataba de amedrentarlos, salió por otra puerta que habia enfrente de donde salia la voz, subió al piso superior con varios soldados, y bajando por la misma escalera que habian bajado los fingidos duendes, los sorprendió cortándoles su retirada. Perbruck y la Chataigneraie se encontraron rodeados de republicanos y sin poder

oponer resistencia.

—Hola! hola! dijo Morillon al verlos, ya han parecido los duendes?

—Quién son esos hombres? exclamó Lamberto con un tono tan natural, que Morillon quedó convencido de que el conserje ignoraba su estancia en el castillo.

—Calla! dijo Morillon, conociendo á Cesario por su semejanza con Saturnino; este es el conde de Perbruck... y este...

—Soy Enrique de la Chataigneraie.

—Feliz encuentro! dijo Morillon.

En esto habian roto el tabique que designó Lamberto y la puerta que ocultaba, á través de la cual se veia una bóveda larga y estrecha.

—Vamos, viejo Orangutan, lleva á esta gente á la hodoga, y que quede contenta.

Creyendo Lamberto que la Rouarie habria mandado á aquellos jóvenes que se dejaran prender, salió de la sala acompañado de los soldados que invadieron la bodega.

Morillon mandó que acercaran las piezas de artilleria para estar prevenidos, no los sorprendieran, mientras su gente se emborrachaba.

Beysser entró en la bodega con la tropa, y Morillon procedió al interrogatorio de los presos.

—Qué haciais en este castillo, ciudadano la Chataigneraie?

—Me fastidiais, le respondió este, volviéndole la espalda.

—Muy bien, dijo Morillon sin admirarse de la respuesta, ni del tono petulante con que la hacian. ¿Y vos, Perbruck, qué haciais?

—No os molesteis en preguntar, porque no contestaré.

—A propósito, le dijo Morillon en voz baja, sé que conoceis á Lemaitre y puedo divulgar el secreto

de cierta esplicacion que medió entre los dos; pero si respondeis francamente á mis preguntas, no saldrá de mi boca, añadió dándole un golpe en la espalda.

—Qué es lo que deseais saber? preguntó Cesario.

—La Rouarie está oculto con los conjurados, en alguna cueva de este inmenso castillo; todas las avenidas están cogidas y no han podido escaparse. Estoy seguro de que están dentro: descubridme el sitio y os juro bajo mi palabra de honor, que vuestro secreto quedará sepultado en el mas profundo silencio. Y si deseais vengaros del que os trató tan inicuaamente, puedo prometeros su castigo y su muerte.

—Empeñais vuestra palabra de honor?

—La empeño.

—Pues yo empeño la mia, de que aunque lo supiera no lo diria. Morillon, que habia contado con

el terror que le inspiraría al conde verse deshonrado exclamó fuera de sí:

—Miserable! Has reflexionado que puedo deshonrarte?

—Sí señor, acabais de proponermelo.

—Qué diré á todo el mundo que estás marcado, que...

—Señor republicano, dijo la Chaaigneraie con el mas soberano desprecio, sois un necio; eso no hay quien lo ignore, y el conde de Perbruck se gloria de ello.

—Se gloria, eh? replicó Morillon exasperado, pues si no me dices inmediatamente donde están las infernales salidas de este maldito castillo, le proporcionaré antes de dos minutos igual vanagloria.

—Tanto mejor, prosiguió la Chaaigneraie con el mismo tono, porque tengo frio, y como habreis de encender fuego, me calentaré.

—Barthe! Barthe! gritó Morillon con voz tremenda,

Este digno servidor de su amo apareció con una botella de vino en la mano, y detrás de él varios nacionales rodando dos ó tres toneles de vino.

--Deja eso, tunante, dijo Morillon arrancándole la botella de las manos; á ver si sirves de algo y haces hablar á esos señores.

--Já, já, no debe costarme mucho, porque son jovencitos, y tienen el pellejo suave y tierno como una niña.

En esto se levantó un clamor general. Habian abierto un tonel y cada cual se apresuraba á sacar con un vaso, un puchero, ó cualquier otro cacharro su contenido, aumentándose el tumulto con las repetidas libaciones.

--Vamos, despáchate, dijo Morillon á Barthe.

--Sí, sí, gritaron muchos á la vez, que prueben los hidalgos los suplicios que imponian en otro tiem-

po á los plebeyos.

—Ea! dijo Barthe con una alegría feroz, les haremos jugar á la *gallina ciega*. El baron de Bragviche, inventó este juego siendo comandante general de presidios.

Echáronse sobre los desgraciados jóvenes, y Barthe les ató las manos por las muñecas con la misma cuerda, pero dejando un trecho de diez y ocho pulgadas de uno á otro.

—Ahora, dijo Barthe, abridme esa ventana.

Apresuráronse á obedecerle, y él hizo sentar á la Chataigneraie en el suelo de espaldas á la ventana. Le obligó á levantar las manos, de modo que llegaban justamente al cerco, y pasaron á Cesario por la parte de afuera. Todo el peso de su cuerpo, colgaba de los puños de la Chataigneraie, y se los cortaba con el ángulo de madera que formaba esta, quedando él fluctuan-

do en el aire.

—Dejémosles así un rato, dijo Barthe, yendo hácia el tonel de vino, que ellos nos suplicarán que les escuchemos.

Volvió Beysser diciendo á Morillon, que no encontraba á nadie á pesar de que habia hecho las mas eficaces pesquisas. Mientras tanto los bebedores atacaban con decision al segundo tonel de vino.

La Chataigneraie lanzó un gemido sordo; Barthe, dijo sin moverse:

—Vamos bien, ya empiezan.

Beysser y Morillon registraban entretanto el suelo de la habitacion.

—Cesario, dijo Enrique en voz baja, están perdidos. Se ha abierto el paso de la bóveda. ¿Cómo será?

—Sí, dijo Perbruck, ya lo comprendo, porque siento una cosa movidiza, debajo del sitio donde ape-

yo la espalda.

Y diciendo esto hizo un esfuerzo violento para moverse. La Chaigneraie vió bajarse un poco la bóveda, y volver á levantarse en seguida. Los huesos de las muñecas le crugieron como si se hubieran roto, y no pudo menos de dejar escapar un grito de dolor.

—Qué tal, les dijo Barthe acciéndose, os conviene estar así?

El paso de la bóveda seguía abierto, y una mirada que dirigiesen los republicanos hácia arriba, perdía á los conjurados. Barthe volvió tranquilamente á beber, y Morillon y Beysser examinaban en el ínterin las paredes de una chimenea.

—Mudad de sitio, dijo la Chaigneraie en voz baja, luego que Barthe se retiró.

—No puedo, cortad la cuerda.

—Seria mataros...

—No importa, por lo menos ni

muerte será útil.

—No puedo, dijo la Chataigneraie, haciendo un esfuerzo para levantarse.

Lamberto volvía en esto de la bodega y viendo la abertura de la bóveda, creyó que los jóvenes lo habían descubierto.

—Ah cobardes! cobardes! exclamó sin poder contener su indignación.

La Chataigneraie había logrado ponerse en pie.

—Qué es eso? preguntó Morillon al oír la exclamación de Lamberto. Pero en el mismo instante un grito penetrante de «Viva el Rey» llamó su atención.

—Viva el Rey! respondió otra voz por la parte de afuera.

Y la Chataigneraie ayudó á Perbruck que le tiraba con el peso de su cuerpo, echándose hácia atrás, y desaparecieron ambos gritando *Viva el Rey*, pero no sin ir á estre-

llarse sobre las losas del patio. Entretanto la bóveda abandonada á su propio peso, se cerraba haciendo retumbar la sala con un estampido atronador.

—Ay! infelices, exclamó Lamberto comprendiendo al fin su sacrificio, y se cubrió el rostro con las manos.

Aquella desaparicion terrible y el estruendo que la acompañó, dejó á todos los circunstantes aterrados.

—Maldito castillo! dijo Morillon; ¿por qué lloras, vejete?

—Porque esos valientes jóvenes han preferido la muerte á... descubrir...

—El qué? preguntó Morillon que parecia querer adivinar con la vista las palabras de Lamberto.

—Nada, han preferido la muerte á hablar.

—Ya veis que mi medio ora eficaz, dijo Barthe; no habieran re-

sistido tres minutos mas.

—Calla bruto! gritó Morillon exasperado con el mal éxito de su crueldad. Ea, compañeros! añadió dirigiéndose á los nacionales. ¿No bebeis? ¿Os habeis asustado porque se han matado dos perros? A pesar de la reconvencion de Morillon, estos se separaron del tonel y cogieron sus fusiles esperando con espanto algun prodigio, pues no acertaban á esplicarse, el ruido y el temblor extraordinario, que habia acompañado la caída de aquellas dos víctimas.

—Id á buscar á Delbenne, porque con esa gente no havemos nada, y es preciso volver el castillo patas arriba, dijo Morillon á Beysser.

—Bien está; enseñame la salida de esta cueva de ladrones, dijo á Lamberto.

—Echad abajo todos los tabiques de esta sala, mientras yo voy á re-

gistrar las cuevas; vamos, Barthe, ven conmigo.

Beysser se fue con Lamberto, y Morillon con Barthe entró en la bodega; ya iban á retirarse sin esperanza de hablar á nadie, cuando oyeron voces al otro lado de la pared.

—Nuestros son, dijo Morillon; que acudan aquí todos, y silencio.

Llegó el destacamento, retiraron algunas barricas, y percibieron un ruido semejante al que podía hacerse para derribar la pared.

—Ayudémosles, dijo Morillon, porque deben estar ahogándose ahí dentro.

Con efecto, pusieron manos á la obra, y bien fuese que diesen por casualidad con algun resorte que abria una entrada en la muralla de ocho pies de ancho, ó bien porque

les ayudaseñ los del otro lado, no tardaron en encontrarse cara á cara con los enemigos.

—Viva la república! gritó Morillon tirando un pistoletazo al primero que se le presentó.

—Viva la república! respondió un hombre precipitándose en la bodega sable en mano, y dejando tendido en el suelo al primer nacional que le salió al encuentro. Hubo un instante de confusion y golpes, pero los gritos de «es Delbenne, es Morillon» apaciguaron el tumulto y cesó la refriega.

—De dónde venis, teniente? preguntó Morillon.

—Entré en la cueva de San Andrés, y á fuerza de dar vueltas di con una hendidura que habia en la roca, y acerté con un resorte que me abrió paso hasta aqui. Oí voces, creí haberlos pillado, y este pobrete, añadió mirando al nacional que yacia tendido en el suelo, ha paga-

do el pato.

—Y este otro tambien, dijo Morillon señalando al gendarme que habia matado, pero ya los cogemos. He enviado á Beysser á buscaros porque estos paisanos no sirven mas que para gritar, pero no importa, con eso se traerá á Dubain y su partida.

—Si le encuentra, pues creo que haya hecho lo mismo que Lamberto y Guyot, que querian venir aqui á calentarse un poco, porque decian que vosotros estariais atracando, mientras ellos se helaban en el lodo.

—¿Y quién guardará los alrededores? Corred á detenerlos... pero, no, iré yo mismo. Vamos, Delbenne.

Se dirigieron con rapidez hácia el patio, pero al llegar al vestíbulo se encontraron con los destacamentos que iban á detener.

—¡A sus puestos! gritó Morillon,

qué haceis aqui?

—Y vos qué habeis hecho? le gritaron desde las filas.

—A sus puestos! Obedezcan!

—Qué diablos! dijo un comandante de los que mandaban los destacamentos. Aqui bebe uno y se calienta, bebamos por turno, salid ahora afuera y nosotros nos quedaremos aqui.

La insubordinacion era evidente, Morillon sacó el sable y avanzó!

—Peloton! gritó, flanco derecho, á la derecha!

El batallon no se movió, pero el primer soldado de la primera fila quedó en el sitio, herido por Morillon.

—Batallon! volvió á gritar con una voz capaz de sobresalir entre diez mil, flanco derecho, á la derecha.

El batallon estaba indeciso, pero Morillon levantó el sable, el primer soldado obedeció, y todos le

siguieron.

Delbenne, voy á guarnecer las avenidas, continuad el registro, y si no los encontrais quemad la madriguera, y los cazaremos cuando salgan. Beysser, seguidme.

El feroz comisario á la cabeza de sus tropas avanzó hácia la puerta de la muralla que defendia el castillo. Estaba ya á pocos pasos, cuando sonó un ruido de cadenas y hierros, seguido de un golpe que hizo retumbar el suelo. Era el rastro que se habia levantado, dejandoles cortado el paso.

Imposible es describir el furor de Morillon, que se arrojó como un demente contra aquel obstáculo imprevisto, rompiendo el sable contra aquella mole de hierro y madera, que se le ponía delante.

—Fuego! prended fuego y caiga hecho cenizas este maldito castillo.

—Un grito de alegría respondió á estas órdenes frenéticas.

Morillon saltaba y se arrancaba los cabellos. De pronto se detuvo, y empezó á correr á lo largo del muro, diciendo:

—Acaso no hayan muerto los que cayeron.

De pronto tropieza en un bulto, y dice:

—Aquí están! luz!

Acuden con hachas encendidas, mira á lo alto y vé abierta la ventana por donde se habian tirado Perbruck y la Chataineraie, pero en vez de los cadáveres que buscaba, no encuentra mas que una estatua de piedra derribada. Fuera de sí la escupe y la escarnece como si le comprendiera, y grita al mismo tiempo:

—Fuego! fuego!

Añadiendo á la voz el ejemplo, él mismo se apresura á incendiar las maderas y cortinas de los aposentos. Todos le imitan y en breve el edificio es presa de las

llamas. Los vidrios se rompen, el humo envuelve los objetos, y torrentes de llamas brotan por todas partes.

Durante este tiempo los doscientos conjurados, obedeciendo á las órdenes de la Rouarie, se dispusieron á dejar el castillo. Al cabo de algunos minutos atravesaron un nuevo laberinto y con la mayor sorpresa salieron al campo donde estaban ensillados los caballos.

—Mirad, dijo la Rouarie, mostrándoos el incendio del castillo, como los republicanos alumbran nuestra retirada. Este es el principio de nuestro triunfo.

Todos echaron á andar, y estaban ya muy léjos del castillo, cuando los republicanos abandonaron aquellas ruinas. En cuanto á la Rouarie, no bien perdió la vista el último de sus cómplices, cuando cayó desmayado. Faltóle el entusiasmo que le habia sostenido hasta

entonces, y fue preciso atarle al caballo, para que pudiese á su vez buscar un asilo.

CAPITULO XXV.

Habian pasado algunos dias despues del incendio de la Rouarie, y Morillon en este tiempo habia avisado á las Autoridades de Rennes, de Vannes y de Laval, que existia una gran conspiracion, pero no presentaba pruebas. Danton habia salido del ministerio reemplazándole Lebrun; este era mas detenido en la eleccion de personas que su antecesor, y respondió con frialdad á

las impetuosas reclamaciones del comisario de la Convencion.

Lebrun pedia á Morillon pruebas y nombres , pero de las primeras no podia dar ninguna , y los segundos los guardaba para sí , pues no sabia mas que los que sorprendió cuando pasó por marqués de Venanceaux , y esto no era bastante para lo que habia prometido. No obstante, escribia Lebrun en el mes de Febrero como sigue:

« Estoy seguro de que estan todos comprometidos en la conjuracion. Dentro de algunos dias , mañana tal vez, estallará el volcan. Siento temblar la tierra que piso. Esta tranquilidad me espanta , porque es aparente. La prontitud con que se apagan los chispazos de rebelion que saltan en algunas partes , prueba que hay una organizacion poderosa , que hace entrar en la obediencia esas manifestaciones imprudentes. Si no veis la tem-

«pestad que se acerca, es señal de
«que estais ciegos.»

Lebrun no respondia á estas cartas, entouces Morillon se dirigia á Beurnonville pero sin mejor éxito.

La Convencion y sus ministros tenían que ocuparse de asuntos demasiado graves, para hacer caso de conspiraciones, de que no les suministraban pruebas.

Los Girondinos habian dejado condenar á Luis XVI per temor de que los acusaran de realistas, y la Montaña abrió un abismo entre lo pasado y lo presente, que no la permitia retroceder en la senda revolucionaria que habia emprendido. No era ya solo la Prusia la que amenazaba con la guerra, sino la Europa entera. La España que habia ofrecido su alianza en cambio de la vida del Rey, retiró su Embajador, y Pitt hasta entonces neutral, mandó á Mr. de Chauvelin

Embajador cerca de su gobierno, que saliera de Londres en término de cuarenta y ocho horas.

La indiferencia del ministerio francés exasperaba á Morillon, y hubiera abandonado su empresa si no hubiese cifrado su orgullo en la captura de la Rouarie. Aquel hombre que conspiraba incesantemente á su alrededor sin poder apoderarse de él llegó á ser para él un enemigo personal, y hubiera cedido el premio que esperaba por aquella prision, con tal de llevarle en triunfo tras sí.

Sin embargo, fatigado Cesario Beurnonville de sus exigencias, le ofreció siete mil hombres y seiscientos mil francos en asignados. Pero no pareciendo los hombres, ni el dinero, resolvió Morillon aprovecharse de los recursos del pais, y de los hombres con quienes se había unido por interés.

Como vemos dicho, despues del

incendio de la Rouarie , recorrió las principales ciudades de Bretaña , advirtiéndole á las autoridades el riesgo que corrían , y haciendo que nombraran general á Beysser , pues esperaba que le sirviese con mas calor y sumision que Delbenne.

Una vez tomadas todas sus precauciones para hacer frente á la sublevacion , Morillon volvió á sus intrigas para acabar de descubrir los gefes comprometidos en la asociacion.

No quiso descubrir al gobierno los nombres que conocia , porque este los hubiera preso , y el se proponia averiguar los que ignoraba , siguiendo á los primeros. La Guyomarais volvió pacíficamente á Rennes , y Barthe , disfrazado de mozo de cuerda , no se separaba de los alrededores de su casa. Pero Morillon no podia vivir sin Barthe , y al fastidio que le causaba esta separacion , debió una noticia insigni-

nificante al parecer, pero que le puso en camino de saber lo que deseaba con tanto ardor.

Una mañana que estaba Barthe tendido sobre un gran banco de piedra que habia á la puerta de la casa de La Guyomarais, vió entrar un aldeano y salir casi al instante. Todo lo que procedia del campo era sospechoso á Barthe.

Barthe siguió á aquel hombre, se acercó á hablarle, y le convidó á entrar en la taberna. No valia el vaso de vino que le costó, lo que supo del aldeano. Llamábase Perin, era jardinero del castillo de La Guyomarais, y venia á avisar á su amo que habia muerto el sotajardinero.

En esto Morillon, no encontrando á Barthe en su puesto, entró á buscarle á la taberna, y le halló sentado mano á mano con el aldeano.

—Qué haces ahí? le preguntó.

—Poca cosa, respondió Barthe con tono significativo, estaba helado á la puerta de la casa de La Guyomarais, cuando ví salir á este mozo, y pareciéndome que no estaba mas caliente que yo, le propuse que entrásemos aqui á echar un trago, y charlábamos dando fin á esta botella.

—Y de qué charlávais? preguntó Morillon sentándose á su vez y bebiendo.

Barthe le contó lo que le habia dicho Perin, y ya iba á levantarse, cuando Morillon le detuvo diciéndole:

—Creo que he bebido sin que me hayais convidado; por lo tanto ahora me toca á mí.

Barthe aceptó la invitacion muy gustoso, porque era aficionado á la bebida, y porque supuso que su amo se propondria sacar partido de aquel encuentro.

Con efecto, asi que empezaron

á desocupar la segunda botella, dijo Morillon:

—Ahora tendreis que hacer solo, el trabajo de dos.

—Asi es, y como estamos en la época de la sementera, no vendrian mal un par de brazos robustos, para ayudarle á uno en el trabajo.

—He ahí lo que es el mundo; hay plazas vacantes, y andan por ahí tantos pobretes sin trabajo, y por consiguiente sin pan. Por ejemplo, tu primo el de Nantes, añadió dirigiendose á Barthe, entraria por cualquier cosa en una buena casa como debe serlo la de M. la Guyomarais.

—Aunque quisiera entrar de valde, de poco le serviria, porque mi ama y yo queremos gente segura.

—Entonces, no os conviene ese mozo, porque aunque es bueno en el fondo, está vendido á los realistas: es un imbécil, que se dejaria

ahorcar por un noble , y estoy seguro de que ya le habrian cortado el pescuezo si no fuese tan bestia, porque ha coadyuvado á la fuga de dos ó tres emigrados.

No me mires con ese aire espantado , prosiguió , encarándose con Barthe ; bien notorio es que tu primo Guillermo Poiré , es agente de los aristócratas , como lo serias tú si te dejaran. Ea , bebamos y viva la república , y habiendo concluido la segunda botella , se volvió á Perin y les dijo sacudiéndole la mano.

—Hasta la vista , buen hombre; y tú, perro realista , ya estás avisado , y cuida de que no tenga que repetir lo que acabo de decirte.

—Bien está , respondió Barthe con mal humor , y entrando á representar de lleno el papel que le habia trazado Morillon.

Asi que éste se fue , empezó á maldecirle , y á lamentarse de la

mala suerte de su primo Guillerino Poiré.

—¿Quién es ese Poiré? preguntó el aldeano.

—Mi primo, dijo Barthe; era jardinero de un rico hacendado de Housinieres. Una noche dió asilo en la quinta á unos nobles á quienes venian persiguiendo unos gendarmes. Es cierto que los salvó, pero eso no era motivo para despedirlo y denunciarlo. Felizmente no pudieron probarle nada y le soltaron, pero se quedó en la calle.

—¡Pobrecillo! dijo Perin que empezaba á escuchar aquella historia con interés.

—Ya os hubiera hablado por él si no estuviese tan léjos, porque sería una caridad, pero no podreis esperar.....

—¿Y no tiene sus defectillos?

—¡Ah, en cuanto á eso, tiene razon ese ciudadano, dejaria que le hicieran salpicon, antes que gritar

viva la república.

— Si pudieseis llevarle á La Guyomarais, tal vez podríamos arreglarnos.

Citáronse, y Barthe fue á anunciar á Morillon el buen éxito de su astucia.

— Bueno, bueno, dijo Morillon; necesito tenerte á mi lado, y queria al mismo tiempo tener un agente seguro, en casa de La Guyomarais. Vamos á Nantes á buscar al honrado jardinero, que destino al caballero de La Guyomarais.

Partieron inmediatamente para Nantes, y así que llegaron se fueron al castillo: Morillon se dió á conocer, y llegó hasta la habitacion del comandante, pero no le encontró. Buscáronle por todas partes y nadie daba razon de él, hasta que un llavero atemorizado con las amenazas de Morillon le dijo que debia estar hácia los departamentos de las mugeres. Morillon hizo que le

entregaran las llaves, y se dirigió con su digno compañero á la parte del edificio que le designaron. Atravesaron una porcion de dormitorios ocupados por las presas, y llegaron á una torre, donde les dijeron que Poiré iba todos los dias.

Continuaron su marcha, y llegaron al pie de una escalerilla de caracol. Una puerta cerrada con llave les detuvo, pero Barthe encontró al momento en el manejo la que correspondia á la cerradura, y con la maestria que habia adquirido cuando fue ladrón, abrió sin meter ruido y se introdujeron hasta una piezecita, desde oyeron voces. Guillermo decia:

—Ya te lo he dicho, Rosa, es preciso te decidas hoy mismo, ó denunció mañana á tu padre al tribunal revolucionario, y tú serás quien le envíe á la guillotina.

—Si mi padre fuese noble, contestó Rosa, podrian asustarme vues-

tras amenazas, pues eso solo bastaba para que le condenaran, pero Luis Robertin, es tan buen patriota como Guillermo Poiré.

—Un buen patriota, repuso Poiré, pero un agiotista.

—Mentís, mi padre os prestaba el dinero, y vos comprábais los granos para reducir el pueblo á la miseria. Vos sois el traidor.

—Hola! hola! ¿quién te ha metido eso en la cabeza, pobre loca?

—Es verdad, lo sé, y lo diré en el tribunal; y si condenais á mi padre, os condenarán tambien.

—No sabes lo que dices, Rosa. Tú no comparecerás ante el tribunal que condenará á tu padre, y entonces.....

—Entonces os oborreceré como á un verdugo, eso será lo que consigais.

—No quieres á tu padre, desgraciada?

—Quiero á mi padre, é iré á la

guillotina por él, si quereis enviarme. Prefiero salvarle la vida así, á salvársela casándome con un monstruo.

—Con que sigues amando al parisiense? Ah! Como yo le coja, has de suplicarme que le salve, pero será en vano.

—Sí, lo quiero porque es jóven, bueno y valiente; pero os juro por mi suerte, que al precio que me señalais no le salvaria.

—Tú no consideras que estás en mi poder, y que si yo quisiera.....

—No os temo.

Exasperado Guillermo, se echó sobre la jóven, pero ella le rechazó con tal furor, que le dejó caer de espaldas, y fue á dar contra la puerta que se cerró de golpe.

—Ya sabemos bastante, dijo Morillon á Barte, y podemos proceder oficialmente.

Al retirarse Morillon, mandó á las presas que los vieron que no dijeran al comandante que habian pasado por alli, y previno á un carcelero que avisara á Guillermo de la llegada de Morillon.

No tardó en presentarse Poiré, pero sombrío, descontento, y sin responder apenas á los irónicos saludos de Morillon.

—De qué se trata? preguntó al comisario de la Convencion, ¿de dejar que se escapen algunos presos mas del castillo?

—Puede ser, dijo Morillon.

—En ese caso, prosiguió Guillermo, inútil es que hablemos, porque no dejaré escapar ninguno aunque viniera una orden del Ayuntamiento.

—Hola, hola! En la constituyente se decia que habia gentes mas realistas que el Rey; ¿seriais por ventura mas revolucionario que la revolucion?

—Pienso como Marat y Robespierre, que los moderados son unos traidores.

—Puede ser que tengais razon, pero ahora no se trata de eso; vengo á deciros que os he buscado una buena colocacion, que os conviene mas que la plaza que teneis en el dia.

—No la quiero.

—Me parece que la aceptareis cuando os diga las razones que tengo para proponérosla. Primeramente el cargo que desempeñais es de mucha responsabilidad, dejásteis que se escaparan un tal Saturnino Fichet, un tal Gerónimo Robertin.

—Os burlais de mi? No me mandásteis que los dejara escapar?

—Enseñadme la órden.

—¿Os atreveriais á negar que fue quien.....

—Me atrevo á deciros que sois

un tonto y un insolente, dijo Morillon dándole con el sombrero un bofetón. Si me conviene negar que os he dado esa orden, os hago ahorcar por traidor.

— Pero sería una infamia!

— Como soltásteis también á un tal Silvestre Landais, porque era pretendiente de la señorita Rosa Robertin, no tengo necesidad de mentar á los otros para haceros los cargos que juzguen oportuno.

— No es culpa mia si se escapó.

— O no supísteis cumplir con vuestro deber ó abusásteis de vuestra posicion; esto basta para que comprendais que no os conviene continuar siendo comandante de este castillo.

Guillermo comprendió que estaba á merced de aquel hombre, y así repuso entre dientes:

— Y qué plaza es la que me ofreceis?

—Una plaza excelente y á propósito para vos; sota-jardinero de un caballero.

Todo el orgullo del republicano se rebeló contra aquella proposición, y exclamó indignado:

—Jardinero! yo!

—Me parece que el jardinero del verdugo debe darse por contento de ser sota-jardinero de un noble.

—Jamás! dijo Guillermo.

—No os hagais el vanidoso conmigo, porque os conozco perfectamente, y sé que despues de haber monopolizado los granos con Luis Robertin, le denunciásteis para aprovecharos solo del ágio: que despues aprovechándoos de la desgracia del padre, amenazais á la hija con quitarle la vida, sino consiente en ser vuestra esposa. En fin, estoy tan enterado de todos vuestros antecedentes, que creo que sin que yo os obligue, acepta-

reis gustoso la colocacion que os ofrezco.

—¿Y á quien voy á servir? preguntó conociendo que no le quedaba mas recurso que obedecer.

—Al caballero de La Guyomarsais.

—¿Donde reside?

—En las cercanías de Rennes.

—¿Qué hay que hacer.

—Mucho; ver y escuchar.

—¿Qué salario?

—El jardinero mayor os lo dirá; y si quedamos contentos con la cosecha, os daré diez mil libras para beber.

—¿Es una plaza de confianza? preguntó Guillermo brillándole los ojos como dos carbunelos.

—Y de desconfianza. Tendremos la vista fija en vos y á la menor falta del jardinero, responderá el comandante del castillo de Nantes.

Despues de haberle dado sus instrucciones , añadió:

—Tengo que participaros una buena noticia ; vuestro rival Saturnino Fichet , no os molestará mas.

—¿ Paes qué , emigró , como pensaba ?

—Si , pero fue para el otro mundo.

—¿ Ha muerto ?

—Yo le he visto caer del caballo. Id á desempeñar vuestra comision, y á vuestro regreso si habeis cumplido bien , ya domaremos el brio de esa chicuela , que tiene la tonteria de no quereros.

Guillermo Poiré partió para Rennes con el cómplice de Morillon , y este se separó de ellos recomendándoles que apresuraran su viage , pues debian verse á la noche siguiente en Rennes.

—¿ Por qué no venis con nosotros ? dijo Barthe. Morillon le contestó esta frase histórica:

«Annibal va á descansar en las

delicias de Cápua, pero no se des-
mirá.»

Ya verán nuestros lectores lo
que significaba esta alusion poé-
tica.

D
nan
á M
crib
par
to d
segu
la r
ceja
her

CAPITULO XXVI.

Dejemos á Barthe y Poiré caminando para Rennes, y volvamos á Morillon á quien encontramos escribiendo al procurador del comun, para manifestarle que habia dispuesto de la comandancia del castillo, segun lo exigia el mejor servicio de la república, y pidiendo á los concejales el nombramiento de Luis Robertin, preso por una acusacion.

falsa, y garantizándole él con su cabeza. No tardó en volver el espreso que mandó al ayuntamiento, con la orden firmada, habiendo empleado este tiempo Morillon en afeitarse, rizarse el pelo, y adornar su persona del modo mas á propósito para agradar.

Dirigióse con el nombramiento al encierro de Rosa, precediéndole un carcelero, encargado de anunciarle bajo el título de comisario extraordinario de la Convencion.

Al entrar vió á la pobre jóven arrodillada en un rincon de su estrecha celda, y echa un mar de lágrimas.

Mandó al carcelero que se retirase, y la dirigió una mirada codiciosa.

— Me han dicho, hija mia, que habeis padecido mucho, la dijo.

Figurándose Rosa que Poiré iba á cumplir sus amenazas, y que no contento con denunciar á su padre

al tribunal revolucionario como traidor, trataba de encañarse con ella, se sorprendió al oír el tono afectuoso con que le hablaba un hombre que creyó que venia á juzgarla.

—Qué es lo que ha pasado? Por qué llorais así, hija mia?

Rosa examinaba á Morillon. Su dulzura no la inspiraba gran confianza; no obstante con el fin de asegurarse de las intenciones del protector inesperado que el cielo la deparaba, le contó lo que la habia pasado con Poiré.

—Ya me lo habian contado, dijo Morillon, llamando á Rosa junto á sí, pero deseaba oírlo de esa linda boca.

Morillon era buen mozo y sabia dar á su fisonomia una espresion hipócrita, que podia pasar por bondad; sin embargo Rosa no se dejó alucinar aunque se acercó á él.

—Vuestro padre es inocente,

no es verdad ? preguntó Morillon.

— Sí, lo juro.

— ¿Y vos seriais agradecida con el hombre que no solo os diese la libertad, sino que os pusiese al abrigo de toda persecucion?

— Ah, sí! muy agradecida, respondió Rosa que empezaba á conseguir alguna esperanza.

— Y querriais al hombre que os sacase de esta prision?

— Sí, le querria.

— Pues bien, hija mia, estais libre, y vuestro padre tambien.

— Ah! caballero..... caballero, exclamó Rosa arrodillándose y juntando las manos, sois un santo.

— No tanto, dijo Morillon sonriéndose, pero quiero ser bueno con vos: vuestro padre está libre... y aqui tiene el nombramiento de comandante del castillo de Nantes.

— Mi padre!.... repuso Rosa asombrada.

— Sí, hija mia.

—Pero, si está enfermo, baldado, é incapaz de desempeñar semejante destino.

—No importa, vos le ayudareis y hareis sus veces.

—Yo?

—Sí, ¿Reusariais por ventura?

—Si no hay otro medio de salvarle...

—No le hay.

—Pues bien, acepto, dijo Rosa, que por las miradas de Morillon comprendió que trataba de llegar al mismo fin que Poiré aunque por distintos medios.

—No me dais algo, querida?

—Chis! se oye todo lo que se dice aqui, desde el encierro de abajo... Además, añadió con una monada que probaba gran fortaleza de alma, esas ideas en una cárcel ..

—Vos podeis convertirla en un paraíso.

—Y si me engañais..... Yo no estoy libre..... y el nombramiento de mi padre, está aun en vuestro poder.....

—Pero firmado ya por el ayuntamiento...

—El que lo ha hecho, puede deshacerlo...

—Parece que os gusta asegurarnos, hija mia.

—Caramba! Es cosa que vale la pena.

—Qué garantías quereis?

—Primero, ver á mi padre.

—Bien está, seguidme.

—Segundo, entregarle su nombramiento... Tercero verle en posesion de su destino.

—No tardareis en verlo. ¿Y luego?....

—Luego... dijo Rosa bajando los ojos, no sé... vos me direis lo que...

—Se os dirá todo, querida mia, dijo Morillon robándola un beso,

que hizo estremecer á la pobre jó-
ven.

Salieron del encierro de Rosa,
y atravesaron las celdas de las de-
mas presas, murmurando estas del
continente triunfante de Morillon,
quien decia para sí.

—Es menester ser un ganapan
como Poiré para no haber consegui-
do nada. Verdad es, que ademas
de lo torpe y lo bruto, es muy
feo, mientras que yo...

Y esta vuelta al exámen de su
persona le iuspiraba la idea de
que habia hecho demasiado, conce-
diendo la libertad y un destino tan
importante al padre: pero el repu-
blicano queria portarse como un
príncipe.

Luego que llegaron á la habita-
cion del comandante, llamó Morillon
al primer carcelero, y le mandó
que condujera allí á Luis Rober-
tin.

Al principio de nuestra narra-

cion, ya han visto nuestros lectores que Luis Robertin era un hombre enfermo, cuyos males se habian agravado con la intemperancia. Encerrado en una cárcel buscó el olvido de su desgracia en el esceso de la bebida. Entró sostenido por dos llaveros, y su hija le hizo sentarse, sin que diera muestras de conocerla.

—Ya me lo figuraba! dijo Rosa á Morillon en voz baja.

Ya veis que no podeis dar á mi padre el destino que deseábais: si quereis favorecerenos, lo mejor será que nos dejeis salir de esta prision.

—Corriente, hija mia, pero no os dejaré salir sin concederme alguna prenda de gratitud.

—Un hombre como vos no necesita hablar de esto, dijo Rosa temblando, ademas ya veis que mi padre está presente. Y luego estamos en una cárcel...

—De que podeis ser comandante.

—No digais eso, porque os rendria prisionero.

—Ah! Pardiez! dijo Morillon abrazándola. Qué muchacha tan divina, y qué talento tiene! Cómo pretenderia ese rústico de Poiré que le quisiera? Asi que no le necesite, te le mando preso, pues no sé que hacer de esta comandancia y es preciso que la ocupe Robertin. Está siempre así?

—Por la noche solamente.

—Tiene ratos buenos?

—De doce horas, diez.

—Pues sobran nueve para ser buen funcionario público, y ademas, tú estás ahí.

—Sí, pero los carceleros no me obedecerán sino se les ordena, replicó Rosa dejándose coger por la cintura.

—Me querrás si hago todo lo que tu quieras?

—Aguardad, las cosas han de venir poco á poco.

Rosa salió acompañada de Morrillon. En la pieza inmediata estaban los carceleros esperando las órdenes del comisario de la convencion. Este tomó una actitud teatral y dijo:

—Ciudadanos, el ayuntamiento de Nantes nos ha libertado de un traidor. El infame Guillermo Poiré abusaba de su autoridad para satisfacer sus pasiones criminales, pero ha llegado el dia de la justicia. El ayuntamiento ha querido que esta sea notable, y con este objeto ha elegido la víctima para que reemplaze á su perseguido. El valiente y desgraciado ciudadano Luis Robertin, víctima de las calumnias de Guillermo Poiré, va á reemplazar á este miserable.

Los carceleros y llaveros á quien se dirigia esta alocucion al estilo de 93 se miraron primero asombra-

dos; pero reflexionando luego todo lo que ganaban con tener un gefe ebrio é imbécil por añadidura, gritaron:

—Viva el ciudadano Robertin!

—Si por falta de salud no puede transmitiros sus órdenes personalmente, lo hará por medio de su hija, en quien he delegado una gran parte de su autoridad.

—Viva Rosa Robertin! gritó de nuevo la manada carcelera.

—Rosa dió las gracias, sonriéndose.

—Ya sabeis cuales son mis órdenes, y podeis retiraros.

Todos se marcharon saludando respetuosamente, y luego que se quedaron solos, dijo Morillon.

—Estás contenta?

—Sí, respondió Rosa, cuyo corazón palpitaba con violencia.

—Y me quieres un poco?

—Quién no ha de quererlos?

Morillon quiso tomarse algunas

libertades.

—Vamos, le dijo Rosa, no queréis que visitemos mi nueva habitación?

—Para qué?

—Vamos, vamos, replicó Rosa que se defendía bastante mal para que Morillon se considerase ya victorioso.

Y escapándose de entre sus manos se metió en un cuarto oscuro, alumbrado con una luz aunque era el medio día, pero perfectamente alhajado.

—Qué es esto? exclamó Morillon asombrado.

—Aquí me trajo Guillermo Poiré una vez... dijo Rosa turbada, mientras que Morillon examinaba aquel gabinete como un conquistador. Pero la muerte mil veces antes que comprar mi libertad á costa de mi honor.

Y sin dar á Morillon tiempo para que se lo impidiese salió corrien-

do y le dejó encerrado en aquel precioso gabinete. El ruido de la cerradura le hizo conocer que sus esfuerzos serian vanos y se puso á rugir como una fiera.

Rosa cerró cuatro ó cinco puertas mas , y se fue inmediatamente al cuarto donde se habia quedado su padre.

—Vamos , vamos , le dijo , y el viejo acostumbrado á obedecer á la voz de su hija hacia muchos años, la siguió tambaleándose.

—Dónde vamos ? la preguntó.

Rosa titubeó , pero conociendo que para aquella naturaleza degradada no habia mas que una palabra mágica , le dijo:

—En casa de Maturino Fichet, que tiene un vino escelente , ya os acordareis.

Poco despues llegaban al gran patio del castillo el padre y la hija: los carceleros hablaban del nuevo nombramiento.

Rosa se adelantó y les dijo con resolución:

—Mi padre ha recibido orden del ayuntamiento para que se traslade allí á prestar juramento. No volveremos hasta el anochecer.—Y el comisario de la Convencion? preguntó uno de los carceleros.

—Se ha acostado, porque hace tres dias que anda á caballo..... No lo despertéis, porque está rendido, y nos lo ha recomendado mucho.

Aquella heróica jóven salió del castillo con su padre, y al pasar junto á la muralla del castillo tiró las llaves de todas las puertas que encerraban á Morillon en el gabinete donde creyó que iba á consumir su victoria.

Al anochecer del mismo dia, colocaba á su padre en una carreta y salian ambos de Nantes.

Hemos referido este incidente de la vida de Morillon, que consta en

los documentos de la época, y lo hemos referido porque aunque á primera vista parece un cuento burlesco, tuvo grande influencia en los sucesos que conmovieron la Bretaña.

CAPITULO XXVII

CAPITULO XXVII.

Al dia siguiente llegaron Barthe y Poiré á Rennes, mientras que Morillon seguia todavia bufando en su encierro. Despojóse el ex-comandante de su uniforme, trocándole por un traje de aldeano, y supo por Barthe que La Guyomarais era cómplice de la Rouarie, y que esperaban por su medio descubrir la conspiracion.

Ya comprenderás, le dijo, que te tienen por realista furibundo; representa bien tu papel, gana la confianza del jardinero y luego la del amo, y no te pesará, si nos ayudas á descubrir las huellas de ese pícaro marqués, el haber descendido de comaudante á jardinero.

Los dos espías se encaminaron inmediatamente hacia el castillo de La Guyomarais, donde llegaron al anochecer.

El castillo estaba situado al término de una calle de olmos que dividia las tierras labradas. Rodeaba al edificio un jardín cercado de setos vivos, y la casucha que habitaba Perin, construida á la entrada de la cerca, se perdía en la sombra de los árboles seculares de la avenida.

Perin recibió á los espías como un hombre que los esperaba, siendo fácil de adivinar por su afa-

bilidad, que habian ganado su confianza.

Despues de hacerles que se sentaran, Perin preguntó á Poiré donde habia servido. No le faltaron á este nombres que citar, pues no hacia tanto tiempo que habia dejado el oficio para no acordarse de las casas mas famosas entre las de su clase. Pasó despues á examinar sus conocimientos en la ciencia de la horticultura, y vió con satisfaccion que era muy entendido.

Pronto se ajustaron, pues Guillermo no se mostró exigente en cuanto al salario, y Barthe volvió á Rennes donde se habia citado con Morillon. Antes de separarse convinieron en que si observaba alguna cosa avisaria á Morillon, por medio de un gendarme de la brigada que estaba á una legua de La Guyomarais.

Aquella misma noche quedó instalado Guillermo en una boardi-

lla que habia sobre el piso que ocupaba Perin.

Deseoso Poiré de ver terminarse la especie de penitencia á que le habian sujetado, se puso en acecho á una ventanilla que dominaba el jardin y que daba enfrente del castillo. Estaba este cerrado enteramente, y no se advertia la menor señal de movimiento.

Al cabo de una hora de vigilancia, y suponiendo que le habian confiado una mision inútil, se disponia á acostarse cuando oyó el galope de un caballo. Detúvose este á la puerta, y una persona que se dirigia al jardinero habló en estos términos:

—Cómo está Mr. Gosselin?

—Todo el dia con calectura, señor doctor, segun ha dicho mi mujer que ayuda á cuidarle.

—Bien está, voy á verle. Decidme, ha venido alguien á verle hoy?

— Los de siempre.

— Malo, la conversacion le reanima y luego se empeora.

— Cuando no viene nadie, es peor, porque está mucho mas agitado. Hoy mismo porque Mr. de Fontevieux vino mas tarde que de costumbre, queria montar á caballo y salir. Ni su muger podia tranquilizarle.

— El desgraciado va á acabar consigo, dijo el médico suspirando, y echó á andar al castillo.

Aunque la casilla del jardinero daba enfrente de la puerta principal del castillo, Guillermo no vió entrar al facultativo, quien sin duda dió vuelta al edificio y entró por alguna puerta escusada.

Guillermo no se movió de su puesto.

Dos horas despues salia el médico con una señora. La conversacion era muy animada, pero Guillermo no podia oirla á causa de la

distancia que mediaba desde su escondite: sin embargo, fueron acercándose acompañándole ella hasta el chiribitil del jardinero.

—Mañana á la noche volveré, la dijo, y no me separaré mas del enfermo.

—Mucho agradezco vuestra atención, M. de Taburel, y no necesito decirlos cuan reconocida os estoy.

—Me hubiera quedado esta noche, si no hubiera tenido que dar un pretesto para justificar mi ausencia de Rennes. Además tengo que ir á Premontreé á ver al desgraciado conde de Perbruck.

—Cómo está?

—No hay esperanza, será la última visita que le haga.

—Sabe el padre el estado de su hijo?

—He enviado dos emisarios á buscarle, pero no le han encontrado.

La dama no contestó, y Taburel prosiguió:

—Hasta mañana, y no volveré á separarme de nuestro enfermo.

—Tan malo le encontráis?

—Si tuviese la paciencia que quiere que tengan los demás, pronto se curaría, pero su imaginación le mata.

Mr. Taburel llamó en seguida á Perin y montó á caballo; la señora se volvió con lentitud hacia el castillo. En la primera noche de su espionaje, pescó Guillermo tres nombres igualmente desconocido para él. Gosselin, Fontevieux y Taburel, pero habian hablado de Perbruck, y este indicio era suficiente para conocer que la pista que seguia le sacaria á buen fin.

Al dia siguiente se puso á trabajar con arreglo á las instrucciones de Perin, y estando cabando un cuadro, empezó á cantar á gritos pelado.

Vino Perin corriendo, y le dijo:

—Se me habia olvidado decirte que hay un enfermo en la casa, y que no es cosa de que le rompas la cabeza con tus canciones.

—¡ Ah! exclamó Poiré, continuando su trabajo con aire indiferente, ¿ es alguno de nuestros amos ?

—No, es un amigo del señor de La Guyomarais.

—Pues hace mal en venir á curarse al campo, porque en la ciudad le cuidarían mejor, y tendria buenos médicos.

—Creo que es un pobrete que le han recogido por caridad. Aquí viene mi muger y nos dirá como sigue. Dí, Maria, ¿ cómo está el enfermo ?

—Muy mal, toda la noche la ha pasado con un delirio como si estuviera loco. Me parece que no durará mucho.

—¿ Es este, añadió, mirando á Poiré, el mozo que has recibido ?

Bien podias haber buscado otro ma-
jóven.

—Así me conviene, replicó el
marido con tono irritado y celo-
so...

La jardinera era bonita. Ella se
entró en su casa, y Perin se fue a
su trabajo.

Todo esto se habia dicho con
tanta naturalidad, que Poiré supuso
que no habria misterio en la estan-
cia de aquel enfermo en el castillo,
ó que por lo menos los jardineros
ignorarían que le hubiese.

Pasó la mayor parte del dia
sin que notase nada de particular.
A las cuatro de la tarde vió llegar
á un jóven, y se figuró que seria
el que habian llamado Fontevieux.

Poco despues salió otra vez de
la casa y se fué derecho donde
trabajaba Poiré.

—Eh tio Perin!

—No soy el señor Perin, dijo
Poiré levantándose.

—Pues quién sois? preguntó el jóven atónito al ver una cara desconocida.

Guillermo le dijo que era sota-jardinero y que habia entrado en la casa la víspera.

—Id á decir á la tia Perin que venga, que necesito hablarla, dijo el jóven sin hacer observacion alguna.

Sin duda desagradó el recado á la jardinera, porque contestó con mal humor:

—Eso es, ahora tendré que ir á cuidar al enfermo para que la señora se vaya á hablar con M. de Fontevieux.

Al momento se dirigió al casti-
llo y Poiré la siguió, pero no se cumplió la prediccion de la aldeana, pues Fontevieux no se separó de la gran calle de árboles que estaba enfrente de la avenida.

Cada vez que llegaba á la cerca, se paraba, consultaba el reloj

como persona que espera impaciente.

Guillermo observaba esta pantomima que duró hasta que aparecieron una porcion de hombres á caballo.

El primero que se presentó fue el marqués de Perbruck, á quien conoció Poiré por haberle visto en casa de Maturino Fichet; seguiale un caballero anciano, desconocido para él, que era Mr. de Paradeze. Fontevieux los introdujo en la casa. Los otros eran Tienteniac, Tuffin, y Champagnoles.

Esta reunion tenia todos los visos de ser una junta de conjurados, dándole la presencia de Perbruck un carácter político tan marcado, que Poiré vió brillar á traves de las nubes del porvenir, las diez mil libras que Morillon le habia ofrecido.

Llegó la noche y Poiré tuvo que retirarse con Perin, desesperado al

ver que no podría saber el objeto de aquella reunion. Trató de sonreír al jardinero mientras cenaban, y así le dijo con el tono mas simple que pudo:

—Me parece que no le vendrán muy bien tantas visitas al enfermo.

El jardinero que estaba siempre de mal humor contestó:

—En el estado en que se encuentra lo mismo dá. Creo que quiere hacer testamento, y por eso ha venido un escribano y los testigos.

—Es rico?

—Yo creia que no, pero parece que tiene algo.

—De dónde es?

—No lo sabemos ni nos importa saberlo, replicó la muger con tanta naturalidad, que Poiré quedó convencido de que no sabia nada.

—Vamos, dijo ella poco despues, ya es hora de acostarse.

—Sí, acostaos, repuso Perin, pero yo tengo que aguardar al doctor que no ha venido todavía.

—Si quereis, dijo Guillermo, yo le esperaré que no tengo sueño.

—No sabes donde están las cuerdas.

—Sí, las he visto detrás del edificio, en un rincón de la cerca.

—Calla! ¿Sabeis ya?... dijo la mujer.

Guillermo temió haber avanzado demasiado, pero Perin contestó al momento sin manifestar desconfianza.

—No importa, el doctor está acostumbrado á que yo le espere; sube á tu cuarto y cumplamos cada cual con la obligacion que nos han impuesto.

Guillermo obedeció, y así que subió á su cuarto empezó á pasearse de un lado á otro por su estrecho cuarto, hasta que la jardinera le gritó:

— Eh ? ¿ no piensas dejarme dormir ?

Guillermo se paró , y poco despues por el silencio que reynaba en el piso bajo , conoció que dormia la jardinera.

— En esto oyó el trote de un caballo ; era el del facultativo , quien sin informarse del estado del enfermo pasó adelante.

— Puedes acostarte , le dijo , porque esta noche me quedo aquí.

— Ya me lo habia dicho la señora de Gosselin.

Taburel pasó la cerca y atravesó el jardin con rapidez.

En el ínterin volvió Perin de la cuadra y se acostó.

Entonces se decidió nuestro es-
pía á dar un gran golpe.

Salió de su granero , y fue dando vueltas á la cerca por un sendero que lindaba con ella , hasta que llegó á una puertecita baja que daba á una alqueria deshabitada.

Esta comunicaba con la cuadra, la cual tenia una puerta que salia a un patio cercado de ramas cruzadas.

No tardó Guillermo en introducirse en el jardin, y en llegar á la puerta del castillo.

A pesar de lo grueso de las maderas interiores y exteriores, Poin advirtió que hablaban con ruidosos ademanes, en una de las salas bajas del castillo, pero no pudo comprender lo que se decia. Después de haber escuchado un rato, se decidió á entrar. Con este objeto dirigió hácia la puertecilla, por donde habia visto penetrar á los huéspedes; pero en vano procuró abrirla. Desesperado iba á retirarse cuando oyó abrir la llave y descerrar los cerrojos. Figurándose que iba á ver salir á los conjurados, dió un paso atras, y se ocultó detrás de unos arbustos. ¿Cuál sera su sorpresa al encontrarse con un

especie de fantasma que cerró lentamente la puerta y se encaminó con silencio hácia el patio. Guillermo echó á andar detras de ella. La singular aparicion entró en la cuadra, y á pesar de la oscuridad, desató un caballo, le hizo salir, y luego con una voz que debia serle muy particular, le dijo:

—Vamos, Cesar, disponte, que vamos á continuar nuestra peregrinacion.

Dicho esto, le énsilló, montó en él, y exclamó lleno de satisfaccion:

—Acudid, leales bretones. ¡Muestra la república! Viva el Rey!

De esta suerte atravesó el jardin. Al punto un tumulto extraordinario se levantó en el castillo, en medio del cual sobresalia una voz de muger gritando:

—Armando, Armando! Dónde estás?

—Ya están ahí, respondió el fan-

tasma prorumpiendo en un agudo grito.

Y se abalanzó al castillo en el momento en que salían cinco ó seis personas, entre las cuales iba una mujer.

— Ahí está, ahí está; gritaron todos á un tiempo, adelantándose hacia el ginete, quien atravesó por medio de los que salían para detenerle.

— Cogedle, cogedle, repetía la mujer, en quien Poiré reconoció á la que la noche anterior había estado hablando con el doctor. Pero el caballo desbocado, y escitado por los gritos de los que le perseguían, recorría el jardín, con el ginete de sudario blanco. En fin, Fontevieux quiso detenerle, pero el fantasma le asestó un palo en la cabeza, que le derribó sin sentido. Entonces la señora entró en el castillo, y volvió al instante con un par de pistolas. Fue á colocarse en una de las

avenidas por donde debia pasar el caballo, y cuando estuvo á pocos pasos, le disparó á boca de jarro, cayendo muerto á sus pies.

—Infame! dijo el jinete, levantándose y volviéndose contra ella.

—Detente, Armando, le dijo Teresa, á quien nuestros lectores habrán ya reconocido, detente, el Rey duerme.

Al oír estas palabras el demente, dejó caer la estaca que llevaba, y permaneció inmóvil. Los que caudaban esparcidos por el jardin, llegaron junto á él, y Poiré oyó la voz de Perbruck, que decía á uno que iba con él:

—Está loco, y no podemos fiarnos de un gefe semejante.

—Pero, á quién hemos de poner en su lugar?

—No faltará quien le reemplace, contestó Perbruck, con presunción.

—No digo que no, replicó el baron de Paradeze, pero si nos falta la Rouarie, estamos perdidos.

Guillermo se estremeció de alegría al oír aquel nombre, y un relámpago con reflejos de oro le quitó la vista. Aquel nombre representaba diez mil francos.

—Que deciais de Mr. Gosselin? dijo Teresa acercándose á ellos, y recalcando el nombre de Gosselin.

—Inútil es que usemos de ese nombre supuesto, cuando todos le conocemos.

—Pero las paredes oyen y los árboles tambien, en casa del jardinero están levantados.

El médico ayudado de Fontevieux, metió á la Rouarie en el castillo, siguiéndoles Teresa, y los demas asociados.

Inmediatamente volvió Guillermo á desandar lo andado y á me-

terse en su granero. Apenas habia subido, oyó salir á Perin de su cuarto y subir á buscarle.

— ¡Eh! le preguntó. ¿duermes?

— ¡Ya! si ha habido un ruido en la casa como si hubiera una legion de demonios, y no me he atrevido á moverme.

— ¿Pues qué, no te has acostado, que estás vestido?

— Es que me he levantado y me marche, porque no quiero permanecer un minuto mas, en una casa donde vienen á pasearse las almas de los difuntos.

— Espera á que sea de dia, repuso al jardinero santiguándose, y mientras baja á acompañar á mi muger que se muere de miedo, y yo tambien... ¡Lleve el diablo á ese Mr. de Gosselin!

Bajaron con efecto al cuarto del jardinero, y encontraron á la muger arrodillada, y rezando.

Reanimaron el fuego y se sentaron al lado del hogar, donde pasaron la noche haciendo comentarios sobre lo ocurrido.

— Pienso, dijo el jardinero, que debería avisar al amo lo que ha pasado.

— Debeis hacerlo, dijo Poiré que anhelaba tener un pretexto para marcharse, y si quereis escribirle, yo le llevaré la esquila.

— No te metas en nada, dijo la muger. Cuando el amo trajo aquí á ese Mr. Gosselin, nos dijo: «No os metais en nada aunque veais lo que veais.» Ya sabes que al amo le gusta que le obedezcan, y lo mejor que podemos hacer es estarnos quietos.

— Será lo mejor para vosotros, repuso Poiré, pero para mí no. Buenas noches, y se levantó para salir.

— Espera á que te pague tu jornal siquiera.

— No lo quiero.

— Pero no puedes irte así, dijo Perin deteniéndole.

— Dejadle que se vaya, dijo la jardinera á su marido, puede ser que nos hubiese despedido el amo por haberle recibido sin presentarsele.

Poiré se alejó saltando de alegría, pues si el premio de los diez mil francos le balagaba, no era menor para él la satisfacción de enviar al patíbulo al marqués de la Rouarie. Dirigióse apresuradamente al punto que ocupaba la brigada, con el fin de enviar un gendarme á Rennes donde suponía que estaría Morillon.

Mientras que este miserable espía iba á denunciar al gefe de tantos nobles conjurados, en el interior del castillo pasaba una escena muy dolorosa.

CAPITULO XXVIII.

Mientras acostaban á la Ronarie y le sangraban , se reunian los conjurados en la pieza inmediata á su alcoba.

Taburel no se separó del enfermo hasta que se quedó aletargado; entonces entró en la pieza donde estaban separados en distintos grupos, Teresa y Fontevieux, Tinténiac y Toffin, Paradeze y Perbruck.

Todos hablaban en voz baja, pero con mucho calor.

La llegada de Taburel suspendió estas conversaciones, y se acercaron á él para informarse del verdadero estado del enfermo.

—La enfermedad es de mucho peligro, contestó el doctor, pero la constitucion de la Rouarie es tan fuerte que puede triunfar del mal. Si pasa el dia de mañana y la noche sosegado, respondo de él.

—No olvidéis, doctor, dijo Perbruck, que ni Mr. de Paradeze ni yo podemos permanecer mucho tiempo en este castillo, y que es preciso que sepamos positivamente á qué nos hemos de atener.

—No os pido mas que veinte y cuatro horas; en ese tiempo habrá muerto ó se habrá salvado.

—Bien está, replicó Perbruck, saludando para retirarse.

—Señores, dijo Teresa dirigiéndose á Tuffin y Tinteviac, tened la

bondad de conducir á estos señores á las habitaciones que se les han preparado.

Teresa quedó sola con Fontevieux y Taburel, clavando en este una mirada penetrante y llena de tristeza; pero él volvió la cabeza huyendo de aquella mirada indagadora.

—Qué? exclamó Teresa en voz baja: no hay esperanza?

—Ninguna, replicó Taburel.

—Estamos perdidos! dijo Teresa sollozando y cubriéndose el rostro con las manos.

—Pues por qué, repuso Fontevieux, habeis dado esperanzas á nuestros amigos?

—Porque mañana deben llegar Chataigneraie y otros que no se creerán absueltos de sus juramentos, porque la Rouarie haya muerto. Es preciso que su obra le sobreviva, y que nosotros nos encarguemos de realizarla. Además, ¿no aguar-

dais que llegue el jóven que enviaron á Desilles, bajo el nombre de conde de Perbruck?

Teresa y Fontevieux respondieron con la cabeza á la pregunta de Taburel, pues estaban demasiado afectados para poder hablar.

—Ahora, añadió Taburel, idos á descansar, que yo me quedaré á cuidarle.

—No, replicó Teresa, si su fin está próximo no quiero separarme de él.

—No, Teresa, dijo Jorge, hace muchas noches que no habeis descansado y las fuerzas humanas se agotan. Idos á descansar, que yo le velaré.

—No, no quiero que crea que le he abandonado en los últimos momentos. No, no me separaré de él.

Fontevieux bajó los ojos: Teresa le alargó la mano, y entró en la alcoba del marqués, quedándose ellos

en la pieza inmediata, donde rendidos de cansancio no tardaron en ceder al sueño.

Teresa de pie junto á la cabecera de la Rouarie, contempló un momento aquel letargo que revelaba la muerte de la vida.

Al cabo de un rato se inclinó hácia él, llamándole por su nombre, pero el marqués permaneció inmóvil aun al eco de aquella voz que solia despertarle del mas profundo sueño. Teresa suspiró comprendiendo que debia estar muy malo cuando no respondia á su voz. Entonces se dirigió á la antecámara donde se habian quedado Fontevieux y Taburel, y habiéndose asegurado de que dormian, cerró la puerta con cerrojo y volvió junto al lecho del moribundo; se arrodilló junto á la cama pero no para orar, sino para sacar de debajo de la almohada una cartera que tenia escondida. A pesar de la precaucion extrema

da con que Teresa ejecutó esta operacion, se despertó la Rouarie y quiso coger la mano que le arrebatava su tesoro, pero habiendo reconocido á Teresa, la dijo con voz moribunda:

—Por qué me quitas esos papeles?

—Para calcular ahora que estoy sola, las fuerzas con que podemos contar, respondió Teresa con voz trémula.

—No, replicó la Rouarie con amarga sonrisa, me los quitas porque... porque... voy...

Y volvió á caer en el letargo que embargaba sus sentidos sin poder terminar su idea. Teresa levantó al cielo los ojos llenos de lágrimas, pero recobrando su valor se separó de la Rouarie, y á la luz de la lámpara que iluminaba el aposento, buscó en la cartera el acta de la asociacion de los nobles de la Bretaña, del Maine y de An-

jou; este acta contenia doscientas veinte firmas, que en caso de ser sorprendida hubieran sido otros tantos testigos para enviar al patibulo doscientas veinte cabezas. Teresa volvió á poner en la cartera los demas papeles que solo comprometian á la Rouarie, y á colocarla á la cabecera del enfermo sin que este lo advitiera.

En seguida recorrió la lista varias veces como si quisiera gravar aquellos nombres en su memoria, y la acercó en seguida á la llama de una bugia; pero ocurriéndole de pronto otro pensamiento, la retiró y se puso á descocer con la mayor decision el forro de seda de su amazona. Deshizo el cuaderno del acta y colocó entre el paño y el forro cada hoja de por sí, cosiéndole todo al rededor para que no se escurriera: aquellas manos avezadas tanto tiempo hacia al manejo de las armas, cogieron la aguja

con paciencia. Al concluir Teresa su faena, empezaba á rayar el dia; mientras tanto Fonteveieux y Taburel, Perbruck y Paradeze dormian tranquilamente.

Vistióse con rapidez y abrió la puerta del cuarto donde se habian quedado Fonteveieux y Taburel. El primero la salió al encuentro y la dijo:

—Habeis dormido, Teresa?

—Sí, he dormido y me encuentro con mas fortaleza para arrostrar los peligros que nos amenazan.

He dormido, le habia contestado; luego existian entre ella y la Rouaie secretos que no revelaba ni aun á Jorge, ó bien tenia proyectos para el porvenir que no queria confiar ni aun al hombre que amaba.

Fonteveieux la anunció que acababan de llegar Mr. de Champagnoles y de Grandville.

A poco rato llegaron todos á saludarla y Taburel entró á ver al enfermo, á quien encontró despierto.

Aquel hombre á quien habia condenado la vispera, se incorporó, le alargó la mano, y le habló con voz fuerte y serena. El descanso de la noche le habia proporcionado el reposo moral que el facultativo juzgaba indispensable para su salvacion. Quiso ver á las personas que estaban en el castillo y Teresa les hizo entrar. Habló con tranquilidad del porvenir glorioso que iba á abrirse para su causa, y como si advertido del mal que le causaba su impaciencia, hubiera querido aplazar sus proyectos para la época de su establecimiento.

Todos sus amigos le escuchaban con la mayor alegría; solo Taburel veia con terror aquel cambio repentino.

Entretanto el marqués dió la

gracias á los recién llegados por el empeño con que procuraban informarse de su salud: despues les rogó que regresasen á sus respectivas casas, no solo por estar prontos á presentarse el dia del alzamiento, sino tambien para que su presencia en el castillo no desperdiciase la atencion de la policia que continuamente rondaba por las cercanías del castillo de la Guyomarais.

—He suplicado, añadió, á los dueños de este castillo que no vengan á él, porque estoy seguro de que se les vigila: No necesito de otros cuidados que de los de Teresa, y gracias á ella estaré en pie dentro de breves dias. ¿No es verdad, doctor?

Teresa y Fontevienx que amaban á la Rouarie como á un héroe y un amigo, le oian con desesperacion, porque sabian que no se realizarian sus esperanzas, y que

aquellos hombres que le rodeaban no habian acudido allí, movidos por su afecto, sino por muy distintos motivos.

No obstante, estos permanecian perplejos y sin atender al consejo de la Rouarie, cuando se oyeron varias voces junto á la cerca que rodeaba el jardin.

—¿Qué es eso? preguntó la Rouarie con una inquietud que jamas habia manifestado, ni aun en medio de los mayores peligros.

—Son Mr. de la Chataigueraie y el conde de Perbruck, contestó Teresa mirando por un agujero de un postigo.

—Mi hijo! exclamó el marqués acercándose á Teresa.

—No, replicó ella, en un tono de voz que solo él podia oirla; ese valiente jóven que tanto se le parece.

—¿Será posible que en todas partes me encuentre con ese misero

rable?

—Chis! ya llegan, y no olvidéis que Mr. de Champagnoles y de Grandville, ignoran esta sustitución.

Poco despues se presentaron la Chataigneraie y Saturnino Fichet. Viéndose obligado Perbruck aunque a su pesar á recibir á Saturnino como si fuera su hijo. Mr. de Paradeze hizo lo mismo.

Luego que se saludaron mutuamente, la Chataigneraie llamó á un lado á Perbruck y le dijo:

—Deseo tener una conferencia con vos sobre vuestro hijo, señor marqués.

—¿De qué se trata, señores? preguntó la Rouarie á quien alarmaban las conversaciones en voz baja.

—De un asunto de familia, respondió la Chataigneraie.

—Ya me figuro lo que será, dijo la Rouarie, y si no lo tomaseis

mal, quisiera tomar parte en la conversacion.

—¿No le perjudicará? preguntó Teresa al facultativo.

—No, repuso aquel, mas bien le distraerá de esa idea incesante que le devora.

Tinteniac invitó á Champagnolles y Grandville á que pasaran á tomar algun alimento; estos aceptaron, pero por la mirada que se les dirigieron era fácil adivinar que no creian que fuera á tratarse de un asunto de familia. La division y la desconfianza se habian introducido ya en los ánimos de los principales gefes; la Rouarie contenia no obstante estos gérmenes de division, que debian estallar con su muerte...

Todos los que sabian la doble existencia del conde se quedaron á presenciarse la explicacion, dando principio á ella la Chataigneraie, en estos términos:

— Señor marqués, vuestro hijo está gravemente enfermo.

— Mi hijo? ha parecido? dónde le habeis visto?

— No sabeis que me quedé con él en el castillo de la Rouarie?

— Es decir, repuso Perbruck con desprecio, que os quedasteis con el miserable que estaba marcado por el verdugo?

— Era vuestro hijo, replicó la Chataigneraie.

— No, no era mi hijo, no es posible.

— El es, lo juro, dijo Teresa de Moellien.

— Decid la verdad, señor marqués, dijo la Chataigneraie con una gravedad que no acostumbraba, porque es necesario que la sepa.

Teresa contó al marqués que quedó anonadado, la historia de Margarita.

— Y para que no podais dudar

de esta verdad, añadió la Chataigneraie, Saturnino trae una carta que os ha escrito el conde en sus últimos momentos.

— En sus últimos momentos? Pues qué está en peligro de muerte?...

— A qué daros esperanzas que no habian de cumplirse? añadió Taburel. Mas vale desengaños y que sepais que las heridas de vuestro hijo son tan graves, que no tiene remedio.

— Pues qué han tratado de asesinarle, ó cómo ha recibido esas heridas?

La Rouarie refirió entonces al marqués con voz solemne, el heroico sacrificio de su hijo.— Lambert me lo contó, añadió dirigiéndose á la Chataigneraie; ahora, decidnos como sobrevivieron á tan espantosa caída.

La narracion de la Rouarie conmovió á todos los circunstantes. El

pesar abrumaba á Perbruck, pero si se hubiera sondeado su corazon, se habria visto que el sentimiento que le inspiraba la muerte desastrosa de su hijo, era inferior al que le causaba la pérdida de sus esperanzas ambiciosas.

—Decidnos ahora como os salvásteis, repitió la Rouarie despues de un momento de silencio.

—Por un afecto tan grande y desinteresado que no tiene límites, respondió la Chataigneraie.

—Dichoso pais, exclamó la Rouarie, aquel donde se encuentran semejantes corazones.

--Ya comprendereis, continuó la Chataigneraie, por la posicion en que estábamos, que yo caí sobre el conde. Pasado el aturdimiento que me causó una caida tan violenta, traté de levantarme; me puse de rodillas y acercándome á Cesario le llamé en voz baja.

—¿Podreis andar? me pre-

guntó.

—Creo que sí, le contesté.

—Pues cortad la cuerda que nos une y escapaos, porque yo tengo las piernas rotas y no puedo moverme.

—Con efecto, prosiguió la Chataignereais, nos habian estado por las muñecas, y las manos las teníamos libres. Logré desatarle, y él á pesar de los dolores que le causaban las heridas, me prestó el mismo servicio.

—Idos ahora, me dijo, y decid á mi padre, que muero contento por haber podido demostrar que no era indigno del nombre que me dió.

—Ya conoceréis que no quise abandonarle, y aunque con trabajo conseguí levantarlo y echármele áuestas. No sabia á que lado dirigirme, cuando sonaron algunos tiros y se difundió tal alarma entre los nacionales, que pude salir con mi

carga sin que nos incomodaran. Mi voluntad era superior á mis fuerzas, y tuve que detenerme á poca distancia del castillo, y pasar allí la noche. Vi el incendio de vuestra morada, señor marqués, y la retirada de esos salteadores que se llaman ciudadanos.

Este descanso en vez de reanimar nuestras fuerzas, contribuyó á entumecer nuestros doloridos miembros. Mal hubiera podido salvar á mi compañero, cuando no podía yo ni moverme. Preveíamos que no nos quedaba mas recurso que morir de hambre en aquel bosque, cuando al anochecer de este horrible día, oímos pasos, y empecé á dar voces prefiriendo correr el riesgo de caer en poder de nuestros enemigos, á la agonía lenta que nos consumía.

¿Quién os figurais que se nos apareció.

—¡Margarita! dijo Teresa.

—La misma.

—¡Pobrecilla! repuso Teresa enternecida. Estaba presente cuando Lamberto nos refirió ese triste suceso, diciéndonos: «Deben haber muerto» —Muerto ó vivo, exclamó, quiero volver á verle; encontraré su cuerpo inanimado entre las ruinas, y no quedará espuesto á la intemperie; y sin mas se separó de nosotros y no la hemos vuelto á ver.

—Aquella heroica jóven, prosiguió la Chataignereais, viendo que yo no podia casi moverme y que á Cesario era preciso llevarle, fue corriendo al castillo, y al cabo de una hora volvió con un carretocillo, que habia encontrado en lo interior donde no habia penetrado el fuego y colocamos en él al desgraciado Cesario. ¡Qué abnegacion por una parte y qué sufrimiento por otra! El desventurado llevaba las piernas colgando, y léjos de quejarse

se chanceaba para animarnos; y ella tiraba del carro procurando evitar las piedras y los boyos del camino para preservar á su amante de los vaivenes que debian aumentar sus dolores. Pálida, anhelante, sucumbiendo á veces al cansancio, pero volviendo á emprender su marcha con mayor ahinco y valentia!!

La Chataineraie se detuvo para enjugar una lágrima.

—Y vos? le preguntó la Rouarie.

—Yo, respondió la Chataineraie, anduve una legua á gatas, porque no podia tenerme de pie.

Todos los que oian esta relacion, tenian el corazon oprimido, pero al llegar á este punto no pudieron resistir su emocion.

—Cuánto tiempo pasásteis asi? preguntó Teresa.

—Un dia y una noche. Ya nos habiamos retirado á un bosque sin

esperanza, cuando encontramos al señor.

—A Saturnino Fichet? dijo Perbruck, en quien ni aun el dolor mitigaba el ódio que profesaba á Saturnino.

—Con efecto, añadió la Rouarie iba comisionado á la *Fosse Ingant*, cuando vosotros estariais hacia la parte de Vire.

—¿Y en qué concepto iba? preguntó Perbruck con insolencia.

—Como conde de Perbruck, replicó la Rouarie con el mas alto desprecio.

—Ya es tiempo de que termine esta comedia, dijo Perbruck enfurecido, y me admira que el señor marqués se haya atrevido á...

—Necesitaba enviar un hombre de confianza á Desilles, y no tenia otro. Desilles le vió en la junta que tuvimos, y no podia yo ponerme á darle esplicaciones sobre el

extraño quid pro-qué que habia ocurrido. Continúad, la Chataigneraie, para que este jóven nos diga cuál ha sido el resultado de su viaje.

—El puede hablar por mí, porque yo estaba desmayado cuando nos encontró.

—Iba, prosiguió Saturnino con una amargura que contrastaba con el carácter indiferente que habia manifestado hasta entonces, á la *Fosse Ingant*, disgustado con el papel que me veia precisado á representar, cuando oí gemidos en un bosque inmediato; entré y me encontré con el que tanto deseaba hallar, para entregarle un nombramiento que no me pertenecia. Margarita que era la única que podia hablar, me contó lo ocurrido, y como por fortuna la naturaleza me ha dotado de alguna fuerza, cargué á la espalda al caballero de la Chataigneraie y tiré del carretón del conde, consiguiendo llevar de este

modo á los dos heridos hasta una cabaña cercana.

—Al dia siguiente, dijo el doctor adelantándose, vino á buscarme á Rennes un aldeano jóven. Era Margarita, pronta siempre á sacrificarse, por salvar á los demas. Me llevó á la cabaña donde encontré á estos señores: la Chataigneraie solo necesitaba descanso, pero el conde no estaba en estado de soportar la única operacion que hubiera podido salvarle.

—Tened la bondad de leer la carta que os escribe, dijo Saturnino al marqués.

Mr. de Perbruck tomó la carta, y la leyó en voz alta. Decia asi:

«Padre mio, me muero. Si hubiera podido salvarme deberia mi vida á la generosidad y al cariño de una muger á quien perdí, al valor de un amigo que quiso volverme el honor, y á la lealtad de

un hermano, que ha sabido hacer respetar mejor que yo el nombre que me pertenecía. Quiso despojarse de él al encontrarme, pero tenía que desempeñar una misión importante, y le he suplicado que le conservara. Ha vuelto esta mañana creyendo que podría establecerme, y deseando legarme los derechos que ha adquirido en mi nombre á la confianza de la nobleza bretona.

«Yo muero sin poder legarle más que ese nombre que ha sabido llevar con dignidad, y que ha servido en sus manos para asegurar el éxito feliz de nuestra asociación. Padre mio, no quiero fijar mi mente en los rumores que han corrido sobre el nacimiento de ese niño, ni investigar el misterio del cariño que le profesa mi madre, ni de su semejanza con ella y conmigo... En la situación en que nos encontramos, puede to

«marse un partido noble. Consultad
 «á la Rouarie, puede ser que le
 «parezca conveniente lo que á mí
 «me parece justo, y puede que crea
 «necesario que conserve...»

Aquí terminaba la carta.

—No se ha atrevido á concluir
 su pensamiento, dijo Perbruck, y
 ha hecho bien.

—No pudo, repuso la Chataigne-
 raie. En la Fosse Ingant supo Sa-
 turnino que debiais venir aquí, y
 yo quise acompañarle, y que él mis-
 mo os entregara la carta del conde
 de Cesario.

—Para qué? preguntó Perbruck
 con menosprecio.

—Aquí está, dijo Saturnino acer-
 cándose á la Rouarie y sin aten-
 der á la insolencia del marqués, lo
 que me han entregado en la *Fosse*
Ingant.

—Veinte mil libras en oro, no
 es eso? dijo la Rouarie.

—Faltan dos libras y seis suel-

dos, contestó Saturnino, porque no tenia dinero y necesitaba comer.

La Rouarie hizo un movimiento como para alargarle un puñado de oro, pero se detuvo diciendo:

—No, no se paga así á los videntes.

—Gracias, señor marqués. Esa palabra en vuestra boca me paga bastante, y ya no nos debemos nada. Ahora solo os pido que me concedais vuestro permiso para alejarme de este pais.

—Cómo? exclamó Teresa; estando enterado de nuestros secretos!

—Qué papel quereis que represente aqui? El de conde de Perbruck, ni puedo ni quiero; solo deseo que conste que revestido de él á mi pesar le he dejado en cuanto me ha sido posible, y que enredado por casualidad en planes que no buscaba, he hecho tanto como

el que funde en ellos sus esperanzas.

—Dónde quereis ir ? preguntó la Rouarie.

—Fuera de Francia.

—Es lo mejor que podeis hacer , dijo Perbruck. Y vosotros , señores , me permitireis que os deje para ir á buscar á mi hijo.

Iba á salir el marqués , cuando se oyeron una porcion de voces en la antesala. Fontevieux fue á abrir la puerta , y vieron á unos seis caballeros á cuya cabeza venia Champagnoles , diciéndoles:

—Os aseguro que la Rouarie está mucho mejor , que acabo de dejarle con los señores de Paradeze , marqués y conde de Perbruck , y Fontevieux.

Era una fatalidad ; Saturnino no podia librarse por mas que hacia del título de conde ; pero Perbruck fuera de sí , iba ya á dar un escándalo , si Paradeze no le hubie-

era detenido diciéndole:

—Mirad lo que haceis, ya veis que todos acuden á apoderarse de la herencia de la Rouarie.

—Teneis razon, no les proporcionaré la ventaja y la alegria de verme ausentar, y de que sepan el peligro en que está mi hijo.

Los reciénllegados entraron en el cuarto de la Rouarie, quien les recibió con frialdad, pues empezaba á comprender el objeto de tantas atenciones.

—Veniamos, le dijeron, á veros, porque nos habian dicho que estábais mas enfermo.

—Gracias, señores, pero una atencion escesiva puede ser imprudente, á menos que no sea interes por la causa que defendemos, añadió con amargura. Podeis retiraros que no quiero estorbar vuestras conferencias.

—Qué quereis decir? replicó la Berillais que era uno de los que

acababan de llegar.

—Que es justo que los soldados piensen en el partido que deben tomar, cuando ven les va á faltar su jefe. Vaya, idos; y vos, Fontevieux, y Tinteniac tambien, porque podrian olvidaros.

—Idos, repitió con voz imperiosa, viendo que titubeaban, necesario hablar á solas con la señorita de Moellien.

Salieron, y fueron á reunirse á una sala bastante distante de donde estaba la Rouarie.

Saturnino fue con ellos, porque Paradeze se habia agarrado á él.

—Me parece, Taburel, dijo la Berillais, que os habeis equivocado, pues segun habla la Rouarie, se conoce que está muy bien.

—Ocúpense de lo que les convendrá hacer, respondió Taburel, pues esa calma y esa fuerza aparente que demuestra el enfermo,

son el mejor pronóstico de su muerte. El delirio ha cedido, gracias á la sangria que le hice, pero este descanso le he obtenido á espensas de la fuerza que hubiera podido salvarle. Una parte de su cuerpo ha muerto ya. Le he tentado los pies y los tiene yertos é hinchados. No tiene remedio, podrá retardarse la muerte, pero es segura.

—Es una desgracia, dijo Perbruck, pero no es irreparable. La divisa de nuestra monarquía es: Viva el Rey, aunque el Rey haya muerto; la nuestra debe ser: Viva el gefe que reemplace al que no exista.

—Es cierto, dijo la Berillais, pero ¿quién sería el que se atreviese á rehusarle si se le ofrecieren? Mr. de Champagnoles por ejemplo.....

—Yo le rehusaría, dijo ella, no, no por las peligros que le acompañan, sino por mi edad avanzada.

y es demasiada generosidad en el marqués de Perbruck el ofrecérmelo. Nadie mas digno que él de ocupar ese puesto por sus sacrificios, por sus conocimientos militares, por su influencia en el pais, y últimamente porque su hijo ha sido el vínculo que ha estrechado la asociacion bretona.

Saturnino se veia de nuevo metido en la conspiracion, impacientado y deseando dejar un título que le pesaba; iba á reclamar, pero Paradeze y la Chataigneraie le impusieron silencio con un gesto, y Champagnoles prosiguió:

—No ignorais que la mayor parte de los nobles de la provincia de Nantes y de Anjou, entraron en la asociacion con la garantia del marqués de Perbruck y gracias á la actividad de su hijo. El fué tambien quien hizo que se le confiriera á la Rouarie el puesto que él se habia arrogado. Por consiguiente vemos

que se sometieron al gefe que los señores de Perbruck reconocian, pero tal vez no se someterian á cualquiera otro que se eligiese, no perteneciendo á sus provincias. La Bretaña ha dado el primer gefe á la asociacion y las otras provincias le han aceptado, ahora nos toca á nosotros hacer la eleccion.

—Justo es, replicó la Berillais con sequedad, pero el marqués de Perbruck no representa el Anjou.

—Pero le represento yo, dijo Paradeze con altivez, y estoy encargado de dar sus sufragios al marqués de Perbruck ó á su hijo.

El marqués se estremeció, la Chataigneraie no pudo menos de sonreirse, y Saturnino estaba como sobre carbones ardiendo.

—De este modo, señores, continuó Mr. de Champognoles, se zanján todas las dificultades, pues ponemos al frente á un hombre que

posee la confianza de la familia real; á un hombre que con su esperiencia y su pericia moderará los ímpetus de los osados, y á un jóven que sabrá conducirlos á la victoria. Asi recompensaremos al mismo tiempo los servicios del padre en el extranjero, y los del hijo en Francia.

—Con efecto, dijo la Berillais con afectacion, pero al pasar por la Fosse Igant, nos dijo Desilles, que el conde pensaba salir de Francia, y en ese caso.....

Mr. de Perbruck miró á Saturnino con desesperacion, y Mr. de Champagnoles le dijo:

—¿Es verdad, conde? ¿Quereis abandonarnos?

—Hablad, dijeron á una voz todos los que le tenian por conde de Perbruck.

Saturnino no contestó.

—Habla, hijo mio, dijo Mr. de Perbruck con voz desfallecida.

Saturnino le miró asombrado, y Mr. de Paradeze, temiendo alguna exclamacion imprudente, se apresuró á decirle:

—Heredero de un gran nombre y de una gran fortuna, tal vez no estariáis satisfecho con vuestra posicion: pero en el dia que está próximo á dejar de existir nuestro gefe, podeis recuperar la que os corresponde. No encontrará obstáculo vuestra justa ambicion, y siendo asi, ¿no querreis contribuir al triunfo de la causa santa y peligrosa que hemos abrazado?

—¿Quieres abandonarme? dijo el marqués de Perbruck.

—Aceptad, le dijo la Chataigneraie en voz baja.

—No señor, contestó Saturnino con gravedad, estaré con vosotros hasta el dia del triunfo, y despues.....

—Volverás si quieres al retiro donde estuviste tanto tiempo.

Indignado la Chataigneraie con la ingratitud del marqués, replicó:

—No, en paz ó en guerra, vencidos ó triunfantes, el conde de Perbruck no se separará de nosotros. Si quiere separarse, hágalo hoy, pero si se consagra á defender nuestra causa, es preciso que no pueda decir que ha trabajado para ingratos.

—Entonces, dijo Saturnino, debo retirarme.

Esta respuesta produjo una confusion indecible en la asamblea, Perbruck y Paradeze hablaban en voz baja, mientras que los demas discutian entre sí el partido que podrian sacar de esta division.

—Esto es disolver la asociacion, exclamó Fontevieux.

—Perbruck tiene la culpa, le respondió la Chataigneraie; quiere que ese muchacho favorezca sus miras ambiciosas, y luego desha-

cerse de él como de un lacayo.

En aquel momento se oyó una voz que llamaba en la parte de afuera.

—Es Margarita, dijo Fontevieux á la Chataigneraie, mirando por un ventanillo.

—Dejadla que entre, con eso Perbruck se decidirá á alguna cosa.

Fontevieux abrió la puerta y entró Margarita, quien viendo al marqués corrió hácia él sin hacer caso de los demas.

—Vuestro hijo ha muerto, exclamó sollozando.

—¡Muerto! gritaron todos á la vez. ¿Pues entonces quién es este otro?

Perbruck estaba pálido.

—Está loca, dijo; mi hijo está aquí.

—¡Ah! dijo Margarita mirando á Saturnino, y añadió en voz mas baja, justo es, porque esa era la

voluntad de Cesario.

—Ea, hijo mio, persistes en la idea de abandonarnos? dijo Mr. de Perbruck dirigiéndose á Saturnino, ya ves la confusion que ha producido semejante pensamiento.

—Tiene razon Mr. de Perbruck, añadió Mr. de Paradeze, decidios.

—Señores, dijo Saturnino, ¿os acordareis de las palabras que han mediado en esta conferencia, y si algun dia reclamo vuestro testimonio, podré contar con vuestra buena memoria?

—Todos le contestaron afirmativamente.

—Pues bien! contad con el conde de Perbruck hasta la muerte.

—Aceptamos, le respondieron.

No habia remedio, Saturnino era ya el conde de Perbruck.

—Entonces podemos, dijo Mr. de Paradeze, de clarar al marqués de Perbruck gefe nuestro.

—Todavía no, contestó una voz sepulcral.

Era la Rosarie que se presentaba apoyado en Teresa.

CAPITULO XXIX.

La Rouarie moribundo, pero con los ojos llenos de animacion, penetró hasta el medio de la reunion y dijo con voz atronadora:

—Mucha prisa os dais, todavía no estoy enterrado.

Todos quedaron atónitos á esta vista, aunque los síntomas de la muerte se pintaban en el rostro de la Rouarie.

—En una empresa como esta, dijo Mr. de Perbruck, la prevision

es una necesidad.

—He caído en poder de mis enemigos? Voy á subir al cadalso, para que urja tanto reemplazarme?

A pesar de todos sus esfuerzos la Rouarie, á quien Teresa mas bien llevaba que sostenia, se dejó caer en un asiento.

Entonces Margarita tomó la palabra en estos términos:

—No; aun no habeis caído en poder de vuestros enemigos; pero temo con fundamento que estos os han descubierto ya, porque al venir he visto á uno de los mas exagerados republicanos disfrazado, que salia de aqui, al hombre que encontramos en casa de Maturino Fichet el dia en que salvé al marqués de Perbruck.

—Cómo sabeis que salia de aqui?...

—Cuando salí de la choza donde dejé... aqui se detuvo para enju-

garse las lágrimas: donde dejó a qu
que no existe, al pasar cerca de dic
una patrulla de gendarmes oí de Fo
cir á Guillermo Poiré:

«Es preciso que Morillon llegu apr
hoy mismo, pues la Rouarie se to
haya en la Guyomaraís, con un no:
gran número de sus cómplices.» en

Esta noticia esparció la alarma va
en la reunion.

—Pero quién habrá sido el tra rá:
dor, preguntó Teresa?

—Sin duda, exclamó Fontevieu me
habrá sido el jardinero que estu me
ayer aquí.

Fontevieux salió de la sala pa dáj
ra averiguar el hecho, y al ca pu
de un rato volvió diciendo: vic

—Señores, no hay duda que nue Ra
tro asilo está descubierto, y q ma
es preciso buscar otro.

Entretanto la Rouarie envue fo
en su bata permanecía inmóvil p q
mas espíritus que le hacían resp ac
rar Teresa y su sobrino. Pero

que no pudieron los remedios medicinales lo consiguió la noticia de Fontevieux.

—Puesto que, dijo, hay que apelar á la fuga, conozco otro punto seguro, donde podremos ocultarnos. Vamos, venga mi caballo, y en marcha.

Dió algunos pasos, pero fue en vano. Todos quedaron suspensos mirándole con asombro.

—Taburel, gritó entonces, dime si llegó el momento de mi muerte.

—Si teneis alguna orden que dar, dijo este resueltamente, apresuraos, pues os quedan pocos momentos de vida.

—¡Morir! Morir yo! exclamó la Rouarie entre sollozos. No puedo morir sin haber presenciado el triunfo de nuestra causa. ¡A las armas! ¡A las armas! suene el clarín y acometamos á nuestros enemigos!

Entonces soltándose de los que

le sostenian y sujetaban, consiguió dar una vuelta por la habitacion con la cabeza erguida y los ojos centelleantes.

—La Berillais, vos llevareis á nuestros soldados por Vannes y la Roca Bernard; Perbruck, á vos toca tomar á Macheoul, cabeza de Nantes: vos Paradeze ireis.....

Al concluir estas palabras tropezó y cayó de rodillas. Luego con una sonrisa convulsiva, y puestos los ojos en el cielo, exclamó:

—¡Dios mio! quitándome la vida, perjudicas á tu causa y á la de los Reyes que son tus representantes en la tierra.

—No blasfemes! le dijo Teresa.

—Ahora, repuso la Rouarie, con frenesi, que los verdugos triunfaran que los nobles y sacerdotes perecieran, que la Francia se vea borrada del libro de las naciones. He aqui mi última voluntad. Maldición!

—Silencio ! gritó Teresa queriendo contenerle !

El la rechazó , y mirándola fijamente , la dijo :

— Sé dichosa , con tu Jorge adorado. Tómalas , Fontevieux , te la entrego.

— Está loco , dijo la Chataigneraie.

Esta palabra produjo un efecto mágico en el ánimo de la Rouarie , quien en medio de su arrebató , se levantó de nuevo y se fue derecho á la Chataigneraie.

— Teneis razon , le dijo , he estado loco un momento , pero ya estoy cuerdo. Escuchadme todos ahora. No os apresureis... hasta que llegue el momento oportuno... levantaos entonces... pero todos á una... con valentia... y union. Apoderaos de las ciudades principales , marchad sobre Rennes , Nantes y Angers al mismo tiempo... Y no olvideis que los soldados que man-

dais no están acostumbrados á proteger con sus cuerpos las vidas de sus gefes... Poneos siempre al frente de vuestras tropas... y cuando consigais la victoria no refreneis la cólera de los valientes aldeanos: no haya misericordia para los vencidos.... Acostumbrad á los campesinos á emborracharse con pólvora y con sangre... Que no puedan esperar jamas reconciliarse con sus enemigos, y la Francia entera se levantará siguiendo nuestro ejemplo... La causa santa del Trono triunfará... y... y...

Una sofocacion terrible le interrumpió, pero recobrando luego su rabia y desesperacion, prorumpió:

—Y entonces habré muerto!... Ah, maldicion!... maldicion!...

Estas fueron sus últimas palabras, y cayó en seguida al suelo batallando con convulsiones espantosas.

Teresa de rodillas junto á el pro-

curaba levantarle , pero Taburel la dijo:

— Es inútil , son los últimos esfuerzos de esa naturaleza de bronce...

— Por lo menos , dijo la Chataigneraie , sus enemigos no le cogeran vivo.

— Eso nos recuerda , añadió Paradeze , que pueden invadir este castillo de un momento á otro.

— ¿ No se le puede prestar ningún auxilio ? preguntó La Berillais.

— Ninguno , replicó Taburel.

— En ese caso , prosiguió Perbruck , nuestra presencia aquí no es necesaria. A Nantes, señores.

— ¿ No quereis ver siquiera el cadáver del que llamábais hijo ? le dijo Margarita en voz baja.

El marqués volvió la cabeza y dijo á Saturnino:

— Sígueme , Cesario.

— La Rouarie , repuso este , en

mi gefe, y no le abandonaré hasta que exhale el último suspiro.

El marqués que habia obtenido de Saturnino lo que deseaba, no insistió: casi todos se fueron con él, y Margarita se fue por otro lado.

—Y vos, señora, no os venis? preguntó la Chataigneraie á Teresa.

—Quereis que le deje morir solo?...

—Teneis razon, yo tambien me quedaré.

Las convulsiones de la Rouarie se calmaron un momento, y dirigiendo una mirada de desesperacion en torno suyo, dijo:

—Ah! Todos se han ido!... Tú sola me has quedado..... y esos, añadió con voz mas apagada ¿quién son?

—La Chataigneraie, y el conde de Perbruck.

—Sí... son dos corazones nobles...

Y ¿Fontevieux?.....

—Aquí estoy, respondió Jorge acercándose.

La Rouarie cogió una de sus manos y otra de Teresa, y les dijo con el sobre aliento de la muerte.

—Hasta luego... Pronto nos veremos...

Un estremecimiento convulsivo agitó todo su cuerpo, y fue el último; la Rouarie había espirado.

Hubo un momento de lúgubre silencio. Después le levantaron y le trasportaron á su cama.

—Señores de Perbruck y la Chaigneraie, les dijo Teresa; os queda una misión sagrada que cumplir. Id, añadió, sacando la cartera de entre los colchones, y llevad á la Posse Inglan estos papeles y este dinero. Desilles sabe lo que tiene que hacer con los unos y con el otro.

—No quereis venir?

—No, aun me queda un deber

que cumplir.

—Quereis que os ayudemos?

—No necesito de nadie. No olvidéis, añadió, que sois depositarios de los secretos de la asociación. La Rouarie ha muerto, pero su obra debe sobrevivirle, y florecer sobre su sepulcro como un laurel. La obscuridad de la noche protegerá vuestra fuga. Pueden invadir esta casa.

—Por qué os quedais?

—Porque cogiéndome á mí no cogian mas que una cabeza, y apoderándose de esos papeles se apoderaban de toda nuestra venganza....
Idos pronto.

—Dónde nos reuniremos?

—Pasado mañana en la Fosse Ingran, si estoy libre.

La Chaigneraie y Saturnino conde ya de Perbruck, se fueron dejando solos á Teresa y Fontevieux, junto al cadáver de la Rouarie.

—Jorge, dijo Teresa, le has
dido?

—Si, nos ha dicho hasta luego.

—Los moribundos, repuso Teresa
con voz triste, suelen adivinar el
porvenir. Sí, la Rouarie! hasta lue-
go, y cuando comparezcamos delan-
te de tí, verás que ninguno de los
que hemos faltado á los juramentos
que te habíamos hecho.

—Ni á los deberes de un amigo
para con su amigo, añadió Fonte-
vieux. Amortájalo, Teresa, mientras
yo voy á cavar la hoya que debe
encerrar sus despojos.

Mientras Fontevieux abria la se-
pultura, un hombre oculto tras los
árboles del bosque estaba en ace-
cho. Luego que el primero con-
cluyó su penosa tarea, volvió á
la alcoba del difunto y encontró á
Teresa arrodillada junto al lecho
mortuorio.

—Vamos, le dijo ella de allí á
poco.

Cogieron entre los dos aquel cuerpo inanimado, pero á los pocos pasos, le saltaron á Teresa las fuerzas y cayó el cadáver produciendo un ruido hueco sobre el pavimento. Teresa se estremeció como si hubiera cometido una profanación.

—Dios mio! murmuró acordándose de Margarita, ¿me negais las fuerzas que concedéis á otras?

—Voy á buscar al jardinero, dijo Fontevieux, porque la sepultura está léjos.

—No, no debe saber nadie donde le encerramos. Sus enemigos vendrian á insultar sus cenizas.

Volvieron á cogerle, pero al llegar al jardín, volvió á caer aquel cuerpo inerte sobre la tierra húmeda.

—Es preciso que hagamos con la Rouarie, dijo Teresa, lo que hizo Margarita con su amante.

Fontevieux obedeció á esta indicación, y fue á las cuadras á

buscar un carreton de los que servian para las labores del campo. No tardó en volver con él, pero como no tenia costados, al primer movimiento estuvo á punto de volver á caer. Entonces le pusieron atravesado, y como las piernas colgaban por un lado y la cabeza por otro, la sábana en que Teresa le habia envuelto, se hacia pedazos con las zarzas del camino. Aquella marcha silenciosa en medio de la noche, presentaba un aspecto lúgubre y funesto.

El respeto con que se trata á los que ya no existen, parece que da á entender que sienten todavía. Por esto en las ceremonias fúnebres se depositan con tanto cuidado los ataúdes que encierran sus restos mortales, y si por casualidad se escapa una cuerda y hace ruido al caer, se oprimen los corazones que lo presencian.

Teresa y Fontevieux se miraron

al llegar al hoyo, y se comprendieron sin hablarse: no podían ellos solos bajar el cuerpo á aquella profundidad, era preciso tirarle, pero Teresa dijo con viveza:

—No, así no.

Tendieron el cuerpo de la Rouarie al borde de la sepultura donde se bajó Fontevieux sosteniendo con sus brazos el cadáver que Teresa empujaba lentamente: pero apenas hubo perdido el apoyo que le quedaba en la tierra, hundió con su peso á Fontevieux, que cayó arrojado debajo.

— ¡Jorge! Jorge! gritó Teresa asustada, pues le pareció que la Rouarie arrastraba tras sí á Fontevieux, como la estatua del comendador al impenitente don Juan.

—No es nada, respondió Jorge con voz débil, pues había experimentado el mismo terror que Teresa. Y saltando fuera de la hoya la cubrió con rapidez con la tierra que

la rodeaba.

Mientras tanto Guillermo Poiré permanecía oculto tras los zarzales, mirando con avidez aquella escena espantosa.

Luego que Fontevieux estendió la última capa de tierra, preguntó á Teresa:

—Y ahora dónde vamos?

—A la Fosse Ingant, porque ya habrán llegado los otros, y estarán los papeles en seguridad.

—Les habeis entregado la lista de los conjurados?

Teresa miró á Fontevieux, y despues de un momento le dijo:

—Si han cumplido con lo convenido, deben haber enterrado los papeles en un sitio seguro, hasta el dia que los necesitemos.

—Pues marchemos, dijo Jorge, tal vez no tarden los republicanos en llegar.

—Id á preparar los caballos, que al instante os seguiré.

Teresa se arrodilló y empezó a orar; Fontevieux se despidió de su amigo con voz cortada por los sollozos en estos términos:

—Adios, la Rouarie, te consagro al triunfo de tu causa y á los que tú amaste.

Teresa continuó su plegaria y Jorge se fué á preparar los caballos. Luego que hubo desaparecido se levantó ella, y estendiendo la mano por el sepulcro, exclamó:

—Te juro no ser suya hasta el día del triunfo.

Y se alejó á su vez de la huera de aquel hombre, á quien Dios habia dotado de un genio capaz de trastornar al mundo.

Pocos minutos despues, galopaban por el camino de la Fosseलगant, y Poiré prorumpia en esta exclamacion:

—¿Qué hará ese hermano Morillon? Hace diez horas que podia estar aqui.

CAPITULO XXX.

Nuestros lectores recordarán que Morillon habia prometido á Barthe incorporarse con él en Rennes, asi que Annibal, segun sus propias palabras, hubiese descansado en el seno de las delicias de Cápua. Pero no se habrán olvidado tampoco del extremo á que habian quedado reducidas las voluptuosas esperanzas de Morillon, que se veia encerrado, furioso y descompuesto

en el mismo gabinete, donde habia creído encontrar el templo de Vénus.

Conforme á las órdenes de Rosa Robertin, se habia cuidado en no interrumpir el supuesto sueño del comisario de la Convencion; y consiguiente á ellas, transcurrió el resto del dia y toda la noche sin que nadie pensara en informarse acerca del nuevo comandante del castillo, ni de su huésped. Mas no faltó quien al siguiente dia se admirase de la ausencia de entrambos. En una conferencia que tuvieron los dependientes convinieron en que tanto Robertin como su hija no habian vuelto al castillo, y que Morillon no habia salido. Semejante suceso no podia menos de hacer temblar por la salvacion de la patria, en unos tiempos como aquellos en que bastaba que dos agentes de policia riñesen en medio de la calle, para que fuesen detenidos en nombre de

la salvacion de la patria. Opinaron algunos que se estaba en el caso de allanar la habitacion del comandante; pero como nadie quiso cargar con la responsabilidad de echar al suelo las puertas que defendian su autoridad, se decidió definitivamente dar parte al Ayuntamiento.

Fue preciso enviar un comisionado al efecto; en el Ayuntamiento se suscitó una deliberacion sobre el particular, y al fin se nombró un comisario encargado de hacer echar las puertas al suelo. Mientras que en tales diligencias se ocupaba el tiempo, habíase pasado la mañana y la tarde en la inaccion y acercábase á mas andar la noche, cuando ya Morillon estaba en un estado de furor inesplicable.

Sin embargo, si en los primeros momentos hubiese salido para Rennes, hubiera llegado á tiempo de poder recibir el aviso que Guillermo Poiré habia enviado y que ha-

bia ido á parar á manos de Barthe. Pero Morillon perdió tan preciosos instantes en jurar y pejurar, en lanzar improperios y acusaciones contra el carcelero, contra la autoridad y contra todos los demas que estaban inocentes de la falta que solo él habia cometido. Pedia que le trajesen á Rosa Robertin; estaba empeñado en hacerla procesar, condenar y ejecutar sin demora. Mandó emisarios en todas direcciones, con el objeto de inquirir su paradero, y pasó el resto de la noche en espedir órdenes inútiles, propias solo para irritar á los mas sanguinarios con la ferocidad de sus amenazas.

La cólera, fatiga, sobre todo cuando es impotente. Al cabo de un acceso de furia, Morillon se tendió sobre la cama, quedándose tan profundamente dormido, que no hubiera despertado á no haber venido Barthe á traerle la noticia que Gui-

llermo Poiré le habia comunicado. Al oírle bramó de rabia y desesperacion; mas no queriendo darse por vencido dispuso que se ensillaran dos caballos, en los cuales partieron Barthe y su señor, abandonando á Nantes precisamente á la hora en que la Rouarie espiraba. A pesar de todo, fue tal la rapidéz de su carrera, que llegaron á Rennes en el momento en que Teresa y Fontevieux salian de la Guyomarais.

Una vez alli, y sin tomar el menor descanso, el comisario de la Convencion reunió algunos voluntarios republicanos, destacó á Barthe á San Malo para traer consigo á todos cuantos quisiesen seguirle; é ignorando todavia la muerte de la Rouarie, ni pudiendo contar con que le encontraria solo ó en medio de sus amigos dispuestos á defenderle, emprendió su marcha Morillon á la cabeza de unos veinte vo-

lantarios y de algunos gendarmes á las órdenes de Delbenne.

Al llegar á la Guyomarais encontró á Guillermo Poité, el cual pudo enterarle de la nocturna escena que habia presenciado. Morillon corrió inmediatamente al lugar donde habian dado sepultura á la Rouarie: se removi6 la tierra, se estrajo el cadáver, y Morillon rompió la sábana en que estaba envuelto, registrándolo con viva ansiedad, y creyendo hallar algunos papeles enterrados con el infeliz Armando. Mas al ver que nada habia, y que sus esperanzas habian salido defraudadas, dió un puntapié al cadáver, diciendo con enojo:

—Nada! nada!

Nada era en efecto un cadáver, cuya suerte no podia encomendarse al verdugo.

Entonces Guillermo Poité se acercó á él, y le dijo en tono muy afectuoso:

—Ya veis, ciudadano Morillon, que he cumplido perfectamente el encargo que me disteis, y espero la recompensa que me habeis ofrecido.

—Recompensa á tí! repuso bruscamente el comisario de la Convencion: ¿qué diablos has hecho para ganarla?

—He descubierto el hombre que me habiais mandado descubrir, y os he dado aviso á tiempo suficiente para que hubierais podido cogerle vivo; asi como á cuantos le acompañaban, y si hubierais andado un poco mas de prisa, no habrian tenido lugar de esconder los papeles que ahora buscáis.

Morillon bramaba de cólera. Víctima de una niña, se veia chasqueado en el término de sus continuos esfuerzos, lo cual era mas sensible cuando el ardid de aquella parecia un juguete, que no hubiera engañado á otro niño de su mis-

ma edad.

— Oh ! esos papeles ! esos papeles ! exclamaba levantando las manos al cielo.

— Tal vez no seria difícil adquirirlos , repuso Guillermo Poiré , aunque habria que gastar mucho dinero.

— ¿ Sabes tú dónde están ? dijo Morillon clavando los ojos en Guillermo.

— Por de contado dando veinte mil libras , contestó Poiré , acaso se le haria hablar al que sabe donde están los papeles.

— Hola ! con que tú piensas imponer , exclamó Morillon , condiciones. ¿ Tan pronto te has olvidado de que habiendo tenido medios para traerte conmigo , cuento con los suficientes para hacerte hablar ?

— No hay que levantar tanto la voz , dijo Poiré . ¿ Veis esos paisanos que se van acercando á este sitio , y que parecen salir uno á uno

de detrás de los árboles de aquel bosque? Pues con solo decirles yo quien sois y el nombre de la persona cuyo cadáver acabais de desenterrar, creo que os hagan callar de manera que no pudieseis repetir á nadie lo que quereis que yo os diga.

En efecto, Morillon á quien Poiré aguardaba al borte del camino, habia llegado hasta la sepultura de la Rouarie con la gente que le servia de escolta, sin que el mismo jardinero Perin hubiese advertido la aparicion de un magistrado republicano. Hubiera podido empezar y concluir la exhumacion sin mas testigos por los que habia traído consigo, pero Perin los vió. Sobrecogido por la aparicion de la gente armada que venia á visitar el bosque perteneciente al castillo, se refugió á casa de un vecino, desde donde fue cundiendo la noticia de semejante aparicion, y estendiéndose por todas

las chozas, campiñas y lugares. Los mas intrépidos acudieron al instante provistos de tridos, horcas y guadañas y se interuvaron en el bosque para conocer las intenciones de los recién llegados. Al verles tan en corto número, los mas resueltos se adelantaron y con su ejemplo se envalentonaban hasta los que menos decididos parecian. Precisamente cuando Guillermo Poiré advertió á Morillon del peligro que le amenazaba, mas de cincuenta paisanos llenos de curiosidad é indignacion iban agrupándose en forma de círculo alrededor de los republicanos que tambien formaban su círculo, aunque mas pequeño, alrededor de la sepultura abierta.

Habia entre estos paisanos uno que observaba mas atentamente que los otros, la operacion en que Morillon se entretenia. Este paisano era Santiago Pelerin, ó por mejor decir, Margarita.

Despues de haber ido á noticiar á Mr. de Perbruck la muerte de su hijo, y á advertir á la Rouarie el espionaje de que era objeto principal su retirada, habia vuelto á la choza donde dejara el cuerpo del malogrado Cesario. Quería acompañar á su amante hasta la última morada; pero otras manos habian tomado ya á su cargo el triste oficio de cavar su sepultura. En tanto que ella oraba con los que la habian seguido en esta ceremonia fúnebre, se difundió la noticia de la llegada de los republicanos. Todos los paisanos desertaron del cementerio, y la pobre Margarita, para quien no habia ya esperanza alguna en este mundo, corrió tras ellos creyendo que podría consagrarse de nuevo á salvar á algun desgraciado. Entre todas las concurrentes, que unos á otros se preguntaban asombrados y llenos de furor, quienes eran los infames que se atrevian á remover la tierra en

busca de cadáveres, Margarita era la única que estaba en el secreto, porque había conocido á un mismo tiempo á Guillermo Poiré y á Morrillon, y también había comprendido que debía ser el cadáver de la Rouarie el que estaba envuelto en aquella sábana cenagosa y desgarrada. Entonces se acercó al oído de los que estaban á su lado y les dijo en voz baja quiénes eran aquellos violadores de sepulturas, agentes republicanos, hombres que habían jurado acabar con toda la nobleza de Bretaña y con sus últimos defensores.

Estas revelaciones circularon con rapidez de boca en boca, y se levantó un murmullo general.

—Escuchad, dijo Guillermo á Morrillon. Los paisanos comienzan á irritarse. No olvidéis que yo soy de los suyos y que conozco el idioma en que conviene hablarles: así comprendereis muy bien que si habeis

tenido los medios de traerme á este sitio, yo cuento con los necesarios para impedirles la retirada.

Morillon permaneció tranquilo, y despues de haber examinado la actitud imponente del paisanage se desvió algunos pasos de Guillermo Poiré, y le dijo en voz alta para que todo el mundo le oyese:

—Ten entendido que los quinientos hombres que has dejado á un cuarto de legua de aquí, en cuanto yo les dé el menor aviso no tardarán un minuto en saquear todas las propiedades de las cercanías.

Y diciendo así sacó de su cinto una pistola y la montó.

—Con solo disparar un tiro, añadió levantando el arma á la altura de Guillermo Poiré, penetrarán los quinientos hombres este bosque y pasarán á cuchillo á todo bicho viviente.

No fue necesario mas. De repente comenzó á desmembrarse el

grupo respetable, y unos por la izquierda, otros por la derecha se fueron escurriendo poco á poco por entre el arbolado hasta que al cabo de algunos minutos desaparecieron todos los paisanos en distintas direcciones.

—Qué te parece! dijo entonces Morillon á Guillermo Poiré: ¿no haria yo bien ahora en atarte á la cola de mi caballo y conducirte arastrando como un salteador de caminos?

—No estaria muy bien elegido ese lugar para que yo pudiese enseñaros el camino, replicó Guillermo con tono resuelto; y sin advertir Morillon que uno de los paisanos se habia quedado oculto detras de las ramas de un abeto, preguntó á Guillermo Poiré:

—¿Pues qué, tú sabes el camino que debemos llevar?

—Sé eso y otras cosas

—Pues bien, repuso el comisario

de la convencion, por vida del diablo me lo vas á decir en este mismo instante, ó te levanto la tapa de los sesos!

—Ese no será muy buen medio para hacerme hablar, contestó Guillermo.

Morillon no hubiera vacilado en pagar las noticias que Guillermo podía suministrarle; pero su vanidad no le permitia dejarse imponer un contrato, cuyas condiciones queria dictar por sí mismo.

No obstante, creyó prudente ceder, y dijo á Poiré:

—Pero yo no puedo entregarte ahora los diez mil francos que te he ofrecido, ni los otros diez mil que te corresponderán cuando hubiera encontrado los papeles que busco.

—¿Y á donde es preciso ir para eso? repuso Guillermo Poiré...

—Es preciso volver á Rennes,

contestó Morillon.

—No está muy lejos de aquí la Fosse Ingant, replicó Poiré, y estoy seguro de que allí encontraremos dinero.

—¿En la Fosse Ingant? preguntó aquel; pero si allí no hay tesoro.

—No importa, dijo Poiré en voz mas baja, si os comprometéis delante de todos los que están presentes á darme una gratificación de veinte mil libras yo os prometo ponerlos en disposición de pagármelas hoy mismo en la Fosse Ingant.

No bien habia concluido estas palabras Guillermo Poiré, ya Margarita se habia escapado de su escondrijo; y cuando Morillon acababa de firmar uno de los talones en blanco que el comité de seguridad pública le habia confiado, ya ella estaba á cubierto de toda persecucion.

Apenas cojió Guillermo el talon,

esclamó dirijiéndose hácia el árbol donde habia visto á Margarita.

—Pero antes de nada detened á este.....

Mas pronto calló conociendo que Margarita ya no estaba allí, y solo dijo á Morillon:

—Los papeles de la Rouarie están en la Fosse-Ingant; han sido remitidos á un tal Desilles por orden de los que trajeron á estos lugares al marqués de la Rouarie.

—¡A la Fosse-Ingant! gritó Morillon con entusiasmo.

—Idos con cuidado, dijo Poiré. Allí encontrareis una poblacion mas numerosa que la que circunda el castillo.

—Es que aun no están conmigo, dijo Morillon con un tono de fanfarronería y de orgullo, los quinientos hombres que debian saquear esta campiña, y los otros quinientos que debian cercar el bosque,

los cuales equivalen á dos mil hombres. Tengo además valor, audacia, serenidad y ligereza; y esto puede contarse como otros dos mil hombres. De manera que según mis cálculos, mi fuerza vale por cuatro mil hombres, y eso es mucho más de lo que se necesita para humillar la numerosa población que aludes. ¡ En marcha, en marcha! repuso con viveza; y tú añadió dirigiéndose á Guillermo Porré, acuérdate que si no encuentras los papeles en el lugar donde me dices que están, ya puedes encender tu pipa con el talon de veinte mil libras que acabo de darte. Aunque es al portador, no será pagadero sin una carta de aviso, que yo me olvidaré de escribir, si por desgracia no encontrase en la Foz se logan los papeles que vamos buscar.

Inquieto y desasosegado Guillermo con aquello mismo que iba

ser su fortuna , siguió á Morillon,
el cual se dirigió á toda prisa há-
cia la Fosse lugant.

CAPITULO XXXI.

Mientras que esto pasaba en La Guyomarais, otras escenas no menos agitadas sucedian en la Fosse Ingant. Allí estaba el cuartel general de la conspiracion, allí venia á parar la correspondencia de los principales gefes, cuando querian comunicar sus noticias á la Rouarie é ignoraban su paradero. Desde allí les espedia éste sus órdenes. En efecto, ninguno de ellos mudaba de residencia, sin enviar

Desilles el itinerario del viage que iba á emprender con la indicacion de los lugares donde podria encontrársele. Allí mandaba tambien Calonne sus instrucciones secretas desde Inglaterra, y á manos de Desilles venian á centralizarse todas las cantidades remitidas por los sócios, y los millones de falcos asignados que el ex-ministro de Luis XVI hacia fabricar en Londres. Allí tambien concurren algunos de los nobles que habian presenciado la muerte de la Rouarie, y otros que advertidos de la enfermedad de su gefe iban diariamente á buscar noticias.

Quando la Chataigneraie y Saturnino llegaron con los papeles y los veinte mil francos que Teresa Moellien les habia entregado, tuvo lugar una escena tumultuosa en casa de Desilles.

Muerto el marqués de la Rouarie, se procedió á la eleccion de

su nuevo gefe, y los que habian tomado la iniciativa, y sobre todo el que habia salido agraciado, se apresuraron á proclamar una medida de tanta importancia.

Pero los que no habian asistido á la junta, se negaban á ratificar esta eleccion y no podian comprender que tan ligeramente se impusiese un gefe, por digno y elevado que fuese á una asociacion de nobles, entre los cuales habia unos cincuenta mas ilustres, mas ricos é influyentes que Mr. de Perbruck. La muerte de la Rouarie ya iba produciendo sus amargos frutos: ya empezaba á introducirse la division entre todos aquellos hombres que se habian reunido bajo su bandera, guiados solo por el impulso de su poderosa voluntad. Ademas, una noticia gravísima habia venido á dar una importancia y agitacion inmensas á las deliberaciones de aquella asamblea. En el mismo dia el No-

niton
alistas
bres
ticac
dia
los
dia
este
térn
surr
tal
ta e
rie.
mod
ram
se l
sup
mei
fe
do.
ocu
taiq
los

nitoy insertaba el decreto para el alistamiento de trescientos mil hombres, que la Rouarie habia pronosticado. El 10 de Marzo, era el dia señalado para el sorteo de los soldados á quienes comprendia esta medida extraordinaria; y este dia era [por consiguiente el término en que debia estallar la insurreccion.

«El dia se acerca, decian unos: tal vez sea necesario ocultar hasta entonces la muerte de la Rouarie, y tal vez se obligue de ese modo á los tibios á sostener un juramento, del cual pudieran creerse libres, si se les diese lugar á suponer que la prueba de su juramento ha desaparecido con el jefe ante quien lo habian prestado.»

En tales discusiones se hallaban ocupados los nobles, cuando la Chaigneraie y Saturnino llegaron con los papeles que Teresa les habia

entregado.

Pusiéronlos en poder de Desilles, el cual advertido de manifestarlos, abrió la maleta é hizo un minucioso inventario de todo cuanto en ella venia. Allí aparecieron, segun ya hemos indicado, los poderes espedidos en favor de la Rouarie, su correspondencia con Calonne y con los príncipes desterrados, una infinidad de despachos en blanco firmados por aquel y por estos; pero el documento mas importante, el que constituía por decirlo asi, el foco de la conspiracion, la lista autógrafa de los conjurados en que estaban las firmas de todos ellos, ese no estaba entre aquella porcion de documentos interesantes.

Semejante falta produjo un efecto terrible entre todos los que estaban presentes; y muchos dudaron si aquella lista se habria estraviado anteriormente, si acaso la habrian sustraído, ó si habria ido á caer en

mano

repúl

E

desgr

alarm

los d

cuanc

sa M

S

motiv

llegó

trans

que

conju

parec

mos.

espli

agota

posit

les t

—

ciaci

do a

vues

jama

manos de algunos agentes de la república.

Esto último hubiera sido una desgracia espantosa, y las mas serias alarmas se habian apoderado ya de los ánimos de toda la asamblea, cuando llegaron Fontevieux y Teresa Moellien.

Suscitáronse mil cuestiones con motivo de dichas faltas, y Teresa llegó á conocer por el terror que transpiraba en aquellas cuestiones, que no hubiera sido difícil que los conjurados la hubiesen hecho desaparecer si hubiera caído en sus manos. Despues que unos y otros se explicaron sobre la materia, y agotadas ya todas las suposiciones posibles, Teresa tomó la palabra y les habló en estos términos.

—Señores, el acta de vuestra asociacion se halla en manos demasiado adictas y prudentes, para que vuestros enemigos puedan esperar jamas apoderarse de tan importante

documento. Mientras que deba guardarse el secreto se guardará fielmente; pero os debo prevenir, añadiendo con voz fuerte y sonora, que cuando llegare el día en que cada uno de nosotros deba concurrir á sostener el juramento que ha corroborado con su nombre y su firma, esa lista se fijará en las encrucijadas de todas las aldeas, en los árboles de todos los caminos: cada uno sabrá entonces quienes son los hombres que se han comprometido á salvar la Francia. No tengais, pues, cuidado por el paradero de esa lista, pensad solamente en lo que prometieron. Si necesitais un gefe para conducir á buen término las operaciones militares, procédase á su eleccion enhorabuena; pero tened entendido que quien os obligará á marchar y os conducirá á la victoria será siempre el marqués de la Rouarie. Desde el fondo de su sepulcro llamará por sus nombres á todos

los
Dio
con
llar
gan
la
ro
dos
asa
se
ger
cla
inc
cu
no
qu
se
tr
pe
se
bi
qu
lo

los que han jurado pelear por su Dios y su Rey, y la Francia podrá contar los bravos que respondan al llamamiento y los cobardes que desojan la voz del honor.

Este discurso fue aplaudido por la Chataigneraie y Fontevieux; pero sus aplausos no fueron secundados por los demas individuos de la asamblea. El marqués de Perbruck se hizo intérprete del descontento general tomando la palabra.

—Eso quiere decir, señora, exclamó con un respeto mezclado de indiferencia, que teneis la lista en cuestion: eso equivale á autorizar-nos á pedíros-la personalmente; por que á pesar de los innumerables servicios que habeis prestado á nuestra causa, y cuya importancia no podriamos dejar de reconocer sin ser ingratos, los consejos que hubierais podido dar al valiente marqués de la Rouarie no son ahora los mas oportunos y convenientes

para dirigir nuestra conducta.

— ¡Ya, ya! contestó Teresa Moellen con el mas soberano desprecio. No bien el desgraciado marqués habia exhalado el postrer suspiro, vosotros le abandonábais en medio de la calle donde estaba el infeliz luchando con sus agonias; y ahora que apenas ha podido enfriarse su cadáver en la tumba, á donde fue necesario que le condujesen un amigo fiel y una muger infortunada, ya se me habla como si fuese una estraña.

— Os engañais, señora, repuso con cierta galanteria Mr. de Paradeze, os engañais en punto á los sentimientos que nos atribuis.

Quando todos nosotros formamos la conjuracion, empeñando cada cual su fortuna y su vida en la empresa cuyo gefe era el valiente la Rouarie, todos y cada uno de nosotros nos entregábamos á un hombre, cuyo genio, prudencia y va-

lor nos eran harto conocidos. Este hombre ya no existe. Con él han perecido todas las garantías que nos daba su existencia. Estas garantías las encontramos en otro; por consiguiente, nada más justo que el poner en sus manos el acta de nuestra asociación.

—Esa acta no la obtendréis, dijo Teresa con voz imperativa.

—¡Sí, la obtendremos! replicó Perbruck con energía.

—¡Mirad bien lo que decís, señora! añadió Mr. de Paradeze; vos sola ha asistido al marqués en su cruel enfermedad, vos dísteis á Mr. la Chataigneraie y al conde de Perbruck los papeles que acaban de entregarnos, el acta de la asociación formaba parte de estos papeles; por consiguiente vos la habeis recogido, y debe de estar en vuestro poder. ¿O quereis ponernos en el caso de que tratemos de convenceros?

Al oír esta amenaza, Fontevieux,

la Chataigneraie y Saturnino se adelantaron con prontitud hácia Mr. de Paradeze, Perbruck y algunos otros que habian manifestado su adhesion á dichas palabras. Pero antes de que hubiesen tenido tiempo de espresar su indignacion, Teresa les contavo con un gesto, y tomó la palabra con una altivez que llenó de asombro á los mas atrevidos.

—Señores, les dijo, la empresa que se habia consagrado el noble marqués de la Rouarie, no era una empresa exenta de peligros. Cierta dia que recorriamos los desiertos de la Bretaña, él disfrazado de buhonero, y yo, vestida como una muger ordinaria, fuimos detenidos por una brigada de gendarmes que querian saber quienes éramos.

Mandaba esta brigada un hombre que ha adquirido reputacion de inexorable, ese Delbenne, cuyo solo

nombre tantas veces os ha hecho temblar en el fondo de vuestros castillos. En aquella ocasion se mostró digno de la nombradía que ya entonces gozaba. La Rouarie fué registrado y robado. Despedazáronle la maleta, para convencerse de que no encerraba secreto alguno.

El canastillo donde llevaba yo el pan que comiamos durante estas penosas marchas, tambien me fue quitado y hecho mil pedazos como la maleta de la Rouarie. Nada se nos halló. Entonces uno de los soldados de Delbenne exclamó acercándose á mí: «Todavía no hemos registrado los vestidos de esta muger, é iba á hacerlo, cuando ese feroz republicano, ese cruel Delbenne lo rechazó ásperamente y lo arrojó á sus pies, exclamando: «¿Quién es el cobarde que se atreve á tocar á una muger?»

Mr. de Perbruck se puso pálido como un cadáver. Mr. de

Paradeze se mordió los labios ir-
ritado.

— ¡Ahora bien! señores, prosiguió
Teresa, lo que no se han atrevido
á hacer esos bandidos de quienes
hablais con tanto desprecio, mas
bien por su estupidez que por su
ferocidad; lo que no han hecho esos
bebedores de sangre salidos de la es-
coria del pueblo, ¿querreis hacer-
lo vosotros que os preciais de ser
los mas nobles de toda la nobleza
de la Bretaña? Pues bien: aqui estoy
yo , no me defenderé ni me defen-
derá ninguno, porque á nadie con-
sentiré que me defienda.

Al decir estas palabras se colo-
có con desenfado frente á Mr. de
Paradeze y á sus amigos; pero
nadie se movió, ni se atrevió á
responder á tan arrogante desafío.

Entonces se adelantó la Cha-
taigneraie, y dijo desdeñosamente:
— Señores, lo que ahora está

pasando entre los gefes mas desinteresados de la asociacion, puede darnos una idea de lo que pasaria muy pronto entre los que en ella ocupan puestos menos elevados, si tuviesen noticia de la muerte del marqués de la Rouarie.

El marqués de la Rouarie no ha muerto, añadió con entusiasmo. Vive todavia para mandarnos á todos, para imponernos á todos su voluntad y nuestros juramentos. El dia en que cada uno de los que aqui se hallan hubiere cumplido el sagrado compromiso que todos tenemos; el dia en que nos presentemos con las armas en la mano, y que háyamos podido contar ya los leales y los traidores, los valientes y los cobardes; el dia, en fin, en que seamos fuertes por nosotros mismos, entonces solo entonces podremos decir á Francia que la Rouarie ha muerto. Habrá, es verdad, un hombre, un grande hombre de menos en nues-

tra empresa , pero esta se llevará adelante , y vivirá.

Los conjurados se miraron unos á otros , y la Chataigneraie prosiguió con mayor energía:

—Desengañaos, señores ; si confesamos que ha muerto la Rouarie, vuestras mas caras esperanzas bajarán á la tumba en donde está encerrado. Imitemos la conducta de los nobles españoles , que en el momento de altercar sobre el mando de los ejércitos de Castilla , sacaron de su sepulcro el cadáver del Cid, revistiéronlo con sus propias armas, colocároulo en su caballo de batalla y le hicieron marchar delante de ellos al combate. Los soldados que vacilaban en seguir á los nuevos gefes , se precipitaron en tropel tras de una sombra , y España debió á este noble ardid la mas esclarecida de las victorias , que sirvió para librarla de la dominacion de los tiranos. La Rouarie no ha muerto,

señores , á su sombra debemos todavía el honor de que nos acompañe en nuestros primeros combates.

Esta allocucion del jóven y aguerido noble electrizó los ánimos ardientes y generosos de cuantos componian la asamblea. De este modo quedaren dispensados los ambiciosos de reconocer la eleccion del conde de Perbruck, y se libró á este y á sus amigos de la humillacion por que hubieran tenido que pasar, si retractasen las amenazas proferidas contra Teresa , humillacion que se aumentaria si tuviesen que llevarlas á cabo.

Resolvióse pues, ocultar la muerte de la Rouarie , y que todo continuase como hasta entonces. Resolvieron ademas los concurrentes volver sin pérdida de tiempo á sus respectivos distritos con el objeto de preparar los ánimos al gran movimiento de insurreccion , que debia estallar el mismo dia 10 de Mar-

zo, señalado para el alistamiento por el nuevo decreto de la Convencion.

Entregóseles á los nobles presentes, despachos en blanco firmados por la Rouarie para irlos distribuyendo de tiempo en tiempo, y con la lentitud indispensable para hacer creer en la existencia del marqués.

De este modo debian contarse tantos dias para enviar á la Rouarie la peticion de un título, y otros tantos para obtener su respuesta, de suerte que el que recibiese el despacho pudiese creer que solo habia sido espedido en virtud de su solicitud. Esta maniobra preparada y repetida con habilidad, no podia menos de hacer creer en la existencia del marqués, cuyo paradero nadie sabia á punto cierto. Decidióse asi mismo que los papeles que Desilles habia recibido se colocasen en un gran frasco de vidrio y fue-

sen enterrados en el jardin de la casa.

Habia hacia tiempo en un ángulo de un cuadro al pie de un sáuce , una troneña perpendicular, de mas de dos varas de profundidad.

A la media vara del suelo, una losa cerraba esta tronera ; y una enorme porcion de verde césped cubria la losa. Largos filamentos de una yedra oculta con precaucion se estendian por el césped , y algunas hojas secas esparcidas aqui y alli disimulaban mas el artificio de aquel lugar. En él ocultaba Desilles el dinero de los conjurados, y por consiguiente en ninguna parte podian estar mas seguros los papeles.

Despues de adoptar estas medidas, se disolvió la reunion, y Teresa quedó sola con Fontevieux en casa de Desilles. La Chataigneraie y Saturnino se reunieron con Mr. de Perbruck y Mr. de Paradeze y

se dirigieron á Nantes. Habian elegido para pasar la noche la casa de un colono de Mr. de Perbruck, precisamente la del tercero de los hermanos Robertin de quienes ya hemos hablado y al cual llamaban el Robertin de los seis mozos ó el Robertin de Blain.

Al llegar á esta parte de nuestra historia, dejaremos por algun tiempo á Saturnino, que en concepto de todos pasaba por conde de Perbruck, y referiremos lo que aconteció á los nobles que con mayor entusiasmo se habian adberido á la suerte del marqués de la Rouarie.

En este punto, y solo por algunos instantes, nos vemos precisados á introducir en nuestra relacion un nuevo personaje. Semejante á esos meteoros luminosos que recorren el espacio en algunos segundos, y brillan con un resplador que se estingue no bien aparece, este personaje solo ocupará breves líneas en nues-

tra larga historia; mas continuando el simil empleado, quisiéramos que estas cortas líneas pudiesen hacer resaltar con todo su brillo, el valor sosegado, la sublime abnegacion y el heróico sacrificio de una casta niña de diez y seis años.

Llamábase Angélica Desilles, y no obstante su edad, era tan débil y delicada, que apenas parecia que tuviese doce años cumplidos; y sin embargo, su alma, intrépida como ninguna, y una serenidad á toda prueba la elevó sobre todas las heroínas de una época que producía casi tantos héroes como verdugos.

Despues de la salida de los nobles que habian formado la junta de que acabamos de hablar, la familia Desilles prodigó á Teresa aquellos incesantes cuidados que la debilidad propia de la muger exige, consuelo del cual se veia privada hacia mucho tiempo. Preparósele un baño, donde se fortalecieron al-

gun tanto sus miembros estenuados por la falta de sueño y el continuo andar. Luisa Desilles, la hija mayor de la casa, presentó á Teresa sus mejores vestidos, si bien en vano; pues no hubo medio de reducirla á que abandonase su trage de paño, húmedo todavía por la continua lluvia que sufriera. Este trage de amazona era para Teresa su tesoro.

Por su parte Fontevieux procuró reparar los descabros de su vestido.

En el seno de toda aquella buena familia que por tan estrañas circunstancias se hallaba reunida, advertiase un dolor inmenso, inesplicable; pero tal habia sido la miseria de Teresa y Fontevieux, que ambos experimentaban una especie de júbilo interior al verse en una habitacion abrigada, en torno de una mesa bien servida, con ropa blanca limpia, y con una hora de

seguridad y sosiego. Habian pasado tantos dias y tantas noches sin descanso, espuestas á los rigores de la intemperie, y sin tener mas compañeros de su existencia que el hambre, la sed y el terror, que ya no recordaban aquellos sentimientos de felicidad que en otro tiempo habian gozado. Pero esta nueva situacion era demasiado buena para aquellas víctimas consagradas al infortunio. De repente se oyeron fuertes golpes en la puerta de la casa, y el terror se difundió en los ánimos de toda la familia. Abrióse aquella con precaucion, y un jóven paisano penetró en la sala casi sin aliento, y exclamando lleno de ansiedad:

— ¡ Huid, huid por Dios! Los republicanos se nos echan encima; Morillon los manda, y Morillon sabe que los papales de la Rouarie han sido trasladados á la Fosse Ingant!

CAPITULO XXXII.

Entretanto , Teresa y Fontevieux habian couocido á Margarita ; y por ella supo toda la familia Desilles la llegada de Morillon á la Guyonmarais , la exhumacion del marqués de la Rouarie , y el aviso importante dado por Guillermo Poiré.

El peligro era inminente ; no habia mas recurso que huir. Fontevieux y Teresa como mas comprometidos , tomaron los mejores ca

ballos y salieron á toda prisa en direccion de San Malo. Desilles el padre los siguió: el hijo fue á esconderse en un bosque inmediato, y las dos señoritas Desilles, Luisa de 20 años de edad, y su hermana Angélica quedaron solas en casa con la infeliz Margarita, que ya no tenia fuerza para dar un paso mas. Diéronle ropa de muger, y fue á ocultarse en un establo: si fuese descubierta, la harian pasar por criada encargada del servicio del establo.

A poco rato llegó el cuñado de Mr. Desilles, Picot Limoelan, á ver á sus sobrinas. Habia sabido por algunos paisanos la espedicion á la Guyomarais, y venia á prevenir á la familia Desilles que debia ignorarlo. Apenas Luisa lo vió, echó á correr hácia él diciéndole que huiese sin tardanza, que iban á llegar Morillon y los republicanos; pero Picot cree que no tiene que te-

mer nada, y se empeña en quedarse para ser testigo de lo que va á pasar. Mauda á sus sobrinas que afecten serenidad y tengan ánimo, se sienta á la mesa de donde se habia dispersado toda la familia, dispone que continúen sirviendo la comida, y obliga á sus sobrinas á sentarse á su lado y proseguir comiendo.

No habian trascurrido veinte minutos, cuando Morillon con doce gendarmes que mandaba Delbenne, llegó á la *Fosse Ingant*, siempre acompañado de Guillermo Poiré. En aquel momento, hubiera bastado la menor señal de Picot Limoelan para reunir en media hora mas de doscientos paisanos armados y dispuestos á acabar con Morillon y con cuantos le acompañaban. Pero, este cabecilla, con esa audacia que hacia de él un hombre tan temible, se apeó en una hosteria del lugar, y á los cinco minutos ya habia man-

Bad
gar
dos
ant
Dio
en
pod
C
im
rias
que
á o
bor
se
los
bier
cab
que
diri
en
arti
com
dos
gan

gado llamar al alcalde de la *Fosse In-*
gant. Era este uno de esos magistra-
dos improvisados en la república, un
antigo maestro de escuela llamado
Dionisio, que habia sabido fundar
en torno suyo el terror de su escaso
poder.

Ciudadanos, le dijo Morillon, tomad
inmediatamente las medidas necesari-
as para alojar dos mil hombres
que deben llegar de un momento
á otro. Prevenid al toque de tam-
bor á los moradores del pais que
se dispongan á recibir en sus casas
los soldados de la república: tam-
bien se necesitan cuabras para cien
caballos. Las dos piezas de artilleria
que vienen á retaguardia, añadió
dirigiéndose á Delbenne, se colocarán
en el patio de esta posada, y los
artilleros que las sirven se vendrán
conmigo.

A los pocos minutos reunidos to-
dos los habitantes de la *Fosse In-*
gant al rededor del tambor de pre-

gonero, se enteraron de que iba á entrar en la aldea un cuerpo de ejército compuesto de dos mil infantes, cien caballos y dos piezas de artillería.

¿Con qué objeto se desplegaba tal aparato de fuerza en un país que hasta entonces habia estado tranquilo? Nadie podia adivinarlo, pero al mismo tiempo todos estaban poseidos de asombro. Los que tenían casa, se apresuraron á cerrar las puertas y ventanas. Los que no eran vecinos del lugar, se retiraron á buen paso y llevaron á los alrededores la noticia de este grave suceso. De este modo se difundió en un radio de mas de una legua el terror que protegió á Morillon en la expedición que se habia atrevido á intentar casi solo por medio de un país enemigo, y que pertenecía por entero á la asociación, cuyo centro venian á atacar sus adversarios.

Cuando el comisario de la Con-

convencion pudo calcular que el terror que se proponia infundir habia obrado ya suficientemente, salió con sus doce gendarmes, con el alcalde Perrin y con Delbenne, que no se separaba de su lado, y se fue en derechura á la casa de Desilles.

Picot Limoelen, que ya sabia cuanto habia pasado en el lugar, le esperaba sentado á la mesa, en compañía de sus dos sobrinas.

Morillon llamó á la puerta.

—Quién es? dijo Picot muy sereno á pesar del murmullo de gentes que se sentia en la calle.

—Abrid en nombre de la ley, respondió Morillon.

—Abre, dijo Limoelan á su criado.

Entró Morillon ceñido con una banda tricolor y llevando en el sombrero las plumas de tres colores, que solo podian traer los individuos de la Convencion nacional.

—Quién sois? dijo Limoelan sin alterarse en lo mas minimo.

—Soy un magistrado de la república, contestó Morillon con aspereza, y vengo á descubrir y á prender los traidores que se albergan en esta casa.

—De quiénes quereis hablar, repuso Limoelan con frialdad.

—No eres tú el ciudadano Desilles, preguntó Morillon, tuteando al que era en su concepto el dueño de la casa?

—No señor, respondió Limoelan con la misma calma, yo no soy Desilles. Mi cuñado ha salido muy de madrugada para la caza, y como es tan aficionado á esta diversion, es posible que se quede en el monte con sus amigos, y que no regrese hasta dentro de unos dias.

—Es efectivamente el señor, cuñado de Mr. Desilles? preguntó Morillon al alcalde que le acompañaba.

—Sí, es Mr. Picot Limoelan, respondió Dionisio.

—No os lo he dicho, repuso Picot? O creéis, añadió con cierta admiración, que yo trató de engañaros?

Morillon examinaba atentamente al tío y á las sobrinas. El desembarazo con que Limoelan respondia, y la tranquilidad de las dos jóvenes, comenzaban á hacerle creer que tal vez Guillermo Poiré habria querido engañarle. Dirigió á Poiré una mirada terrible; y este le dejó satisfecho con su aire de tuno refinado.

Pero Morillon era de esos hombres que no necesitan para acusar mas que una leve sospecha, y que han de tener veinte veces la certeza de la inocencia de un hombre antes de ponerle en libertad.

—Con que Mr. Desilles está en la caza?

Y su hijo habrá ido con él.

—Sí; señor.

—Tengo una gran satisfaccion en que no les háyais acompañado, y que yo me encuentre aqui con una persona con quien poder esplicarme.

—A fe mia, repuso Limoelan con un tono muy desenvuelto, como hace frio, me ha dado pereza esta mañana, y he preferido quedarme cerca de la lumbre.

Estas pocas palabras fueron suficientes para perder á muchas victimas, pues por ellas conoció Morillon que le estaban engañando.

—Cuan dichoso sois, dijo Morillon con indiferencia, por haber podido quedaros esta madrugada tan cerca de la lumbre!

—Efectivamente, dijo Limoelan los caminos deben estar intransitables.

—Teneis razon, repuso Morillon y si no que lo digan vuestras botas: todavia las teneis cubiertas de

lodo y muy mojadas.

Y luego añadió levantando fuertemente la voz, y advirtiendo la turbacion de Limoelan:

—Os diré que no estábais aqui esta mañana; no os habiais quedado en esta casa para poder sacudir la pereza al lado de la lumbre; que acabais de llegar hace poco, porque vuestras botas están vertiendo todavía la humedad y el lodo que han cogido en el camino; habeis mentido. Desilles no está en la caza; está oculto ó se ha escapado. Habreis sabido con tiempo mi llegada, y le habreis dado aviso. ¡Delbenne, añadió furioso, prended á este hombre y á estas dos muchachas! Vamos á proceder al registro.

A esta órden apoderáronse los gendarmes de Picot Limoelan, de Luisa y de Angelita.

—Ciudadano alcalde, repuso Morillon, ¿has traído los hombres que te he pedido?

—Aguardau tus órdenes, contestó Dionisio, que se puso á tutear á Morillon, siguiendo las costumbres republicanas.

—¡Corriendo! que vengan conmigo, añadió este.

—Dispensadme, dijo Picot Limoe-lan, pero las leyes no os autorizan para hacer ningun registro en la casa de un hombre ausente, sin llamar testigos que puedan deponer sobre el modo de hacerse ese registro.

—Sea enhorabuena, le dijo Morillon en touo de burla, vos se-reis uno de esos testigos y las se-ñoritas Desilles serán los otros; y ya que invocais la ley, supongo que estareis satisfecho de la mane-ra con que yo la aplico. Me pare-ce que el mismo Mr. Desilles no hubiera podido escoger mejores re-presentantes que los que yo le doy.

—Los prisioneros no pueden ser

testigos , replicó Limoelan.

—Soltad al señor y á las señoritas , dijo Morillon á los gendarmes. Y ahora decid lo que gustéis , añadió dirigiéndose á Picot , haced las observaciones que creais convenientes , y se insertarán letra por letra en el sumario que va á redactar el señor alcalde. Hablad también , señoritas , esponed vuestras quejas , decid vuestras protestas ; yo quiero que todo se haga con estricta legalidad , y que si yo traspaso el límite de mis atribuciones , pueda serviros este sumario para hacer que se me castigue.

Picot Limoelan calló , y sus sobrinas hicieron otro tanto.

En aquel instante entraba el alcalde con siete ú ocho hombres armados de palos y azadones ; Morillon los llevó al jardin , á donde se encaminaron todos los demas.

—Ea , muchachos , les dijo , removed toda esa tierra y á la primera

resistencia que encontréis, ya sea piedra, ya sea cosa parecida á madera, yeso ó vidrio, os prometo daros una buena gratificación para beber.

Al oír estas disposiciones, Angélica Desilles y Picot Limoelan permanecieron impasibles; pero Luisa no pudo dominarse lo suficiente para ocultar su turbación, y de pronto se cubrió su rostro de una palidez mortal.

—Por Dios no nos comprometáis! le dijo Angélica en voz sumamente baja.

—Dejad dejad, señorita, dijo Morillon fisgoneando; la palidez de vuestra hermana no me dice nada de nuevo: ya sé yo que están enterrados en este jardín los papeles del marqués de la Rouarie.

—Pues buscadlos, le dijo Angélica con la mayor frialdad.

—Mirad, repuso Morillon en tono de faramalla, mucho mejor hariais

diciéndome desde luego donde están, y así os aborruarais el disgusto de ver destruir sus lindos arbolitos, sus preciosos adornos de boj, y esas calles y divisiones tan limpias y cuidadas.

—Lo mismo me dá, dijo Angélica afectando la mayor ingenuidad, al fin no necesitáis gastar el tiempo en buscar esos papeles, porque papá se los ha llevado.

Como presumia Morillon que Desilles habia recibido aviso de su llegada, no le era muy difícil creer que su hija decia la verdad, y que Desilles habria llevado consigo unos documentos de tanta importancia. Pero la repentina palidez de Luisa no pudo menos de hacerle creer que algo habia en el jardin.

Comenzó la tarea de los cavadores, que debia ser bastante larga y trabajosa, aunque el jardin no tenia mucha estencion.

No contento Morillon con vigi-

lar los trabajos, mandó á Picot Limoelan que hiciese llamar á su presencia á todos los criados de la casa. Limoelan que los conocia á todos, los llamó por sus nombres. Desgraciadamente, en medio del desorden de aquel dia, se olvidaron de advertirle la venida de Margarita, y su presencia en la cuadra.

Cuando llegaron al jardin todos los que Limoelan habia llamado, Morillon los examinó atentamente, les hizo algunas preguntas, y pronto echó de ver que no podian suministrarle noticia alguna, y que no estaban en los secretos del amo de la casa. Iba á mandar que se retirasen, cuando dijo á dos de los gendarmes:

— Antes de nada, id á registrar la casa, las troges y las cuadras, y ved si queda todavia algun otro.

Angélica Desilles se acordó en

tonces de Margarita y dijo:

—Todavía falta una pobre criada que hay en el establo de las vacas: se encuentra enferma y estará acostada. Así agradecería mucho que en vez de hacerla venir, os tomáseis el trabajo de ir junto á ella para interrogarla.

—Lo siento mucho, hermosa niña, dijo Morillon; pero tengo que examinar los trabajos de esta gente. Delbenne, añadió, id á traerme esa criada; yo me quedo con estos valientes.

Los cavadores habian removido ya un cuarteron del jardin, aunque inútilmente.

Poiré que seguia sus movimientos con la vista, no hacia mas que encogerse de hombros.

—¿Qué hay de nuevo, ciudadano Poiré? dijo Morillon. ¿Qué encontráis de malo en nuestro modo de proceder?

—Nada, absolutamente nada, con-

testó Poiré; pero me atrevo á apostar cualquier cosa á que no encontráis uada de cuanto pueda haberse enterrado en ese jardin.

—Os doy gracias por vuestras lecciones, maestro Poiré, pero lléve-me el diablo si no consigo dar con el tesoro, aunque sea preciso remover la tierra hasta veinte pies de profundidad.

—Adelante! dijo Poiré en tono de burla.

Volvió Delbenne, pero solo.

—Cómo es eso! dijo Morillon, la pobre enferma se ha escapado?

—No por cierto, contestó el oficial de la gendarmería, sino que está durmiendo, y se advierte en su rostro tal palidez y una debilidad tan grande que dá compasion el despertar á esa pobre muchacha. No duerme uno tan bien cuando es criminal.

—Yo no creo en el sueño del justo, dijo brutalmente Morillon.

Traédmela inmediatamente.

A la sazón emprendian su tarea los cavadores en el cuadro donde estaba el antiguo Sáuce, á cuyo pie se habia enterrado el frasco que contenia los papeles de la Rouarie. Guillermo se paseaba por los estrechos senderos que habia entre los cuarterones. Luisa Desilles seguia sus pasos con unas miradas llenas de ansiedad: detúvose Guillermo un rato delante del sáuce: Luisa hubo de caer desmayada. Afortunadamente Morillon que no la perdía de vista, volvió la cabeza hácia donde venia Margarita, á quien reconoció desde luego.

No pudo disimular la alegría que semejaute descubrimiento le causaba, y salióle al encuentro con el aire mas burlesco del mundo y fingiendo galanteria.

—Cómo es esto! exclamó adelantándose, señorita Margarita Lemaitre, ó Marchand, ó cualquier otro

nombre ; porque presumo que vuestro padre tenia hasta media docena ! Como es eso ! la hija de un funcionario público , añadió con el gesto horrible de un hombre que hace caer una cabeza ! Cómo ! una persona de tan alta gerarquía verse reducida á la miserable condicion de criada de un establo !

— Prefiero ese oficio al que teneis , contestóle Margarita , mirándole con el mayor desprecio .

— Mi oficio es el de un patriota , querida ciudadana .

— Tanto peor para los patriotas , si para asemejarse á vos necesitan ser espías , delatores y asesinos !

— Cuidado con lo que dices , miserable ! exclamó furioso Morihon .

— Yo no digo mas que la verdad , repuso Margarita . Os habeis valido de un vil engaño para sorprender el secreto de vuestros enemigos ; y despues de haberlo conseguido ,

vos que segun propalais habeis sido enviado para hacer observar las leyes, habeis asesinado á un hombre en medio del camino...

— Mientes, miserable!

— Ese hombre vive, y lo dirá...

— Mientes!

— Yo lo he salvado.

— Tú!

— Si, yo, yo misma fui á avisar al marqués de la Rouarie de tu infame arteria.

— Desgraciada! exclamó exasperado Morillon.

— Yo soy, continuó Margarita con feroz perseverancia, la que anuncié tu llegada á la familia de la casa...

— Tú! exclamó Morillon llevando su furor al extremo. Prended á esta desgraciada... á esta...

Morillon, á quien faltaban injurias que proferir, se arrojó sobre Margarita con el puño levanta-

tado:

—Obedeced, dijo Margarita á los gendarmes, pues sino este hombre me va á tratar como le trataron en el calabozo.

Esta escena violenta é inesperada llamó la atención de todos. Hasta los mismos cavadores suspendieron su trabajo y quedaron asombrados al ver aquella jóven que con tanto valor desafiaba al gefe supremo de una autoridad, cuyo poder estribaba en el cadalso.

Al advertirlo Morillon, exclamó con violencia:

—Y bien! qué haceis desdichados, qué mirais?

—Y luego, mudando de tono, continuó:

—Sí, sí... venid á prender á esta muchacha...

Al momento se acercaron dos gendarmes á poner en ejecución su mandato.

—Atadla codo con codo.

—Es inútil, dijo Delbenne, no se nos escapará.

Morillon miró á Delbenne, como si no comprendiera que fuese posible resistir la mas pequeña de sus órdenes.

—Me habeis entendido? replicó.

Delbenne hizo señal á uno de los gendarmes, el cual ató los brazos á la pobre Margarita.

—Aprieta bien las cuerdas, dijo Morillon.

—Señor, el tormento está prohibido, observó Limoelan.

—Ata tambien á esa conspiradora, á ese aristócrata.

Al oír esta nueva órden, los que estaban cavando en el jardín y que eran labradores que el alcalde habia buscado en la aldea, se pararon por segunda vez, y dos ó tres de ellos levantaron sus azadones en disposicion de arremeter.

—Gendarmes, gritó Morillon, preparen las armas..... apunten.....

y fuego al primero que se mueva.

Los labradores quedaron inmóviles, mas no volvieron á continuar su trabajo.

—Al trabajo! al trabajo! exclamó Morillon exasperado y sacando una pistola.

Si Limoelan hubiera hecho la menor señal, todos aquellos labriegos se hubieran avalanzado sobre los gendarmes, antes que estos hubiesen podido hacer uso de sus armas. La lucha se hubiera empeñado con calor, y en caso de vencer en casa de Desilles, Morillon y los suyos, no les habria sido tan fácil escapar de la aldea, cuyos vecinos se hubieran levantado en masa al ruido de semejante escena. Pero Limoelan se creyó en salvo, porque ya habian pasado los cavadores el sáuce, al pie del cual estaban escondidos los papeles; las palas manejadas con descuido, y los azadones que apenas profundizaban

el terreno, no llegaron á dar en la losa, colocada á diez pies de profundidad, y la misma superficie que con tanto cuidado habia cubierto de céspedes Desilles, y que ahora aparecia enteramente removida por órden de Morillon, no conservaba ya el menor vestigio que pudiera indicar el sitio del depósito.

—Vaya, hijos míos, obedeced y trabajad, dijo Limoelan; no hay mas remedio que sufrir las sospechas infundadas que contra nosotros tienen.

Los cavadores prosiguieron su trabajo. Poiré se sentó en el brocal del pozo, y comenzó á silbar una cancioncilla burlesca. Las dos señoritas Desilles estaban en pie y con los ojos bajos para disimular la alegría que experimentaban, creyéndose ya libres de todo peligro. Margarita miraba á Morillon con cierto aire de triunfo. Limoelan no podia explicar cómo así se

atrevia esta muchacha á provocar la cólera de Morillon. Este que no sabia reprimir sus iracundos movimientos, paseábase en actitud resuelta y descargaba injurias y amenazas de toda especie sobre los infelices trabajadores. De repente dió un grito la señorita Luisa Desilles.

—Qué es eso? dijo Morillon siguiendo las miradas de la jóven.

—El plátano que se plantó el día del nacimiento de Angélica; que no lo arranquen, contestó Luisa.

—Arrancadlo, destruidlo y cavar hasta seis pies! exclamó el feroz comisario, suponiendo que aquella piadosa religion hacía un recuerdo de familia, no era mas que el terror que habia experimentado Luisa, al ver que los cavadores se acercaban al lugar fatal.

El mismo Morillon se puso á trabajar. Siguen cavando mas y mas. Encuentran un banco de piedras que

probablemente debia existir intacto desde la formacion del terreno. Cada vez mas irritado Morillon, rompió la azada que habia cogido y saltó del hoyo como una fiera que busca una víctima.

Vé á Margarita, la cual abrumaba por el cansancio, se habia apoyado en el tronco de un árbol.

—Corre hácia ella y le dá un fuerte empujón diciendo:—Vamos, pronto, levántate!

Un grito de horror salió de los labios de los circunstantes que no comprendian un acto de tamaña ferocidad.

—Quién es el que se atreve á hablar? dijo Morillon.

—¡Yo! exclamó Delbenne, y os prevengo que si empezais á cometer brutalidades por ese estilo, me retiro al instante.

—¡Gendarmes, prended á ese faccioso! exclamó Morillon.

—¡Gandarmes, á vuestros puestos! repuso Delbenne con autoridad.

A su voz obedecieron los gandarmes, y Delbenne se dirigió hácia Morillon, que estaba encendido de cólera. Despues de hacerle el oficial un saludo militar, le dijo en tono frio y severo:

—Ciudadano Comisario, yo soy el gefe inmediato de esta fuerza, y no puede ni debe obedecer otras órdenes que las mias. Estoy pronto á recibir las vuestras y á transmitirselas.

—Tenemos que ajustar cuentas, ciudadano oficial, y yo os haré ver....

Delbenne se quedó inmóvil y conociendo Morillon que podia comprometer su causa, se contuvo y repuso:

—Vos me respondeis de estos prisioneros, cuidado con eso.

Delbenne le volvió la espalda.

Guillermo Poiré contiuvaba silbando como antes. Ya estaba descompueta la mitad del jardin , y los cavadores no habian hallado nada.

Sacó el reloj Morillon , y vió que se acercaba la tarde. Si dejaba llegar la noche sin que los moradores de la Fosse Ingant viesen las tropas cuya próxima venida les habia anunciado , era muy fácil que descubriesen el embrollo. Otras mil circunstancias podian perjudicar á Morillon , aunque no fuese mas que la llegada de algunos transeuntes que dijesen no haber encontrado fuerza armada , en cuyo caso el riesgo de Morillon y de los suyos era inminente.

Mas de un ejemplo le hacia temer que le acometiesen y asesinasen sin piedad. Los labradores de la Bretaña no habian aprendido todavia á jugar con la sangre humana , pero ya habian matado algunos agentes del gobierno que se ha-

bían presentado á exigirles las contribuciones. Harto hacia Morillon con apremiar á los trabajadores, que ó iban muy despacio en su tarea, ó si se daban prisa no hacían mas que desflorar el terreno solamente algunas pulgadas. Ya empezaba Morillon á desesperar del éxito de su empresa. Todos los semblantes aparecían inmóviles y ceñudos en su preseucia: nadie había de quien pudiera tomar consejo en tal apuro. Entonces advirtió que Guillermo Poiré continuaba sentado en el brocal del pozo, silbando sin cesar y moviendo las piernas á guisa de hombre distraído. Morillon creyó oportuno consultar su voto.

—Tú me has dicho que los papales debían haberse enterrado en el jardín...

—Yo he dicho lo que había oído.

—Pero crees tú que estén aquí?

—Apostaría que e sí.

—Y cómo hacer para dar con ellos?

—Vos teneis vuestro sistema que vale sin duda mas que el mio, dijo Poiré con insolencia; pero si vos hicieseis cavar el jardin hasta unos veinte pies de profundidad, estoy seguro que llegaria á encontrarlos. Solo hay el inconveniente de que se necesitarian cuarenta hombres y quince dias de trabajo.

—Y cómo lo hubieras hecho tú?... dijo Morillon, como al tigre que esconde las uñas.

—Ah, señor, yo no lo sé... pero yo no hubiera tocado ni una mata de verdura... alli van á remover un cuadro de chirivías... de qué sirve eso?...

—Mas para reconocerlo...

—Mi opinion es que si allí se hubiese hecho alguna escavacion... las chirivías se hubieran secado, y si se sembraban otras, no tendrian las hojas tan verdes ni tan

lozanás...

—Puede ser: pero lo que se ha hecho, hecho está... Veamos si hay algun medio de proceder de otro modo.....

—Me parece, dijo Poiré, que si escribieseis la carta de aviso al pagador de Nantes, por los veinte mil francos *en metálico*, eso me abriría los sentidos y potencias.

Morillon se quedó un rato pensativo... por fin conoció que era preciso ceder.

—Corriente! le dijo, yo la escribiré esta noche.

—No, no, al momento; en esta casa no saltarán plumas, tinta y papel.

—Pero cómo vamos á dejar solas estas buenas gentes?...

—No hay peligro alguno, contestó Poiré, ya se consideran salvados.

Pidió Morillon recado de escribir, y Luisa le acompañó á la

casa, dándole todo lo necesario al efecto.

Púsose á escribir Morillon é iba leyendo sus renglones á medida que los estampaba en el papel. Poiré seguía á la vez con los ojos y con oídos el movimiento de la pluma y de la voz, para convencerse de que Morillon no decia una cosa y escribia otra..... Este concluyó diciendo:

—Y ahora, la salutacion de costumbre..... Yo te saludo, libertad, igualdad, fraternidad, ó muerte..... y firmó.

Pero en lugar de estas palabra, habia añadido lo siguiente: «Mandad arrestar inmediatamente al hombre que os entregue esta carta.»

—Toma, le dijo dándosela á Guillermo, lee.

No se habia olvidado Morillon del embarazo de Poiré cuando habia querido enterarle por escrito de su comision en el castillo de Nan-

tes, y por lo mismo se aprovechó de su ignorancia. Guillermo cayó en el garlito.

Después de haber pasado la vista por los renglones haciendo como que leía, devolvió la carta á Morillon para que la cerrase y le pudiese el sobre.

—Y ahora despachemos, dijo el comisario de la Convencion.

—Venid conmigo, dijo Guillermo pronto se saldrá del paso.

Morillon tenia tal prisa de hallar por fin el precioso depósito que se olvidó de Luisa y volvió al jardin sin detenerse.

Guillermo se dirigió al sáuce, y exclamó:

—El escondite está aqui!

Limoelan se estremeció: solo Angélica permaneció impassible.

—Pero, si ahí ya se ha cavado, dijo un aldeano.

—¡Cierto, repuso Guillermo, ¿eres tú quién ha cavado ahí.....

—Si, yo soy.

—Y no has echado de ver la facilidad con que el azadon entra en la tierra?

—Cuando ha llovido, todas las tierras son blandas.

—Cierto! repuso Guillermo, y la lluvia desprende la yedra del suelo, no es verdad? y la lluvia reúne al pie de un sáuce hojas de platáno y hojaranzo mas espesas que las que tiene el sáuce?.. Vaya, vaya con el hombre! tambien yo he cavado en algun tiempo, y vas á ver que no se me ha olvidado el oficio.

Guillermo se armó al instante de un azadon, y á los tres ó cuatro golpes, tropezó con la piedra.

—Ya estamos, exclamó!

Descubierta la losa con suma rapidez, la levantó, y enseñando á Morillon la tronera que bajaba hasta una gran profundidad, le dijo:

—Será posible que no haya nada

allá en el fondo?

—Oh! si, si, exclamó Morillon entusiasmado; ya veo una cosa que brilla; es una arca de hierro.

—No por cierto, dijo Poiré, que trataba de ensanchar al agujero para poder llegar al fondo... no es de hierro ni de cobre.

Se tendió en el suelo, introdujo en el agujero su brazo y sacó el precioso frasco que puso en manos de Morillon.

—Son los papeles, exclamó este cogiendo el frasco con cierta especie de delirio. Por fin tenemos ya las pruebas... Señor de Limoelau, añadió con una sonrisa insultante, quereis asistir al inventario que vamos á hacer?

—Yo lo exijo, señor.

Morillon, Delbenne, el alcalde y los gendarmes volvieron á la sala con los prisioneros. Morillon abrió el frasco, sacó un legajo y se puso á hojearlos. Prorrumpia en arran-

ques de júbilo á cada papel que examinaba. Primero encontró el plan de la asociacion escrito de mano de Teresa Moellien; despues, la comision dada por los príncipes á la Rouarie, la correspondencia de Calonne, los títulos firmados en blanco... Cartas escritas por Luisa Desilles á la Rouarie, en las cuales le comunicaba los pasos dados por su padre, cuenta de ingresos y gasto de la asociacion.

Morillon leia y releia estos papeles unos tras otros, los numeraba y clasificaba; no estaba un momento quieto en su asiento, hablaba, hacia mil gestos y contorsiones. Al llegar á la correspondencia de Luisa, exclamó:

—Hola! hola! dónde está esa señorita que tiene los libros de la conjuracion? Asegurad la persona de la señorita Luisa Desilles.

—En dónde está? preguntó Delbenue.

Limoelan la buscaba con la vista

—Oh! exclamó Morillon..... eran dos..... en dónde está la otra?.... dónde está esa Luisa?

—Yo soy! dijo Angélica presentándose con la mayor serenidad.

—Quien lo creyera, la picarilla, dijo Morillon..... pero no os alarmeis, señorita, yo espero que estareis muy bien acompañada.

Y diciendo esto, se puso á abrir, hojear y recorrer rápidamente los papeles que aun no habia ordenado. Al cabo de algunos minutos, su rostro apareció sombrío; volvió á cojer los papeles, los examinó de nuevo, les dió mil vueltas, los abrió uno por uno; pero el que con mas ansia buscaba no parecia... La lista de los conjurados no estaba en el frasco.

La insaciable crueldad de Morillon se enardeció hasta tal punto, que despues de haberse convencido

de que faltaba el mas precioso documento, cayó desmayado en su silla como un hombre sumido en la mayor de las desgracias.

—Nada! esclamaba lleno de desesperacion, nada!

Nada valia en efecto para Morrillon el haber descubierto las pruebas de aquella conspiracion que nadie queria creer en Paris. Y sin embargo, tenia en sus manos el plan de la empresa, y una multitud de documentos en los cuales aparecia que la mayor parte de los nobles de la Bretaña conspiraban con los principes desterrados en el extranjero; sabia que Calonne les enviaba recursos; y en fin, gracias á su descubrimiento, la Convencion podia justificar las palabras de Danton, que la Inglaterra rechazaba como una vil calumnia, es decir, la fabricacion permanente de falsos asignados.

Tantos documentos importantes,

un descubrimiento de tal gravedad nada eran á sus ojos, puesto que no podia aprehender á una multitud de nobles para entregarlos al tribunal revolucionario y verlos subir al patíbulo.

Morillon se habia imaginado un horrible triunfo. Contaba descubrir todos los nombres de los conjurados, perseguirlos, atacarlos y apoderarse de sus personas, y cuando tuviese doscientos reunidos, pedir á la conyencion un ejército para conducirlos hasta París donde haria su entrada triunfal á la cabeza de los regimientos que se hubiesen puesto á sus órdenes, llevando entre dos filas de soldados cuarenta carros cargados de prisioneros, con el nombre de cada uno inscripto en grandes tarjetones.

Para esta entrada triunfal se habia mandado hacer Morillon un uniforme lujoso; habia dispuesto el orden de la marcha; pareciale ya

presenciar su llegada á la Convencion, y habia compuesto su discurso. En fin, recordando haber visto en otro tiempo á un general que era objeto de una brillante ceremonia de banderas cogidas en el campo de batalla, exclamó lleno de entusiasmo:

—Yo haré mas que ofrecer á un Rey harapos llenos de humo; presentaré como un tributo á mi patria las cabezas de sus enemigos.

Tal era este miserable aventurero, mónstruo de ferocidad que causó harto asombro en toda la Bretaña, para que no debiese dudar que la Convencion habia elegido el mas cruel perseguidor que podia enviarle. ¡Desgraciado pais que al fin debia olvidar el nombre de Morillon, borrado con los sangrientos recuerdos de Carrier!

La consternacion de Linoelany de Angélica al descubrirse el de-

pósito, debieron hacer creer á Morillon que habia encontrado lo mas importante que en la casa habia. Hechas algunas otras investigaciones infructuosas en varias partes de aquella, tuvo que contentarse con el hallazgo del jardin, y dió sus órdenes para emprender la retirada.

Ya era tiempo, pues como lo habia previsto, los moradores de la Fosse Ingant que en vano habian estado aguardando todo el dia la llegada de las tropas anunciada por Morillon, manifestaron el mayor asombro no viéndolas llegar: algunos de ellos, mas curiosos y mas atrevidos, habian ido á las afueras, de donde volvieron asegurando que por ninguna parte se veia la menor apariencia de la aproximacion de fuerza armada.

No obstante, Morillon se quedó con Delbenne en la casa, ínterin los gendarmes iban á buscar sus caballos á la hosteria donde los ha-

o-
as
a.
o-
le
no
r-
a.
lo
le
in
la
or
or
a-
is
i,
e
-
n
-
n
s
-
bian dejado.

Algunos grupos observaban ya la casa desde léjos. Al ver ensillados los caballos, todo el mundo conoció que los gendarmes se disponian á evacuar la Fosse Ingant. Hubo su llamamiento, conferencias y escitaciones, y en pocos minutos se agolpó á las avenidas de la casa Desilles una multitud bastante numerosa. Mientras tanto, los gendarmes habian entrado en el patio de la casa, cuyas puertas cerraron.

Picot Limoelan se puso á la grupa de Delbenne, con las manos atadas á la espalda, y unido á él con una fuerte cincha. Angélica Desilles, que seguia pasando por Luisa, fue tambien colocada á la grupa de Morillon, sujeta y atada como su tio. La pobre Margarita, atada de la misma manera, quedó al cuidado de Guillermo Poiré.

Cuando todos estuvieron á caballo, pusiéronse á la cabeza cua-

tro de los gendarmes. Delbenne, Morillon y Poiré se colocaron en el centro con un gendarme á cada lado; los otros cuatro ginetes formaban la retaguardia de aquella partida.

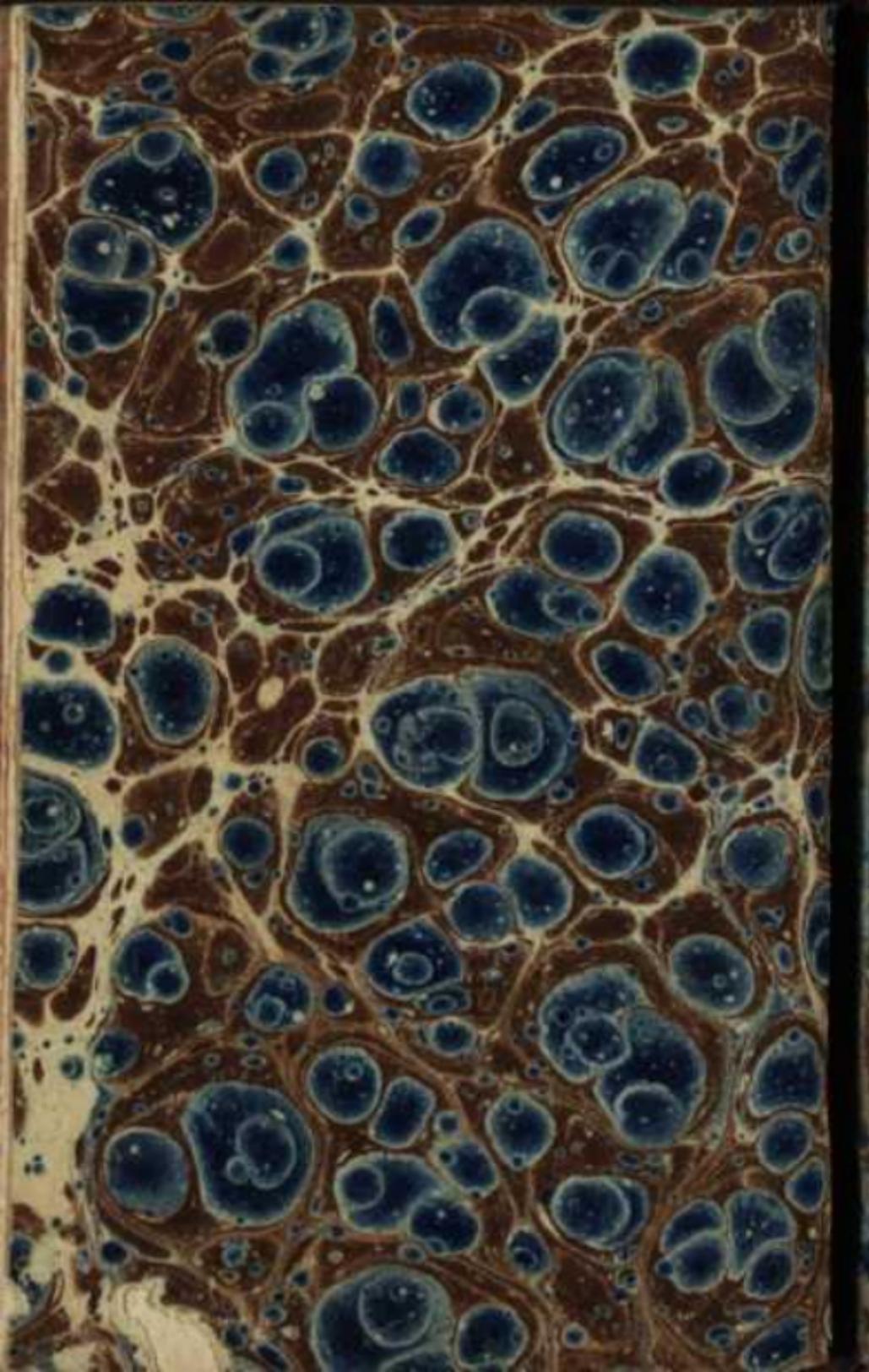
A una señal de Morillon, el alcalde abrió de par en par las puertas del patio, y la cabalgata salió al trote largo y con sable en mano. A tan brusca aparición, los numerosos grupos colocados en frente de la casa se dispersaron espantados. La partida emprendió el galope, y Morillon se hallaba ya á larga distancia con sus prisioneros, cuando todavía los lugareños estaban informándose de lo sucedido en la casa Desilles y de los nombres de las personas que el comisario de la Convencion se habia llevado.

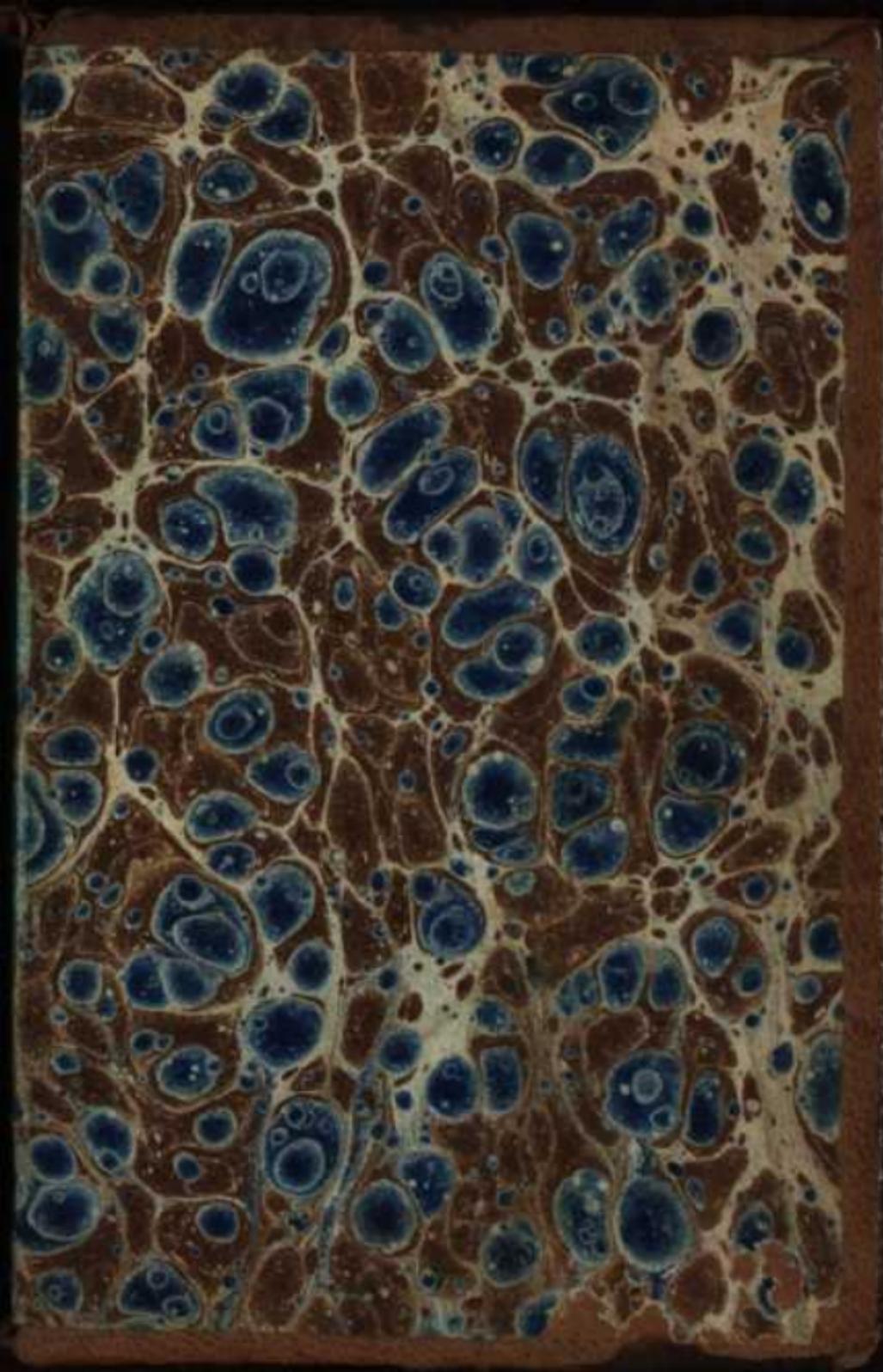
Sin embargo, no fue este el golpe mas cruel de los que recibió la vasta conjuracion de la Rouarie.

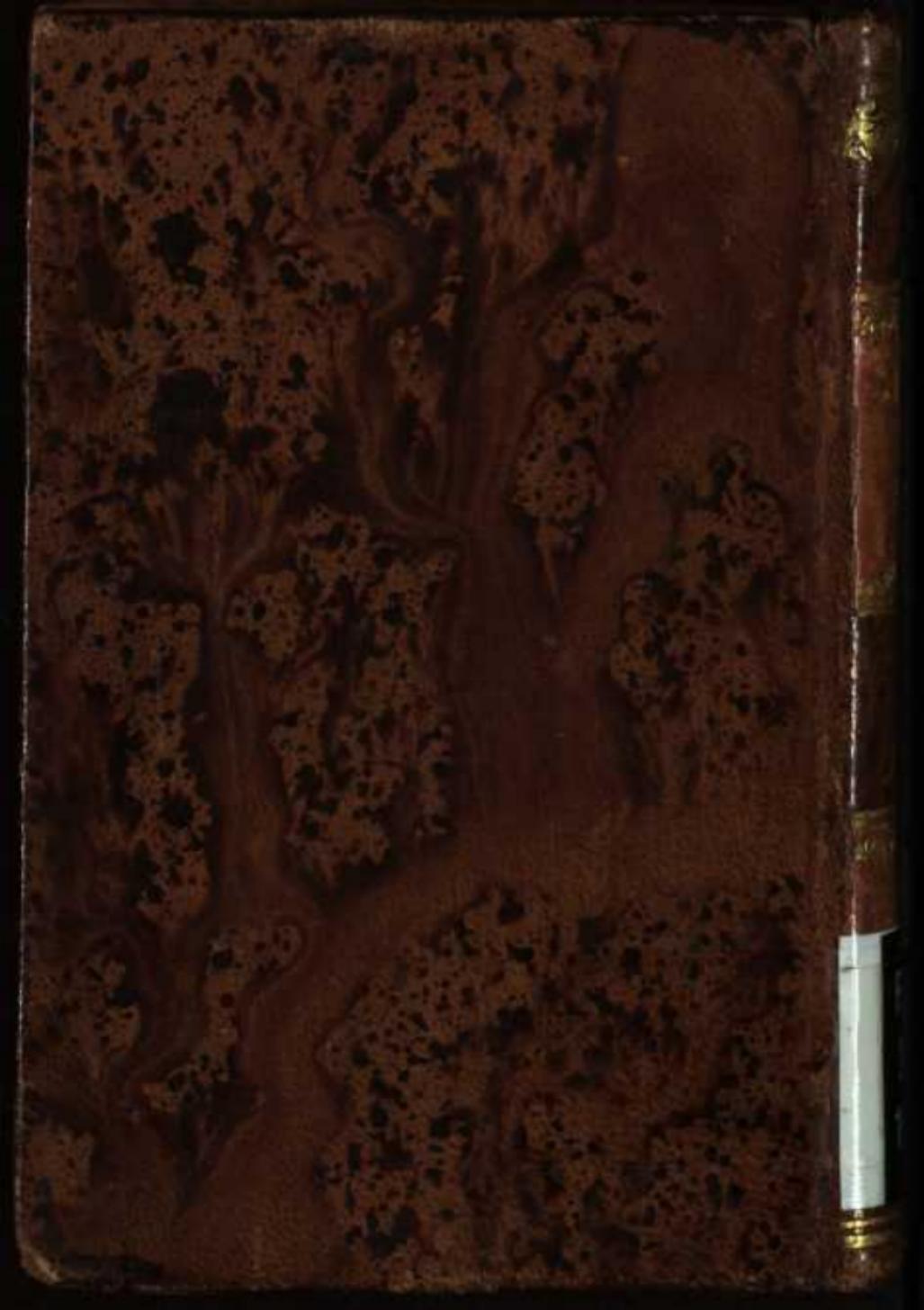
-45 II NOUVEAU TOME

-46 FIN DEL TOMO CUARTO.

o.
el
a-
a-
a.
l-
er-
lio
a-
os
n-
u-
a
a
os,
a-
en
es
-io
lo.
ol-
la
o.
f









SABRININO

INSIET



34

FAN
XIX
162b

